

Ganador del BRITISH BOOK AWARD

Rení Eddo-Lodge

**POR QUÉ
NO HABLO
CON
BLANCOS
SOBRE
RACISMO**

Prólogo de Desirée Bela-Lobedde

PENÍNSULA

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Prefacio](#)

[1. Historias](#)

[2. El sistema](#)

[3. ¿Qué es el privilegio blanco?](#)

[4. Miedo a un planeta negro](#)

[5. La cuestión del feminismo](#)

[6. Raza y clase](#)

[7. La justicia no existe, solo existimos nosotros](#)

[Posfacio](#)

[BIBLIOGRAFÍA](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

[¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!](#)

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

En 2014 Reni Eddo-Lodge escribió un post en su blog con el mismo título de este libro, dejando claro cuán agotada estaba de los debates sobre raza y cómo había llegado al límite. Ya no quería discutir más con gente blanca que negaba el racismo estructural. Aquel post se hizo viral y agitó el debate público sobre el racismo en todo el mundo.

Este libro parte de esa idea para dar cuenta de las implicaciones del racismo en nuestra sociedad a todos los niveles. De lo que históricamente ha sido, de un sistema que estigmatiza a los que no son blancos, de lo que se entiende por privilegio blanco, de un feminismo que dejó de lado a las mujeres racializadas y de la vinculación directa entre raza y clase social.

Una obra imprescindible para conmover conciencias y entender de una vez por todas que vivimos en una sociedad racista y que debemos acabar con ello.

POR QUÉ NO HABLO CON BLANCOS SOBRE RACISMO

Reni Eddo-Lodge

Traducción de Ana Camallonga

ediciones península

Para T&T

Prólogo

Creo que no existe una sola persona negra o de otro origen étnico que no se haya planteado en algún momento dejar de hablar con blancos sobre racismo. De hecho, a mí personalmente me suele rondar con frecuencia la pregunta contraria. La vocecita acecha en mi cabeza: «¿Por qué, Desirée? ¿Por qué sigues hablando de racismo con gente blanca?». Me lo pregunto porque en muchas ocasiones hacerlo resulta descorazonador. Desanima enormemente que, cada vez que intentas hacerle entender a alguna persona blanca lo que implica formar parte de una minoría racial, raras veces la reacción sea de comprensión.

Eddo-Lodge o yo misma no somos las primeras en hacernos la pregunta del título de este libro y, tal y como está el panorama, estamos lejos de ser las últimas. Audre Lorde también hablaba de esta reticencia, en su «Carta abierta a Mary Daly», ¹ cuando afirmaba que «la historia de las mujeres blancas incapaces de escuchar las palabras de las mujeres negras, o de mantener un diálogo con nosotras, es larga y desalentadora». Y es desalentador ver esa desconfianza o ese hacer de menos, fruto de la absoluta desconexión de lo que implica vivir constantemente en una situación de desventaja de la que hay muy poca conciencia. Y eso, pese a quien pese y por más desgastada que esté la palabra, supone un privilegio.

Lo comenté en un artículo que escribí para *Público* sobre una de las más grandes falacias que se oye decir a la gente que se considera no racista —que no es lo mismo que ser antirracista— y que titulé «¿Solo existe una raza?». En él hablaba de «la posición que se tiene desde la blanquitud, desde ese andar por la vida con la tranquilidad de que su color de piel hace *match* con el color de la piel de quien domina el mundo. La racialización limita y coarta incluso los derechos más básicos de muchas personas; y si esas personas, además, tienen experiencia migratoria, ya ni te cuento».

Vivir siendo la norma tiene sus ventajas, unas ventajas que implican despreocuparse de ciertas cuestiones, que se

convierten en invisibles. Lo malo es que esa despreocupación lleva a las personas blancas a creer que eso que no viven no es cierto y, desde ahí, se atreven a cuestionarlo, a invisibilizarlo y, en el peor de los casos, a reaccionar de forma violenta —una violencia que adopta un amplio abanico de manifestaciones— para negarlo.

Ante la posibilidad de vivir esta negación, esta invisibilización, ¿qué persona negra no se ha planteado dejar de hablar con blancos sobre racismo?

Tenía pendiente leer el libro de Reni Eddo-Lodge desde hacía algún tiempo. De hecho, tengo amigas en el Reino Unido que habían asistido a alguno de sus coloquios y estaban encantadas, así que me puse a leerlo con tantas ganas como curiosidad.

Desde la primera línea me sentí identificada, sobre todo con las vivencias. Leer el libro de Eddo-Lodge me conectaba de nuevo con muchas de las cuestiones que explico en mi libro *Ser mujer negra en España*. Leerlo me ha llevado a experimentar un *déjà vu* constante, porque he hablado de muchas de estas cuestiones en mi libro, en mis artículos en *Público*, en las comunidades de formación *online* que gestiono y también en las conversaciones que sobre el tema tengo de forma habitual con personas más o menos cercanas.

La necesidad de libros como el de Eddo-Lodge en el Reino Unido, o de mi propio libro en España, se explica porque son textos que acercan a quienes los leen a una realidad del todo desconocida. Ofrecen la cara B de una cotidianeidad en la que las discriminaciones se ejercen de forma constante, aunque sin ser percibidas. Estas lecturas enfrentan a las personas blancas a momentos en los que, siendo conscientes o no, han ejercido esas discriminaciones o han sido cómplices; y eso, para algunas de ellas, resulta doloroso y vergonzante.

Lo digo siempre: hablar de racismo es necesario. Lo es porque existe la creencia, muy extendida, de que ya no hay racismo, de que es algo del pasado. Y esta visión ingenua de las sociedades posraciales está cuidadosamente articulada.

Se tiene una visión muy inocente de lo que es el racismo. Y, en términos generales, la idea de racismo se limita a las conductas y a las manifestaciones más violentas. Todavía hay que hablar mucho sobre racismo —y solo estamos en el principio de la conversación— para entender que el racismo lo impregna todo, y que el racismo, evidentemente, es mucho más que la agresión física y verbal; ahí no se acaba todo.

De hecho, es esa creencia limitadora, la de que racismo es solo cuando nos pegan o nos insultan, la que nos lleva al desánimo. La idea de que solo son racismo esas situaciones puntuales y violentas al extremo está tan arraigada que ir más allá y desentrañar los mecanismos que operan detrás genera resistencias.

Por eso es importante que contemos nuestra versión de la historia, como lo hace Eddo-Lodge, como lo hice yo, como lo hace Chenta Tsai en su libro *Arroz tres delicias. Sexo, raza y género*, y como lo hacen todas las personas de otros orígenes que se dedican a señalar las implicaciones del racismo en la sociedad actual. Es importante porque estamos visibilizando el racismo en escenarios en los que la gente blanca cree que no existe. Y eso es un efecto colateral que se produce por el hecho de estar constantemente mirando a Estados Unidos.

Construimos muchos idearios, para bien y para mal, mirando a Estados Unidos, a causa del imperialismo norteamericano. Esta búsqueda constante de referencias en el universo estadounidense hace que creamos que el racismo es única y exclusivamente lo que ocurre allí y que «en España (o en Europa) no hay racismo». Reni Eddo-Lodge ayuda a derribar esa idea y lo hace de una forma contundente, y con eso que tanto les gusta a algunas personas blancas que aportemos cuando hablamos de racismo: datos.

Lo primero que hace la autora es descubrir, para quien no la conozca, la participación del Reino Unido en la trata de personas esclavizadas, porque esa relación existe aunque pretenda ocultarse; igual que existe en España, por más que se intente negar. Porque, tal y como escribe la autora, en ambos países está muy extendida la creencia de que cualquier persona negra es una persona migrante, y eso nos encajona en la

etiqueta de ser siempre eternas recién llegadas al país donde, en algunos casos, hemos nacido. Y eso sucede porque, tanto en el Reino Unido como en España, se ha invisibilizado de forma sistemática la contribución y el legado de las personas afrodescendientes.

Sin embargo, no solo se ha invisibilizado sistemáticamente el legado de nuestras ancestras, sino también la violencia institucional y el racismo estructural que, por culpa de la brutalidad de la policía, ha acabado con la vida de personas negras en el Reino Unido. De nuevo, y con esa mirada permanentemente puesta en Estados Unidos, ¿quién podría plantearse que en el Reino Unido la policía también tiene un papel en las muertes de personas africanas y afrodescendientes detenidas? ¿Quién podría pensar que la policía ha sido negligente en la investigación de asesinatos racistas?

En España también ha habido (y sigue habiendo) asesinatos racistas. El primer asesinato calificado como tal fue el de Lucrecia Pérez Matos, en 1992. Lucrecia era una mujer dominicana que fue asesinada en la antigua discoteca Four Roses por cuatro hombres —uno de ellos, guardia civil fuera de servicio— que dispararon contra las personas que se encontraban cenando en el local, que se había convertido en el refugio de algunas personas sin hogar.

Leer en el libro de Reni Eddo-Lodge lo ocurrido tras el asesinato del joven de dieciocho años Stephen Lawrence en 1993 me hace pensar en la muerte violenta de Augusto Ndombele, en Costa Polvoranca, Alcorcón, en 2002. A la justicia española le llevó cuatro años condenar al asesino. El caso saltó a los medios de comunicación y se produjeron manifestaciones y concentraciones a favor de la familia.

Como activista afrofeminista en España, encontrar similitudes entre mi experiencia y el texto de Reni Eddo-Lodge, su sentir y sus reivindicaciones ha sido inevitable. Porque el racismo es una realidad global a la que nos enfrentamos las personas africanas y afrodescendientes en cualquier país de Europa, aunque las formas en las que este racismo se manifiesta puedan presentar diferencias, por cuestiones de contexto y territorio. Es así porque hay algo que

se llama racismo estructural, que emana de las potencias colonizadoras blancas y que nos convierte a las personas africanas y afrodescendientes en originarias de un país abstracto conocido como África.

Hablar con blancos sobre racismo es agotador y drenante. Pone en jaque nuestra salud mental constantemente y lo hace por muchos motivos y en muchos ámbitos. Eddo-Lodge habla de la mayoría de ellos en su libro.

El primer capítulo, «Historias», nos sirve para establecer el marco histórico y nos ayuda a entender cómo y por qué el racismo estructural se manifiesta en el Reino Unido como lo hace. En los tres siguientes, «El sistema», «¿Qué es el privilegio blanco?» y «Miedo a un planeta negro», Eddo-Lodge nos acerca esas manifestaciones del racismo estructural que a las personas blancas tanto les cuesta creer que existan. Habla de cuotas, del sistema nefasto de la meritocracia, de las falacias de la sociedad posracial y del jugar a no ver colores. Estos capítulos aproximarán a quien los lee a eso que cuesta tanto aceptar, el privilegio blanco y el poder que comporta; y también a la idea (*spoiler* : errónea) de que el racismo inverso existe.

Eddo-Lodge también se arriesga a dar su opinión sobre las parejas interraciales (yo las llamé parejas mixtas en mi libro) y su descendencia, incluso en casos de adopción. Porque hasta ahí, en el seno de las familias blancas con lazos de consanguinidad con personas africanas o afrodescendientes, también se dan dinámicas de poder que ponen de manifiesto el privilegio blanco y las conductas racistas. Que sirva esto para desterrar la creencia extendida de que tener parientes de otros orígenes exime de tener conductas racistas, porque no es así.

En los dos siguientes capítulos «La cuestión del feminismo» y «Raza y clase», Eddo-Lodge toca dos temas que siempre son peliagudos. Hablar de feminismo, para una mujer negra, implica hablar de interseccionalidad, del racismo que hay en el feminismo blanco y de la necesidad de espacios no mixtos para las mujeres negras (algo muy censurado e incomprendido). De nuevo, las reacciones en el contexto británico se asemejan a las de España. Y esto demuestra, una

vez más, que el racismo es un fenómeno global. Es interesante analizar las conversaciones entre los feminismos blancos y los feminismos negros, sobre todo por la cantidad de violencia y opresión que pueden llegar a ejercer las mujeres blancas feministas cuando niegan nuestras realidades y cuando nos acusan de querer causar escisiones en el movimiento, solo por reclamar nuestros derechos. Parece ser que señalar el racismo dentro del movimiento feminista es algo que todavía no se nos está permitido y, cuando manifestamos que eso es violencia, se nos pretende acallar —obvio— con más violencia todavía.

Por qué no hablo con blancos sobre racismo es una obra aclamada en otros países y ahora por fin tenemos la oportunidad de tener esta conversación con la autora, una conversación incómoda, pero necesaria. El hecho de que, con la publicación de este libro, Eddo-Lodge se haya convertido en la primera escritora negra en ocupar el primer puesto en las listas de libros más vendidos del Reino Unido da fe de ello. Y el hecho de que se haya traducido a varios idiomas demuestra también que la necesidad de esta conversación trasciende el contexto británico, y que es una necesidad global. Esa globalidad quedó manifiesta la pasada primavera de 2020, tras la muerte de George Floyd a manos de un agente de la policía de Minneapolis. El asesinato de Floyd reactivó la venta del libro de Eddo-Lodge varios años después de su publicación, dejando clara la necesidad de mucha gente blanca de hablar sobre racismo y de escuchar el discurso necesario de Eddo-Lodge. Es hora de indagar en lo que significa, a día de hoy, ser una persona blanca, cómo habita el mundo alguien así y de qué ventajas se goza desde esa posición.

Si realmente queremos acabar con el racismo, hay que empezar a dejar de entenderlo como una dicotomía entre buenas personas o malas personas, porque todo este mecanismo excede las cuestiones morales. Es necesaria una toma de conciencia, aceptar que el racismo va mucho más allá de la concepción pueril que teníamos y dejar de desmarcarse y mirar hacia otro lado. Hay que tomar parte activa, desterrar la culpa paralizante y pasar a la acción desde la responsabilidad. Ya no es aceptable escudarse en excusas del estilo de «esto no

tiene nada que ver conmigo porque yo no estuve allí» o «esto no es problema mío, es problema de la gente negra». No.

No nos lo hemos buscado. No son cosas que nos pasan porque tenemos la autoestima baja. No es porque no nos integramos ni porque tengamos la piel muy fina. No es porque seamos susceptibles. Es porque hay un sistema blanco supremacista que nos dificulta la existencia de múltiples maneras. Y, en tanto que los sistemas están integrados por personas, toda la sociedad, en conjunto, es la responsable de desmantelarlo.

DESIRÉE BELA- LOBEDDE

Prefacio

En febrero de 2014, publiqué un artículo en mi blog. Lo titulé *Por qué no hablo con blancos sobre racismo*.

Decía así:

He dejado de hablar con blancos sobre racismo. No con todos ellos, pero sí con la amplia mayoría que rechaza aceptar la legitimidad del racismo estructural y sus síntomas. No puedo seguir enfrentándome al abismo de la desconexión emocional que las personas blancas exhiben cuando una persona de color articula su experiencia. Su mirada se apaga y se endurece. Es como si alguien echara melaza en sus oídos y bloqueara sus canales auditivos. Es como si ya no pudieran oírnos.

Esa desconexión emocional es la consecuencia de vivir ajenos al hecho de que el color de su piel es la norma, y que todos los demás colores se desvían de ella. En el mejor de los casos, a las personas blancas se les ha enseñado a no mencionar que las personas de color son «diferentes», por si acaso nos ofende. Creen de verdad que las experiencias que han vivido como consecuencia del color de su piel pueden y deben ser universales. No soy capaz de seguir enfrentándome a la actitud defensiva de los blancos ni a su desconcierto cuando se enfrentan al hecho de que no todo el mundo experimenta el mundo de la misma forma en que ellos lo hacen. No han tenido que pensar nunca en lo que significa, en términos de poder, ser blanco, de modo que cada vez que se les recuerda, ni que sea de pasada, lo viven como una afrenta. Ponen los ojos en blanco o los abren como platos, indignados. Tuercen el gesto y se ponen a la defensiva. Abren la boca y tratan de interrumpirte, y se muestran ansiosos no por escuchar, sino por que calles, porque necesitan hacerte saber hasta qué punto estás equivocada.

El camino hacia la comprensión del racismo estructural parece que sigue requiriendo que las personas de color den prioridad a los sentimientos de las personas blancas. Muchas veces, incluso si pueden oírte, no te están escuchando. Es como si algo les estuviera ocurriendo a las palabras desde que abandonan nuestra boca hasta que llegan a sus oídos. Se topan con una barrera de rechazo y no consiguen ir más allá.

Esa es la desconexión emocional. No es del todo sorprendente, porque las personas blancas nunca han sabido tratar a las personas de color como a verdaderos iguales, como alguien con pensamientos y emociones tan válidos como los suyos. En el documental *The Color of Fear* [El color del miedo], ¹ de Lee Mun Wah, varias personas de color rompen a llorar de impotencia cuando se ven incapaces de convencer a un desafiante hombre blanco de que sus palabras refuerzan y perpetúan un estándar racista sobre ellos. Él, entretanto, los mira, impasible, completamente confundido por su dolor, trivializándolo en el mejor caso; en el peor, ridiculizándolo.

He escrito con anterioridad sobre ese rechazo blanco, sobre el hecho de que constituye una muestra de la omnipresente política de la raza, intrínsecamente invisible. Y la negación frontal, los extraños razonamientos y las acrobacias mentales de los blancos cuando se les llama la atención al respecto hacen que no me vea con fuerzas de seguir discutiendo con ellos sobre el tema. ¿Quién querría, en realidad, que se le hiciera notar la existencia de un sistema estructural que lo beneficia a expensas de otros?

No quiero seguir teniendo ese tipo de conversación porque a menudo llegamos a ella desde lugares completamente distintos. No puedo hablar con alguien acerca de los sutiles detalles de un problema si ese alguien ni siquiera reconoce que el problema existe. Aunque aún es peor cuando la persona blanca se muestra

dispuesta a aceptar la posibilidad de que el racismo exista, pero cree que afrontamos ese diálogo como iguales. Porque no es así.

Por no mencionar que iniciar un debate con alguien blanco que muestra una actitud desafiante es una tarea francamente peligrosa para mí. Aunque por su parte se sucedan las interrupciones y las respuestas retadoras, debo cuidar mucho lo que digo, porque si muestro frustración, enfado o exasperación, esa persona echará mano de los consabidos tópicos racistas sobre la amenaza que supone para ellos y para su seguridad enfrentarse a una persona negra airada. Es muy probable que a continuación se me califique de agresiva o bravucona. Es también probable que sus amigos blancos intervengan, den fe de sus palabras, retuerzan lo ocurrido y hagan de las mentiras verdad. Tratar de dialogar y abrirse camino a través de su racismo acaba no valiendo la pena.

Siempre que se habla de Personas Buenas Blancas que sienten que se las silencia al hablar de racismo, hay una evidente y casi irónica falta de entendimiento o de empatía hacia aquellos de nosotros a quienes se ha señalado como diferentes a lo largo de toda nuestra existencia, con todas sus consecuencias. Las personas de color experimentan una verdadera vida de autocensura. Las opciones son o bien decir lo que piensas y soportar las represalias o bien morderte la lengua y seguir adelante. Debe de ser agradable sentir que tienes permiso para hablar y para mostrar tu indignación incluso cuando por una vez se te pide que escuches. Es algo que se desprende del nunca cuestionado privilegio de las personas blancas, supongo.

Tratar de hacer llegar ese mensaje es emocionalmente extenuante, y no me veo capaz de seguir haciéndolo y de, al mismo tiempo, intentar que ninguna persona blanca en concreto sienta que la acuso de perpetuar el racismo estructural, por miedo de que caricaturicen mi postura.

De modo que ya no hablo con nadie que sea blanco sobre racismo. Es muy poco lo que puedo hacer para cambiar la manera en que funciona el mundo, pero puedo marcar límites. Puedo poner freno a su sentimiento de superioridad y empezaré a hacerlo negándome a hablar con ellos. El equilibrio de poder ya se inclina demasiado a su favor. Muchos de ellos a menudo no buscan ni escuchar ni aprender, sino ejercer su poder, probar que me equivoco, agotarme emocionalmente y restablecer el *statu quo*. No hablaré con nadie blanco sobre racismo a menos que no me quede alternativa. Si la charla se realiza en el contexto de una intervención en los medios o una conferencia en la que exista la posibilidad de que alguien pueda oír lo que estoy diciendo y se sienta menos solo, entonces sí participaré. Pero voy a dejar de lidiar con personas que no quieren escuchar lo que tengo que decir, desean ridiculizarlo o, la verdad, no lo merecen.

El artículo cobró vida propia en cuanto apreté el botón de «publicar». Pese a que han pasado años, aún sigo conociendo a personas, en países distintos y circunstancias muy diversas, que me dicen que lo han leído. En 2014, al ver que se hacía viral, me preparé para la habitual avalancha de comentarios racistas. Pero la respuesta no tuvo nada que ver con lo que esperaba; de hecho, me pilló por sorpresa.

Hubo una clara división racial en la forma en que fue recibido el artículo. Me llegaron muchos mensajes de personas de color. A menudo me daban las gracias y me decían que había dado voz a su experiencia. Hubo gente que me dijo que había soltado alguna lágrima leyéndolo y también hubo un

cierto debate sobre cómo solucionar el problema, en el que muchos apostaron por la educación como método para salvar la brecha comunicativa. Fue un alivio leer todos esos mensajes. Sé lo difícil que es expresar la frustración con palabras, de modo que cuando tantas personas se pusieron en contacto conmigo para agradecerme haber verbalizado algo que hasta entonces no habían sabido cómo expresar, me alegré de haber sido útil. Si yo me sentía menos sola por ello, sabía que ellos también.

Lo que no esperaba es la avalancha de emociones que me llegó de las muchas personas blancas que sintieron que, al decidir dejar de hablar con ellas sobre racismo, estaba privando al mundo de algo, y que esa pérdida era una absoluta tragedia. «Descorazonador» es la palabra que parecía describir mejor ese sentimiento.

«Lamento tanto que te sientas así —decía uno de los comentarios—. Soy una persona blanca y me avergüenza profundamente el privilegio sistémico que negamos y del que disfrutamos a diario. Y me avergüenza también no haberme dado cuenta de ello hasta hace diez años.»

Otro de los comentarios suplicaba: «No dejes de hablar con personas blancas, tu voz es importante, y seguro que hay formas de hacer llegar tu mensaje». Otro, esta vez de un comentarista negro, decía: «Cambiar la mentalidad de los demás es una tarea increíblemente difícil, pero no debemos dejar de intentarlo». Un último comentario pedía simplemente: «Por favor, no dejes a las personas blancas por imposibles».

Aunque eran respuestas cordiales, todas ellas evidenciaban la misma brecha comunicativa de la que hablaba en mi artículo del blog. Parecía haber un malentendido acerca de a quién se dirigía mi texto. En ningún caso lo escribí con la intención de que nadie se sintiera culpable o tuviera una epifanía. Por aquel entonces no sabía que, sin quererlo, había escrito una carta de ruptura de relaciones con la blanquitud. Y no esperaba que los lectores blancos hicieran el equivalente, en términos de internet, de plantarse al otro lado de la ventana de mi habitación con un radiocasete gigante y un ramo de flores, confesar sus defectos y errores y suplicarme que no me fuera.

Me resultaba extraño y un poco incómodo. Porque, al escribir mi artículo, lo único que quería era decir que había tenido suficiente. No estaba pidiendo ayuda a las personas blancas ni suplicándoles comprensión y compasión. No quería que se entregaran a la autoflagelación. Decidí dejar de hablar con blancos sobre racismo porque no creo que darse por vencido sea un signo de debilidad. A veces tiene más que ver con la supervivencia.

He convertido aquel texto, *Por qué no hablo con blancos sobre racismo*, en un libro que —paradójicamente— retoma esa conversación. Desde que dije que había llegado al límite casi no he hecho otra cosa que hablar de racismo —en festivales de música y en estudios de televisión, en institutos de secundaria y en conferencias de partidos políticos— y la demanda no muestra signos de aflojar. Todo el mundo quiere hablar de racismo. Este libro es el fruto de cinco años de efervescencia, frustración, agotadoras explicaciones y largos comentarios en Facebook. No habla del lado más evidente del racismo, sino del más escurridizo, de las partes que cuesta definir, de las que hacen que dudes de ti misma. El Reino Unido es un país que aún vive con profunda incomodidad todo lo relacionado con la raza y la diferencia.

Desde 2014, que es cuando escribí el artículo, las cosas han cambiado mucho para mí. Ahora paso la mayor parte del tiempo hablando con blancos sobre racismo. La industria editorial es muy blanca, de modo que de ningún modo habría podido publicar este libro sin hablar al menos con alguna persona blanca sobre racismo. Para escribirlo he tenido que dialogar con blancos con los que nunca pensé que intercambiaría una sola palabra, como el exlíder del Partido Nacional Británico (BNP, por sus siglas en inglés) Nick Griffin. Sé que hay quien cree que a alguien así no habría que darle una tribuna para que manifieste sus opiniones sin derecho a réplica, y le di muchas vueltas a la entrevista que aparece en este libro. Pero no soy la primera persona que le da a Nick Griffin la oportunidad de pronunciarse, y creo haber gestionado sus palabras de forma responsable.

Un breve apunte sobre la terminología empleada. En este libro, la expresión «personas de color» se emplea para referirse a

cualquier persona de cualquier raza que no sea la raza blanca. La utilizo porque es infinitamente mejor que hablar de «no blancos», un término que parece sugerir que las personas a las que se aplica carecen de algo, o tienen una deficiencia de algún tipo. Uso la palabra «negro» en este libro para describir a las personas de origen africano o caribeño, incluidas las personas mestizas. En algunas de las citas que incluyo aparece en ocasiones la expresión «negros o de otra etnia minoritaria». No es una terminología que me guste demasiado, porque lleva a pensar en formularios clínicos de control de la diversidad, pero, en aras de interpretar el material consultado de la forma más precisa posible, he decidido mantenerla.

Escribo —y leo— para tener la certeza de que otras personas han sentido lo que yo siento, que no estoy sola, que esto es real y válido y cierto. Si soy tan consciente de todo lo que tiene que ver con la raza es porque el mundo, desde que soy capaz de recordar, me ha dicho que soy diferente. Aunque analizo la blanquitud invisible y a menudo sopeso su naturaleza elitista, es algo que contemplo desde fuera. Entiendo que ese no es el caso para la mayoría de las personas blancas, que se mueven por el mundo dichosamente ajenas a su propio color de piel, al menos hasta que alguien pone en tela de juicio los motivos por los que son la raza dominante. Cuando una persona blanca hojea una revista, navega por internet, lee un periódico o enciende la televisión, no es nada raro que vea a gente que se parece a ella en posiciones de poder o ejerciendo autoridad. En el mundo de la cultura, en particular, la afirmación positiva de la blanquitud está tan extendida que la persona blanca promedio ni siquiera la nota. De hecho, esa afirmación positiva se consume de forma plácida. Ser blanco es ser humano; ser blanco es universal. Es algo que solo sé porque yo no lo soy.

He escrito este libro para que aquellos a los que el arrogante *statu quo* les ha arrebatado la voz y la confianza vean articulada su experiencia. Lo he escrito para que tengas el contexto histórico y político necesario para cimentar tu oposición al racismo. Espero que sea una herramienta para ti.

No voy a dejar nunca de hablar sobre racismo. Cada voz que se alza en su contra erosiona su poder. No podemos

permitirnos permanecer en silencio. Este libro es un intento de hablar.

Historias

No empecé a ser consciente de la historia negra británica hasta mi segundo año de universidad. Debía de tener diecinueve o veinte años y había hecho una nueva amiga. Íbamos al mismo curso y pasábamos muchos ratos juntas, más por proximidad y por no estar solas que porque compartiéramos demasiados intereses comunes. Cuando llegó el momento de matricularse en las asignaturas del semestre siguiente, las dos optamos por un módulo sobre el comercio transatlántico de esclavos. Ninguna de las dos sabía qué esperar de aquello. Mis únicas nociones de historia negra procedían de exposiciones educativas a las que había asistido y unidades didácticas, más bien centradas en la historia de Estados Unidos, durante mis años de primaria y secundaria. En ellas se hablaba sobre todo de Rosa Parks, el ferrocarril subterráneo de Harriet Tubman —que ayudaba a esclavos a huir hacia el norte— y Martin Luther King Jr., los nombres más conocidos del movimiento por los derechos civiles estadounidense. Eran personas importantes, lo sabía, pero yo era una niña negra del norte de Londres y todo aquello me quedaba muy lejos.

Aquel corto módulo universitario, sin embargo, cambió mi perspectiva de forma radical. Convirtió la historia del colonialismo británico y el pasado esclavista de mi país en algo cercano y real. Durante el curso, aprendí que, desde donde estaba, era posible subir a un tren y visitar un antiguo puerto de esclavos en solo tres horas. Y eso es lo que hice, fui hasta Liverpool, que había sido el mayor puerto esclavista del Reino Unido. Un millón y medio de africanos habían pasado por los muelles de la ciudad. La dársena Albert Dock, la más antigua que queda en pie, se inauguró cuatro décadas después de que partiera el último barco de esclavos británico, el *Kitty's Amelia*, pero visitarla era lo más cerca que podía estar de mirar hacia el mar e imaginar la complicidad británica en el comercio de esclavos. De pie en la orilla de aquella dársena, sentí que se me encogía el corazón. Paseé junto a los edificios más antiguos de la ciudad y me invadió el malestar. En todas partes podía ver el legado del esclavismo.

En la universidad, las cosas empezaron a cobrar sentido para mí. Recuerdo claramente un debate, en un seminario, sobre si el racismo era solo discriminación o discriminación más poder. Reflexionar sobre aquello hizo que me diera cuenta de que el racismo no era solo un prejuicio personal: era también estar en posición de que tu prejuicio tuviera un impacto negativo en la vida de los demás. Mi perspectiva cambió por completo. Mi amiga, en cambio, dejó la asignatura tras asistir a un par de seminarios. «No es para mí», dijo.

No me gustó oír aquello. Y ahora entiendo por qué. Me molestó que creyera que esa parte de la historia británica no era relevante para ella. Los hechos la dejaban impasible. Quizá para mi amiga aquello no era real ni apremiante ni tenía ninguna relación con el presente. No sé lo que pensó, porque yo entonces no tenía el vocabulario necesario para hablar con ella de algo así. Pero ahora sé que lo que no me gustó fue que sentí que su color de piel le permitía no tener ningún interés por la historia de violencia del Reino Unido, cerrar los ojos y seguir su camino. Mientras que, para mí, aquello no era algo que pudieras decidir no saber.

El rápido avance de la tecnología, que ha transformado el modo en que vivimos —lo que antes era un progreso de siglos ahora se consigue solo en décadas—, ha hecho que el pasado parezca más lejano que nunca. En ese contexto, es fácil ver la esclavitud como Algo Terrible que pasó Hace Mucho Tiempo. Es fácil también convencerse de que el pasado no tiene nada que ver con nuestro modo de vida actual. Pero la Ley de Abolición de la Esclavitud en el Imperio británico se aprobó en 1833, hace menos de dos siglos. Si tenemos en cuenta que los británicos empezaron a comerciar con esclavos africanos en 1562, la esclavitud, como institución británica, existió durante más tiempo —270 años— del que lleva abolida. Una generación tras otra de vidas robadas, de familias divididas, de comunidades rotas. Miles de personas que nacieron esclavas y murieron esclavas, que nunca supieron lo que era ser libre. Vidas enteras de brutalidad y violencia, de temor sin fin. Una generación tras otra de riqueza blanca amasada sobre las ganancias derivadas de la esclavitud, multiplicándose, rezumando por todo el tejido de la sociedad británica.

La esclavitud era un comercio global. Los europeos blancos, incluidos los británicos, pactaron con las élites africanas el intercambio de productos y bienes por personas, lo que algunos comerciantes esclavistas llamaban «reses negras». Durante el tiempo que duró el comercio de esclavos, se estima que unos once millones de africanos atravesaron el océano Atlántico para

trabajar a cambio de nada en las plantaciones de azúcar y algodón de Estados Unidos y las islas del Caribe.

Los registros que se guardan no son muy distintos de los de los negocios modernos, pues se especifican ganancias y pérdidas, y se detalla el número de personas negras compradas y vendidas. El ganado humano —esas «reses negras»— era la mercancía ideal. Los esclavos eran un género lucrativo. Los sistemas reproductivos de las mujeres negras también formaban parte de la industria. Los niños nacidos en esclavitud eran propiedad, por defecto, de los dueños de esclavos, lo que se traducía en mano de obra ilimitada y sin ningún coste extra. A que se reprodujeran, además, ayudaba la costumbre de los propietarios de esclavos blancos de violar a las esclavas africanas.

Que se detallaran ganancias y pérdidas también significa que se documentaban las muertes de las «reses negras», porque perjudicaban al negocio. Los africanos que viajaban a través del Atlántico lo hacían en duras condiciones de hacinamiento. El viaje podía durar hasta tres meses. El espacio que rodeaba a cada esclavo tenía forma de ataúd, lo que los obligaba a pasar todo ese tiempo en medio de desechos y fluidos corporales. A los muertos y moribundos se los lanzaba por la borda por razones de liquidez: el seguro pagaba una cantidad por cada esclavo que moría en el mar.

Una ilustración del barco de esclavos *Brooks* que dibujó el abolicionista William Elford y que se publicó por primera vez en 1788 mostraba las condiciones en las que solía hacerse el viaje. ¹ En ella puede verse el interior de un barco cargado hasta arriba de esclavos: los cuerpos se alinean uno junto a otro, horizontalmente, en cuatro filas (con tres filas más en la parte posterior del barco), lo que pone de manifiesto la cruel eficiencia con la que se planteaba el transporte de personas. El *Brooks* era propiedad de un mercader de Liverpool llamado Joseph Brooks.

Pero no se comerciaba con esclavos solo en Liverpool. Bristol también tenía un puerto esclavista, al igual que Lancaster, Exeter, Plymouth, Bridport, Chester, Poulton-le-Fylde (en Lancashire) y, por supuesto, Londres. ² Aunque los esclavos africanos hacían escala en los puertos británicos de forma regular, las plantaciones a las que se dirigían no estaban en el Reino Unido, sino en las colonias británicas. Muchas de ellas en el Caribe, de modo que, a diferencia de lo que ocurrió en Estados Unidos, la población británica, en su mayoría, vio el dinero pero no vio el sufrimiento. Algunos británicos tenían plantaciones que funcionaban casi de forma exclusiva gracias a la mano de obra esclava. Otros compraban solo unos pocos esclavos, con la idea de sacarle un rendimiento a su inversión. Muchos escoceses fueron a trabajar como tratantes de esclavos a Jamaica, y algunos se trajeron consigo a sus esclavos cuando regresaron al Reino Unido. Al igual que cualquier otra propiedad, los esclavos podían heredarse, y muchos británicos vivieron cómodamente a expensas de su trabajo sin estar directamente involucrados en su compraventa.

La Sociedad para la Abolición del Comercio de Esclavos, fundada en Londres en 1787, fue idea de Granville Sharp, que trabajaba como funcionario, y del activista Thomas Clarkson. Ellos dos, junto con otros diez hombres, la mayoría de ellos cuáqueros, dieron forma a la asociación. Iniciaron una campaña que se prolongó a lo largo de cuarenta y siete años, durante los cuales lograron un amplio apoyo popular y también de valiosos miembros del Parlamento británico, el más famoso de ellos el abolicionista William Wilberforce. La presión que ejercieron logró su objetivo y en 1833 el Parlamento declaró abolida la esclavitud en el Imperio británico. Pero los principales beneficiados, a nivel económico, por la disolución de aquella industria tan provechosa no fueron las víctimas de la esclavitud, sino los 46.000 propietarios británicos de esclavos, que recibieron una compensación por sus pérdidas financieras. ³ Una indemnización injusta, aunque quizá lógica en un país que había comerciado con carne humana.

Pese a la abolición, una ley del Parlamento no iba a hacer que de la noche a la mañana se cambiara la visión que se tenía de los africanos esclavizados, de casi animales a humanos. Casi dos siglos después, el daño sigue ahí.

Tras mi paso por la universidad, quise saber más. Estaba hambrienta de información sobre lo ocurrido con los negros en el Reino Unido tras el fin de la esclavitud. Pero aquella no era una información de fácil acceso. Los datos solo estaban disponibles para quienes mostraban un verdadero interés y una considerable cantidad de iniciativa personal. De modo que salí en su búsqueda, y empecé investigando el Mes de la Historia Negra.

El Mes de la Historia Negra se celebra desde hace relativamente poco en el Reino Unido. Los primeros actos de conmemoración de la herencia negra en la historia británica no se programaron hasta 1987. La iniciativa fue de Linda Bellos, londinense de padre nigeriano y madre británica blanca. En aquel momento, Bellos era la líder del distrito londinense de Lambeth, en el sur de

Londres, y presidía la Unidad de Política Estratégica de Londres (parte del ya desaparecido Consejo del Gran Londres). La idea del Mes de la Historia Negra llegó a ella a través de Ansel Wong, el responsable de la división de igualdad racial de la Unidad de Política Estratégica. «Le dije: sí, hagámoslo», recuerda Linda Bellos desde su casa de Norwich.

«Pensé que el Mes de la Historia Negra era una gran idea. Lo que no quería es que fuera igual que la versión estadounidense, porque tenemos una historia distinta... Hay tanta gente que no tiene ni idea —y hablo de personas blancas—, pero ni idea sobre la historia del racismo. No saben ni por qué estamos en este país.»

Ansel organizó el primer Mes de la Historia Negra y Linda actuó como anfitriona del evento. Se programaron actos por todo Londres. La decisión de celebrarlo en octubre se tomó por razones sobre todo logísticas. En Estados Unidos el Mes de la Historia Negra tiene lugar en febrero, desde sus comienzos en 1970. «Pero nuestra invitada de honor era Sally Mugabe —explicó Linda—. Y no había tiempo suficiente para invitarla. Si lo hubiéramos hecho dos semanas después, no habríamos podido tener allí a las personas que queríamos.»

«Quisimos ser más inclusivos —añade—. Usamos la palabra “negro” en términos políticos. Africanos y asiáticos. ⁴ Solo pudimos celebrarlo durante dos años, porque Thatcher estaba recortando nuestros presupuestos. Habría sido un exceso.»

Tras los dos años de financiación y liderazgo de la Unidad de Política Estratégica de Londres, y pese a no contar ya con fondos públicos, el Mes de la Historia Negra siguió celebrándose en el Reino Unido, aunque de forma esporádica. En la actualidad, el Mes de la Historia Negra es una celebración consolidada en el país, con una trayectoria de más de treinta años. Suele consistir en exposiciones que muestran el trabajo de artistas de la diáspora africana, mesas redondas sobre racismo y actos culturales poco problemáticos, como desfiles de moda o festivales gastronómicos. Al hablar con Linda, la noto escéptica sobre el valor de las actividades que se desarrollan en la actualidad. Cuando le pregunto por qué quiso que hubiera un Mes de la Historia Negra en el Reino Unido, responde que fue para «celebrar la contribución negra en este país. No para hablar de pelo... Era el mes de la historia, no el mes de la cultura. Ha habido una historia, una historia de la que yo soy consciente a través de la experiencia de mi padre».

La historia de la negritud en el Reino Unido ha sido una historia fragmentaria. Reconozco que durante mucho tiempo no fui consciente de que los negros habían sido esclavos en mi país. Por lo general, la gente cree que todas las personas negras o mestizas del Reino Unido son inmigrantes recientes, y apenas se menciona la historia del colonialismo ni se habla de por qué hay personas de África y Asia que fueron a parar al Reino Unido. Sabía algo sobre la generación Windrush, los 492 caribeños que viajaron en barco hasta Gran Bretaña en 1948, porque en la escuela coincidí con varios de sus descendientes. No había charla sobre la «presencia negra en el Reino Unido» que no hablara de Windrush. Pero casi todo lo que sabía sobre historia negra era historia americana. Lo que no era suficiente en un país donde generaciones cada vez más pobladas de personas negras y mestizas continúan considerándose británicas (yo entre ellas). Se me había negado un contexto, una forma de entenderme a mí misma. Necesitaba entender por qué cuando la gente agitaba una bandera del Reino Unido y gritaba «queremos que nos devuelvan nuestro país», ese cántico parecía dirigirse a personas como yo. ¿Qué historia había heredado que me convertía en extranjera en mi lugar de nacimiento?

El 1 de noviembre de 2008, en un evento que conmemoraba el quincuagésimo aniversario del Instituto de Relaciones Raciales, el director de la institución, Ambalavaner Sivanandan, dijo a los presentes: «Nosotros estamos aquí porque vosotros estáis aquí». La expresión ha pasado a formar parte del vocabulario negro británico. Para saber a qué se refería, miré hacia atrás, buscando pruebas de ello. La primera que encontré fue la guerra.

Los ciudadanos británicos no fueron los únicos que participaron en la Primera Guerra Mundial en nombre del Reino Unido. Gracias al furioso imperialismo británico, ciudadanos de países no europeos (pero colonizados por países europeos) vieron cómo se esperaba de ellos que murieran por el rey y por el país. Una encuesta del British Council de 2013 sobre la Primera Guerra Mundial reveló que la mayoría de los británicos no había entendido el impacto internacional que tuvo la contienda, pese al adjetivo «mundial» que la acompaña. «El imperio era tan extenso —decía el informe del British Council—, que se reclutó a soldados y obreros de todo el globo.» ⁵ La gran mayoría de los que respondieron al sondeo del British Council en los siete países que participaron en la encuesta ⁶ respondió que tanto la Europa del este como del oeste estuvieron implicadas en la

guerra. En cambio, solo un 17 % dijo que Asia había participado, y apenas el 11 % de los encuestados sabía de la participación africana.

No saber quién luchó exactamente por el Reino Unido durante la Primera Guerra Mundial podría haber borrado de la memoria colectiva la contribución al esfuerzo bélico de negros y mestizos. Que fue real. Más de un millón de soldados indios —o cipayos (soldados indios que servían a las órdenes del Reino Unido)— lucharon por Gran Bretaña durante la Primera Guerra Mundial. ⁷ El Reino Unido había prometido a esos soldados que su país quedaría libre del yugo colonial si lo hacían. Los cipayos viajaron al Reino Unido creyendo que no solo luchaban por los británicos, sino también en parte por la libertad de su país.

El viaje a Europa no fue nada fácil. Los llevaron en barco, sin la ropa adecuada para el cambio de temperatura. Muchos de los cipayos jamás habían estado expuestos a tanto frío, y algunos murieron de hipotermia. E, incluso durante la guerra, los cipayos no recibieron el trato que esperaban. El cipayo de más rango seguía estando por debajo, en la jerarquía del ejército, del soldado británico de rango más bajo. En caso de resultar heridos, a los cipayos los trataban en un hospital segregado, habilitado en el Pabellón Real de Brighton, destinado solo a las tropas indias. Alambradas de espino rodeaban el hospital, para evitar que los cipayos heridos confraternizaran con la población local. Y pese a que en torno a 74.000 cipayos murieron durante la guerra, el Reino Unido no cumplió con su promesa de librar a la India del dominio colonial.

Fueron muchos menos los soldados que viajaron desde el Caribe para luchar por el Reino Unido. ⁸ El Memorial Gates Trust, una organización benéfica que mantiene viva la memoria de aquellos que, procedentes de la India, África y el Caribe, murieron por el Reino Unido en ambas guerras mundiales, sitúa la cifra en 15.600. Se los conocía por el nombre de Regimiento de las Indias Occidentales Británicas (BWIR, por sus siglas en inglés). En el Caribe, el ejército británico lanzó campañas de reclutamiento sobre todo en las regiones más pobres e, igual que en la India, algunos de los que fueron reclutados creían que participar en la guerra podía llevar a un cambio político en sus países. Pero no era una opinión generalizada, y una cantidad significativa de caribeños se mostraron en contra de que los habitantes de las Indias Occidentales lucharan en aquel conflicto, que llamaron «guerra del hombre blanco». Pese a la resistencia de algunos, centenares de caribeños dejaron sus trabajos para viajar a Europa.

El largo viaje en barco de nuevo no fue fácil. El Reino Unido necesitaba la mano de obra extra, pero el Gobierno no proporcionó a los caribeños, como tampoco hizo con los cipayos, la ropa de abrigo necesaria para sobrevivir al trayecto. En 1916, el *SS Verdala*, que realizaba el trayecto de las Indias Occidentales a West Sussex, tuvo que desviarse hacia Halifax, al este de Canadá. Centenares de reclutas caribeños sufrieron síntomas de congelación, y algunos murieron a causa de las severas temperaturas.

Al llegar al Reino Unido, el regimiento, en su mayoría, no se unió a la lucha de los soldados británicos en el campo de batalla. Se los relegó, de hecho, a prestar apoyo, a realizar trabajos serviles a beneficio de los soldados blancos. Se les encomendó las tareas más arduas, como cavar trincheras, construir carreteras y trasladar a soldados heridos en camillas. Solo cuando las filas británicas se vieron diezmadas se permitió luchar a los soldados caribeños. Casi doscientos de ellos habían muerto en combate al final de la guerra.

En 1918, el descontento entre los soldados de las Indias Occidentales era generalizado. Con el BWIR destacado en Tarento (Italia), algunos de los hombres se enteraron de que los soldados británicos habían recibido un aumento en la paga del que se había excluido a los soldados caribeños. Indignados por el trato desigual, se declararon en huelga y reunieron firmas para enviar una petición al secretario de Estado. La situación pronto derivó en una rebelión abierta. Durante el motín de Tarento se hizo estallar una bomba, y uno de los huelguistas murió por el disparo de un suboficial negro. La rebelión fue aplastada de inmediato y sesenta miembros del Regimiento de las Indias Occidentales Británicas sospechosos de rebeldía fueron juzgados por su participación en el motín. Algunos fueron encarcelados y uno fue sentenciado a morir fusilado.

Los soldados de las Indias Occidentales volvieron a casa, ultrajados, y la mano dura con la que se aplacó el motín de Tarento contribuyó a dar un nuevo impulso a los movimientos de autodeterminación en el Caribe. Aunque también hubo soldados negros que decidieron quedarse en el Reino Unido tras la guerra. Con el fin de la contienda y la desmovilización de los soldados, los excombatientes negros que se quedaron en el país empezaron a estar en el punto de mira.

Los disturbios suelen comenzar siempre en verano. El 6 de junio de 1919, siete meses después del final de la Primera Guerra Mundial, empezaron a circular rumores en Newport, en el sur de Gales. Se decía que un hombre negro había lanzado un comentario insolente a una mujer blanca. La noticia se extendió entre la población blanca, cada vez más enfurecida y agitada. Al cabo, una muchedumbre vociferante se dirigió a donde vivían los hombres negros de la zona. Algunos de ellos dispararon para defenderse. Las peleas y los altercados que se sucedieron en los días siguientes se saldaron con un hombre blanco apuñalado por un caribeño.

Cinco días después, el 11 de junio, el *South Wales Echo*, de Cardiff, informaba de que «un vehículo en el que viajaban hombres de color y mujeres blancas estuvo circulando junto al muelle del canal este, lo que atrajo a una multitud». ⁹ Cardiff, que también era una ciudad portuaria, veía despertar el espíritu antinegro. La visión de aquellos hombres negros junto a las mujeres blancas provocó que una turba enloquecida de personas blancas empezara a lanzar piedras al vehículo. No se sabe si alguno de sus ocupantes resultó herido. Días después, en violenta protesta por la audacia de las relaciones interraciales, otra multitud blanca enfurecida atacó a una mujer de su misma raza, de la que se sabía que se había casado con un hombre africano, y la dejó desnuda.

En la ciudad portuaria de Liverpool, un odio racial similar ganaba terreno. El trabajo escaseaba tras la guerra, y más de un centenar de hombres negros perdieron, de repente, su empleo en una fábrica cuando los obreros rechazaron trabajar junto a ellos. El 4 de junio de 1919, un hombre caribeño fue apuñalado en el rostro por dos hombres blancos, tras una discusión por un cigarrillo. Hubo varias escaramuzas como consecuencia, con la policía saqueando casas en las que sabían que vivían personas de color. Aquel frenesí se saldó con uno de los crímenes de odio más horrendos de la historia británica. Un marinero negro de veinticuatro años, Charles Wootton, fue atacado por una multitud blanca enfurecida, que lo lanzó al King's Dock, el muelle del Rey. Nadó, en un intento desesperado de salir del agua, pero empezaron a caer ladrillos sobre él y se hundió bajo la superficie. Recuperaron su cuerpo sin vida un tiempo después. Fue un linchamiento público. En los días que siguieron al asesinato de Charles Wootton, las turbas blancas se hicieron con las calles de Liverpool; atacaban a cualquier persona negra con la que se cruzaban. ¹⁰

Al Gobierno británico no le pasaron desapercibidos esos actos de salvaje odio racial. Viendo los niveles de agitación a lo largo de todo el país, el Estado respondió de la única forma que sabía: con repatriaciones. Seiscientas personas negras fueron enviadas «de vuelta al lugar de donde habían venido» en septiembre de 1919. ¹¹

Pese a sus esfuerzos por aparentar lo contrario, el Reino Unido está lejos de ser una cultura homogénea. La historia nos enseña que este país, expansionista cuando le ha convenido, creó un imperio global del que poder extraer mano de obra a placer. Pero no estaba preparado para las repercusiones y para las responsabilidades que conlleva colonizar otros pueblos y culturas. Y fueron las personas negras y mestizas las que sufrieron las consecuencias.

Pero algunas de esas personas se resistieron a la derrota. Nacido en 1882 en Kingston, Jamaica, el doctor Harold Moody no formaba parte de los jóvenes caribeños que lucharon por el Reino Unido en la Primera Guerra Mundial. De hecho, él llegó a Bristol en 1904 con la intención de seguir educándose. Quería ser médico, y había estado trabajando en la próspera farmacia de su padre en Kingston con la idea de ahorrar para sus estudios. Jamaica seguía formando parte de los dominios británicos, de modo que su traslado a la metrópolis no era sorprendente; para los jamaicanos, el Reino Unido era la «madre patria». Nada más llegar, tomó un tren con destino a la estación londinense de Paddington y una vez allí se instaló en un hostel —la Asociación Cristiana de Jóvenes, conocida como YMCA por sus siglas en inglés— hasta encontrar un lugar más permanente en el que vivir. Fue durante esos primeros días en suelo británico cuando se dio cuenta de que la madre patria no iba a ser tan hospitalaria como le habían hecho creer. Pese a sus esfuerzos, no había manera de que le alquilaran una vivienda. Tras varios rechazos, encontró un apartamento en Canonbury, en el norte de Londres.

Una vez instalado, Harold inició su formación como médico. Se licenció en 1912 y se puso a buscar trabajo. Solicitó una plaza en el King's College Hospital, pero sus potenciales empleadores no quisieron contratar a un hombre negro. ¹² Intentó presentarse como candidato para una vacante en el sur de Londres, en la Junta Protectora de Camberwell. La junta formaba parte del Concejo de la Ley de Pobres de Camberwell, una organización gubernamental de ámbito local que velaba por el bienestar de la población más anciana y de los residentes más vulnerables. Disponía de una enfermería y también gestionaba los orfanatos y los asilos para pobres. Le rechazaron también para

este puesto, pero no sin antes decirle que «a las personas pobres no iba a atenderlas un sucio negro».

¹³ Decidido a servir a la comunidad, Harold respondió a esos reveses poniendo en marcha su propia consulta privada.

Un año después de licenciarse, el doctor Moody empezó a pasar consulta en el número 111 de King's Road, en Peckham, en el sureste de Londres. Aunque había sufrido el racismo en sus propias carnes, fue su fe cristiana lo que llevó al doctor Moody a pasar a la acción. Para él, que era un miembro activo de la comunidad cristiana, el racismo era un asunto religioso. Por otra parte, su respetable trabajo de clase media le convertía en un modelo a seguir para la población negra de las décadas de 1920 y 1930 en el Reino Unido. Se erigió en su defensor, y pronto se lo conoció como alguien a quien se podía acudir a pedir ayuda en caso de necesidad. Su popularidad era tal que en 1931 Harold Moody fundó la Liga de los Pueblos de Color.

La Liga era al mismo tiempo un centro cristiano y una organización de defensa de derechos. Sus objetivos, publicados en su boletín trimestral *The Keys*, eran:

- Apoyar y proteger los intereses sociales, educativos, económicos y políticos de sus miembros.
- Despertar el interés de sus miembros en el bienestar de las personas de color de todo el mundo.
- Mejorar las relaciones entre razas.
- Cooperar y asociarse con organizaciones que trabajan a favor de las personas de color. ¹⁴

Publicado por primera vez en 1933, *The Keys* hacía las veces de brazo escrito de la Liga y denunciaba el racismo en el mundo laboral, en el sector inmobiliario y en la sociedad en general. En 1937, *The Keys* publicó un duro intercambio epistolar con el hospital de Manchester sobre su veto a contratar enfermeras negras. La carta citaba a la enfermera jefe del hospital, L. G. Duff Grant, que había escrito, sin ningún disimulo: «Nunca hemos tenido enfermeras de color en prácticas aquí. Se planteó la cuestión una vez en el comité de enfermería y había una norma que establecía que nadie de extracción negroide podía ser tenido en cuenta». El doctor Moody, entonces presidente de la Liga, escribió a la junta del hospital y descubrió que no existía semejante normativa. «No hay ninguna norma —reconocía N. Cobboth, el presidente de la junta en su respuesta— que impida que mujeres de color se formen como enfermeras en el Manchester Royal Infirmary y la junta desea dejar claro que cada solicitud será tenida en cuenta en función de sus méritos.» ¹⁵

El trabajo del doctor Moody en la Liga de los Pueblos de Color fue posiblemente la primera campaña antirracista del siglo xx en el Reino Unido, y no cabe duda de que tendría consecuencias a largo plazo en las relaciones entre razas en terreno británico.

El doctor Harold Moody fue un pionero en la lucha por los derechos de la comunidad negra en Londres, pero un aspecto de su vida personal —su relación con una mujer blanca y los hijos que tuvo con ella— ¹⁶ causó mucha polémica en aquel tiempo. Las relaciones entre personas de distintas razas eran muy controvertidas a principios del siglo xx, y en el noroeste de Inglaterra se consideraban tan alarmantes como para justificar una investigación académica. A finales de la década de 1920, la Universidad de Liverpool estaba consolidando su departamento de ciencias sociales, liderado por la antropóloga Rachel M. Fleming. Su investigación giraba en torno de lo que llamaba «niños híbridos», hijos de padre negro y madre blanca. ¹⁷ Liverpool era una ciudad portuaria, y había una gran cantidad de marineros negros que vivían allí. Algunos estudios indican que la población negra de Liverpool en la época estaba en torno a las 5.000 personas. Pese al telón de fondo de los disturbios raciales y el linchamiento de Charles Wootton, las parejas mixtas existían, pero eran vistas por muchos como un problema social con el que había que acabar.

En ese contexto, Rachel Fleming consiguió el apoyo de las autoridades de Liverpool para investigar a los niños «desdichados» —léase «mestizos»— de la ciudad. En 1927 fundó la Asociación para el Bienestar de los Niños Mulatos de Liverpool. Muriel Fletcher, una graduada por la Universidad de Liverpool que trabajaba como agente de la condicional, recibió el encargo de escribir el primer informe para la asociación. Por su trabajo con los servicios sociales, estaba en contacto con muchas de las familias más pobres de la ciudad y su investigación se llevó a cabo con la visión sesgada de quien conoce solo a las familias más pobres de entre las que están formadas por personas de distintas razas.

El «Informe de una investigación sobre el problema del color en Liverpool y otros puertos» se publicó en junio de 1930. Concluía, a partir de escasa evidencia, que en los marineros negros la probabilidad de padecer enfermedades venéreas era el doble que en los marineros blancos, y que los

niños nacidos de parejas de razas distintas —o, en el lenguaje del informe, «los mulatos»— enfermaban más por ese motivo. «Los niños parecen estar resfriados con frecuencia, muchos presentan un aspecto enfermizo, y se sabe de casos en los que la historia familiar incluye enfermos de tuberculosis», escribió la señora Fletcher. Quizá reflejando una opinión popular en la época, Fletcher juzgaba que las niñas y mujeres mestizas estaban contaminadas por su raza, y afirmaba que «solo se han hallado dos casos en Liverpool de muchachas mulatas que se hayan casado con hombres blancos, y en uno de los casos la familia de la joven forzó el matrimonio contra la voluntad del hombre». ¹⁸ En su informe, a las mujeres blancas que optaban por tener relaciones con hombres negros Muriel Fletcher las situaba en cuatro categorías: las débiles mentales, las prostitutas, las jóvenes y temerarias, y aquellas que se veían obligadas a casarse porque tenían hijos ilegítimos.

A los niños investigados para el estudio se les examinó los ojos y se les midió la nariz, y se clasificó sus facciones como «negroides» o «inglesas». En relación a las dificultades de los jóvenes mestizos para encontrar trabajo, Fletcher escribió: «Algunas madres lamentaron haber traído al mundo a semejantes niños, en clara desventaja por su color». Haciéndose eco de las ideas del movimiento eugenésico, inmensamente popular en la época, Fletcher parece insinuar que el mestizaje —o, como lo llamaban los eugenistas, el cruce de razas— era una abominación tal que los hijos nacidos de relaciones mestizas tenían «poco futuro».

Muy extendido a principios del siglo xx, el movimiento eugenésico británico defendía que la clase social estaba determinada por factores biológicos como la inteligencia, la salud y lo que vagamente se llamaba «valores morales». Los eugenistas sostenían que había que animar a reproducirse a aquellos que poseían cualidades consideradas deseables, y que lo contrario debía hacerse con los que no las tenían. Había en ello un racismo inherente: la raza blanca formaba parte de los valores a los que había que aspirar, mientras que cualquier indicio de sangre negra se consideraba contaminante, lo que les llevaba a oponerse de forma radical al mestizaje y a los mestizos. Pese al apoyo de hombres influyentes como John Maynard Keynes y George Bernard Shaw, el Reino Unido nunca llegó a aprobar ningún tipo de legislación (como la esterilización forzosa) que introdujera la eugenesia en el funcionamiento del Estado, y en 1931 un proyecto de ley que pretendía hacerlo fue rechazado en el Parlamento.

El «Informe de una investigación sobre el problema del color en Liverpool y otros puertos» de Muriel Fletcher tuvo un impacto nacional. Un representante de la Sociedad Antiesclavista llegó a decir que era un «documento de extraordinaria fuerza» que contenía «detalles de lo más impresionante y acreditado». En un estudio reciente sobre el informe, el investigador Mark Christian sostiene que tuvo un efecto negativo a largo plazo sobre la población negra de Liverpool y extendió el uso del término «mulato». ¹⁹

Los estragos de una nueva guerra mundial trajeron consigo la necesidad de más mano de obra, de modo que el Reino Unido volvió a favorecer la llegada de inmigrantes. Cuando el *SS Empire Windrush* partió desde el Caribe en dirección a Inglaterra, transportaba a 490 hombres y dos mujeres, todos ellos dispuestos a arrimar el hombro en la reconstrucción de un país en plena posguerra. ²⁰ El *Windrush* atracó en Tilbury, en el municipio de Thurrock, Essex, el 22 de junio de 1948. Ese mismo año, el Gobierno introdujo la Ley de Nacionalidad Británica, que concedía a los ciudadanos de la Commonwealth los mismos derechos que los ciudadanos británicos.

La población negra del país seguía creciendo. Entre 1951 y 1961, los ciudadanos británicos de origen caribeño pasaron de 15.000 a 172.000. ²¹ La mayoría llegaron de Jamaica (los ciudadanos de este país pasaron de 6.000 a 100.000). ²²

En 1958, la población negra de Nottingham había alcanzado las 2.500 personas. Pero una década de leyes pensadas para que los ciudadanos de la Commonwealth se sintieran bienvenidos no había cambiado las opiniones sobre el terreno. Los periódicos locales hablaban de un veto a los hombres de color en los pubs de Nottingham, donde los hombres negros debían esperar a un lado hasta que se terminaba de servir a los blancos. El resentimiento de los blancos hacia los residentes negros de la ciudad era enorme, y el resentimiento de los negros hacia los blancos hervía también bajo la superficie. El 23 de agosto de 1958, un altercado en un pub entre una mujer blanca y un hombre negro encendió la mecha. No se sabe muy bien cuál fue el incidente que lo originó todo, pero lo que sí está claro es que, horas después, un millar de personas se agolpaba en St. Ann's Well Road y empezaron los disturbios. Navajas, cuchillos y botellas se usaron como armas, y ocho personas acabaron hospitalizadas.

Lo que pasó en Nottingham estaba ocurriendo también en otras partes del país. El 20 de agosto, en Notting Hill, al oeste de Londres, un grupo de *teddy boys* —una tribu urbana de jóvenes blancos amantes del rock & roll que vestían trajes y zapatos de gruesa suela de goma— se lanzó a la calle con el único objetivo de atacar a la población negra. Se llamaban a sí mismos «cazadores de sucios negros». Cinco hombres negros acabaron en el hospital tras aquella noche de extrema violencia. ²³

Por aquel entonces, Notting Hill era una zona pobre y superpoblada de Londres en la que escaseaba la vivienda, de lo que se aprovechaba el tristemente célebre dueño de muchos de aquellos tugurios, Peter Rachman. Tenía tan mala reputación que su apellido se convirtió en sinónimo de maltrato a los arrendatarios. El *Chambers 21st Century Dictionary* define «rachmanismo» como «la explotación o extorsión ejercida por un propietario sobre las personas a las que arrienda viviendas en mal estado». ²⁴ Era la población negra la que acababa viviendo en las pequeñas y ruinosas viviendas de Rachman y pagando sus exorbitantes alquileres. No tenían elección. Los que vivieron aquella época contaron que había carteles de «ni negros ni perros ni irlandeses» en las ventanas del resto de las viviendas, más dignas, ²⁵ lo cual no hacía más que exacerbar los conflictos raciales de la capital.

Nueve días después de la «caza de sucios negros» de los *teddy boys* de Notting Hill, una pareja mestiza —un matrimonio formado por un hombre negro y una mujer blanca sueca— discutían en el exterior de la parada de metro de Latimer Road. Era un día festivo de agosto en el que pocos trabajaban, de modo que la discusión acabó atrayendo a un grupo de hombres blancos que salieron en defensa de la mujer, quizá creyendo que la estaban atacando. Al ver lo que podía acabar ocurriendo, varios hombres negros intercedieron por el marido. Los dos bandos empezaron a pelearse.

Luego se supo, por las declaraciones que hicieron los alborotadores blancos, que circulaba el rumor de que un hombre negro había violado a una mujer blanca. ²⁶ El altercado junto a la parada de metro se convirtió en un abrir y cerrar de ojos en una concentración de doscientos hombres blancos que lanzaban violentas consignas racistas. La batalla fue subiendo de intensidad y algunos de los agitadores blancos se enfrentaron a la policía por impedirles cargar contra los negros. Los disturbios se prolongaron durante tres días. Aparecieron esvásticas pintadas en viviendas de familias negras. Muchos contraatacaron con armas y cócteles molotov de fabricación casera. Las personas de color a las que la policía detuvo durante los actos de violencia insistieron en que tenían que defenderse. No hubo fallecidos, pero más de cien alborotadores —la mayoría blancos— fueron detenidos.

En 2002, se hicieron públicos informes policiales que revelaron que la policía había conseguido convencer al entonces ministro de Interior, Rab Butler, de que lo ocurrido en Notting Hill no eran disturbios raciales sino enfrentamientos entre vándalos. «Sin duda hay cierto resentimiento entre los residentes blancos y de color de la zona —sostiene en el informe el sargento detective M. Walters—, pero es más que evidente que la mayor parte de los problemas los causaron rufianes, tanto de color como blancos, que vieron la oportunidad de entregarse al vandalismo.» En ningún momento menciona a los *teddy boys* cazanegros. ²⁷

Tras lo ocurrido en Nottingham y Notting Hill, las relaciones interraciales en el Reino Unido emprendieron un rápido deterioro. A las personas de color llegadas después de la generación Windrush cada vez se hacía más evidente que no iban a poder vivir en paz, trabajar, pagar impuestos e integrarse. Que, en lugar de eso, se les iba a castigar por el mero hecho de estar allí, en el Reino Unido. La mano de obra negra y mestiza había sido esencial para el éxito del país en las dos guerras mundiales, pero las personas de color que hicieron posible ese triunfo tuvieron que afrontar un rotundo rechazo en las décadas posteriores.

El Gobierno se mostró reticente, a lo largo de la década de 1950, a reconocer que el país tenía un problema con el racismo. Pero se vieron algunos gestos. En 1960 un diputado laborista de los que se sientan en los escaños de atrás del Parlamento, Archibald Fenner Brockway, presentó en repetidas ocasiones un proyecto de ley que pretendía ilegalizar la discriminación por razones de color, raza o religión en el Reino Unido. ²⁸ El proyecto de ley fue rechazado todas y cada una de las nueve veces que se sometió a discusión. ²⁹ En el extremo opuesto, en 1959, Oswald Mosley, fundador de la Unión Británica de Fascistas, decidió volver a la política parlamentaria, que había abandonado en 1930. Se presentó como candidato por una circunscripción cercana a Notting Hill y abogó por la repatriación de los inmigrantes. Consiguió solo un 8,1 % de los votos.

El Estado tardó casi una década en plantear una solución al problema del racismo en el Reino Unido después de los disturbios raciales de Nottingham y Notting Hill. La Ley de Inmigrantes de la Commonwealth, que entró en vigor el 31 de mayo de 1962, restringió de forma drástica los derechos de inmigración de los ciudadanos de la Commonwealth británica. Incluso se utilizaban palabras que no se habían empleado hasta entonces. En 1948 la Ley de Nacionalidad Británica empleaba el término «ciudadanos» para referirse a las personas procedentes de los países de la Commonwealth; en 1962 las llamaba «inmigrantes», lo que añadía una nueva capa de exclusión a la forma de tratar a una población a la que apenas catorce años antes se le había concedido el permiso de residencia. Con un nuevo énfasis en los trabajadores cualificados, la Ley de Inmigrantes de la Commonwealth establecía que aquellos que quisieran residir en el Reino Unido debían tener un permiso de trabajo. ³⁰ La lógica tras este razonamiento pervive hasta hoy.

Más tarde, en 1965, el Parlamento aprobó la primera legislación británica antidiscriminación. Tras la firme declaración de intenciones contra la libertad de movimientos de los ciudadanos de la Commonwealth de tres años atrás, la Ley de Relaciones Raciales fue toda una sorpresa. La legislación establecía que la discriminación racial manifiesta pasaba a ser ilegal en los espacios públicos, aunque la legislación no se aplicaba a tiendas o viviendas privadas. Según informaba la BBC, esos específicos actos de discriminación incluían «rechazar servir a una persona, hacerlo con un retraso inaceptable o cobrarle de más». ³¹ Se creó un Consejo de Relaciones Raciales como parte de la ley. ³² Era el organismo que debía recibir y supervisar las denuncias por racismo; una tarea nada fácil, sobre todo si se tiene en cuenta que el censo de 1961 había fijado en 52.700.000 el número de habitantes del Reino Unido. ³³ No había forma de saber la cifra exacta de personas no blancas residentes en el país, pues el censo no incluyó una pregunta sobre la raza hasta 1991. Apenas llegaron denuncias al consejo, y las que llegaron lo hicieron en vano. El organismo no tenía autoridad para castigar a nadie. Su papel, de hecho, era el de mediar entre el denunciante y la organización o persona a la que se denunciaba.

La primera ley británica de relaciones raciales se quedaba a medias. No abordaba la endémica discriminación en el ámbito de la vivienda, y sus salvedades dejaban mucho espacio de maniobra a los que deseaban que las personas negras del Reino Unido siguieran siendo ciudadanos de segunda. El Consejo de Relaciones Raciales resultó ser un antídoto inadecuado para las décadas de acoso y de violencia selectiva, y parecía existir solo para salvar las apariencias. La mayoría de los negros y asiáticos británicos ni sabían que existía. Los puntos débiles de la ley de 1965 eran evidentes. Los esfuerzos para desafiar al racismo venían, al fin y al cabo, del mismo Estado que décadas antes había dado carta de naturaleza al fenómeno al responder a los disturbios raciales con repatriaciones, del mismo Estado que utilizaba y desechaba cuerpos negros y mestizos a conveniencia.

La ley se endureció tres años después, e hizo ilegal negar una vivienda, un empleo o cualquier servicio público por motivos de raza. Sin embargo, los servicios del Gobierno quedaron exentos de los cambios legales. Según explicó la BBC, «la nueva Ley de Relaciones Raciales tiene como objetivo hacer de contrapeso a la Ley de Inmigración y de ese modo cumplir la promesa del Gobierno de ser “justo pero severo” con los inmigrantes». ³⁴

El 7 de marzo de 1965, la policía cargó de forma violenta contra una marcha de afroamericanos, liderada por Martin Luther King Jr., que reclamaba poder ejercer su derecho constitucional al voto. Dos años antes de esa fecha ahora icónica, en el oeste de Inglaterra, un jamaicano de diecinueve años, Guy Bailey, se dirigió a una entrevista de trabajo en la Bristol Omnibus Company, la compañía de autobuses de la ciudad. Paul Stephenson, un asistente social, había concertado la entrevista para Guy, asegurándose primero de que hubiera vacantes disponibles y de que Guy cumpliera con los requisitos para optar a ellas. Pero cuando Guy fue a la entrevista, la compañía decidió cancelarla.

Al recordar lo ocurrido cincuenta años después en la BBC, ³⁵ Guy rememoró el momento exacto en que la recepcionista le dio por descartado. «Le dijo al encargado: “Tu cita de las dos está aquí. Pero es negro”. Y el encargado dijo: “Dile que no tenemos vacantes, que están todas cubiertas”».

Que rechazaran a Guy no fue una sorpresa para los más de 3.000 miembros de la comunidad negra de Bristol, la mayoría de ellos personas de origen caribeño que vivían en el Reino Unido desde la Segunda Guerra Mundial. Hacía tiempo que sospechaban que la compañía de autobuses tenía una política de contratación racista; al fin y al cabo, ninguno de los miembros de la comunidad que se había presentado a vacantes de la Bristol Omnibus Company había sido contratado. Todos los empleados de la compañía de autobuses eran blancos.

Pero la entrevista de Guy Bailey no había sido una coincidencia. La habían organizado cuatro jóvenes: Roy Hackett, Owen Henry, Audley Evans y Prince Brown. Se llamaban a sí mismos el Consejo para el Desarrollo de las Indias Occidentales. Le habían pedido a Paul Stephenson que les ayudara en su plan, y él había aceptado. Paul conocía a Guy, era estudiante en la escuela nocturna en la que él daba clases. Guy era un buen candidato para la entrevista. Su aspecto era pulcro, tenía ya un empleo, estudiaba a tiempo parcial y participaba en las actividades de una organización de jóvenes cristianos.

En cuanto supieron que habían rechazado entrevistar a Guy, el grupo convocó una rueda de prensa. Los periodistas de los medios locales se agolparon en el piso de Paul para enterarse de lo que había ocurrido. Hubo una sesión de fotos, con Owen sentado en la parte trasera de un autobús en homenaje a Rosa Parks. Con la prensa local y nacional haciéndose eco del caso, el director general de la compañía, Ian Patey, vio que no tenía escapatoria. Presionado por el *Bristol Evening Post*, reconoció: «No conseguirán que ningún hombre blanco de Londres lo admita, pero ¿cuántos de ellos querrían un puesto donde podrían acabar trabajando para un supervisor negro?». ³⁶

Paul y el Consejo para el Desarrollo de las Indias Occidentales se hicieron con el apoyo de los estudiantes de la ciudad y vieron cómo los políticos y la prensa local, en sus discursos y editoriales, se posicionaban a su favor. Pero, al mismo tiempo, tanto la compañía de autobuses como el sindicato principal del sector, el Transport and General Workers' Union (TGWU), ignoraban a Paul reiteradamente. Aunque en el pasado habían estado a menudo en lados opuestos de la mesa, el racismo unió a la dirección y al sindicato. Tenían un acuerdo, el tipo de acuerdo que se presta a acabar siendo discriminatorio: la compañía de autobuses no contrataba a nadie que no hubiera aprobado antes la sección local del TGWU. Pese a las declaraciones de Ian Patey a la prensa, la Bristol Omnibus Company declinó asumir responsabilidades, y le pasó la pelota al sindicato. El racismo había hecho mella en la solidaridad obrera hasta el punto de que un representante sindical llegó a decir por entonces que contratar a trabajadores negros significaba dejar sin trabajo a los potenciales trabajadores blancos, y que aceptarles quería decir también menos horas de trabajo para los que ya estaban contratados.

La campaña siguió su curso, mientras arreciaban las críticas a Paul. Ron Nethercott, secretario regional de la zona suroeste del sindicato, escribió un artículo en un periódico de tirada nacional en el que lo calificaba de «deshonesto» e «irresponsable». Para los críticos, la raíz del problema estaba en su activismo, no en el veto racista. Algunas de esas críticas desembocaron en una demanda por difamación, que Paul ganó. Entretanto, los habitantes caribeños de la ciudad decidieron boicotear el servicio de autobuses. Uno de los cabecillas del boicot dijo a la prensa local: «No es fácil notarlo, pero muchos blancos nos apoyan». La campaña consiguió el apoyo del embajador de Trinidad, sir Learie Constantine. Los estudiantes universitarios organizaron una marcha solidaria a la que acudieron más de un centenar de personas y todos los que participaron en el boicot al servicio de autobuses empezaron a ir a pie o en bicicleta por la ciudad.

Un día antes de que Martin Luther King Jr. dijera ante 250.000 personas que había tenido un sueño, quinientos empleados de la Bristol Omnibus Company se reunieron y decidieron acabar con el veto racista. Un día más tarde, el director general Ian Patey se comprometió a hacer que pasara a la historia. En una rueda de prensa, anunció que «el único criterio a la hora de contratar a alguien será la aptitud de esa persona para el trabajo». Es importante señalar que la Bristol Omnibus Company —que con el tiempo se fusionó con otras compañías y pasó a llamarse First Somerset & Avon— jamás ha pedido perdón por lo que hizo. Tampoco lo ha hecho la sección de Bristol del Transport and General Workers' Union, que ahora forma parte de Unite the Union. En 2013, Laurence Faircloth, secretario de la sección suroeste de Unite the Union, ofreció a Guy Bailey su «sincero pesar» en nombre del sindicato.

La primera vez que oí hablar del boicot a los autobuses de Bristol fue en 2013. Yo trabajaba en aquella época en un centro de estudios independiente para la igualdad racial, el Runnymede Trust, y fui a Bristol junto con varios compañeros para poner en marcha una campaña. Inauguramos un espacio provisional al que la gente podía acudir a hablar de racismo, y por las tardes organizábamos actos en el centro de la ciudad. Uno de esos actos fue con Paul Stephenson. Tenía cerca de ochenta años por entonces. En la planta superior de la librería Foyles, en su espacio para eventos, la voz de Paul, debilitada por la edad, por el activismo y por una justa indignación, atrajo la atención de todos los presentes. La historia hablaba a través de él.

En torno a la misma época en que los habitantes de Bristol se organizaban contra un veto racista, el nacionalismo blanco ganaba terreno en todo el Reino Unido. El Frente Nacional, un partido

exclusivamente para blancos, contrario a los inmigrantes y de extrema derecha, atizaba la ira y el resentimiento entre los británicos. Fundado en 1967, el Frente Nacional tiene estrechos lazos con movimientos supremacistas blancos de todo el mundo. En su momento de máximo esplendor, en la década de 1970, los miembros del partido se envolvían con la bandera del Reino Unido y con la de San Jorge, como si su ideología fuera el epitome de la britanidad. Apenas diez años después de fundarse, el Frente Nacional presentó más de trescientos candidatos a las elecciones generales de 1979, y consiguió casi 200.000 votos. La popularidad del nacionalismo blanco en el Reino Unido creció sin parar en la década de 1970, pero era a negros y a asiáticos a los que se consideraba miembros volátiles de la sociedad. Los militantes del Frente Nacional fueron disminuyendo a lo largo de la década de 1980, pero el sentimiento que impulsaba el partido encontró su lugar en otras formas de activismo político.

En 1970, los agentes de policía a menudo esgrimían una sección de la por entonces ya arcaica Ley de Vagos de 1824. Aquella sección permitía a la policía abordar, registrar y detener a cualquiera que les pareciera que podía cometer un delito. La Ley de Vagos llegó a ser conocida como «ley de sospechosos» (a partir de un párrafo de la ley que hablaba de «personas sospechosas»). Como la policía no guardaba registros de aquellos a los que detenía bajo la Ley de Vagos, es difícil saber a cuántas personas incordió por el crimen de no tener un aspecto respetable.³⁷ De vez en cuando, los antirracistas denunciaban que la ley de sospechosos ponía de forma injusta en el punto de mira a la población negra. Lo que a un agente podía resultarle o no sospechoso —en particular en un clima político como el británico, que solo diez años antes negaba a las personas negras empleo y vivienda— tenía un inevitable sesgo racial.

La ley de sospechosos hizo que las relaciones entre la población negra y la policía estuvieran llenas de tirantezas. Una situación que se agudizó por el pánico generalizado a los atracos y a los atracadores. En 1972, un violento robo callejero en Handsworth, Birmingham, llevó a la prensa a cubrir este tipo de crímenes casi sin descanso durante todo un año. *Mugging*, atraco, la palabra con la que se referían a los asaltos, procedía de Estados Unidos, la importaron de los informes policiales y los artículos de prensa de las ciudades americanas en las que se concentraba la mayor parte de población negra. El miedo a los atracos se importó también.

Los robos callejeros no eran nuevos en el Reino Unido. Pero al utilizar una palabra como *mugging*, llegó con ella, codificada, la implicación de que los perpetradores eran en su mayoría negros, y de que el atraco era un delito exclusivamente negro. Los periódicos hablaban de una nueva moda. El miedo a los atracos era mucho más que miedo al crimen y la violencia: entroncaba con los temores de los que habían vivido con espanto la lucha por la liberación de la población negra de los años sesenta, y con su intenso pavor hacia todo lo relacionado con la raza, los desagrazos y la venganza.

Hubo al menos un incidente bien documentado en el que agentes de policía arrestaron a jóvenes negros solo por tener aspecto de delincuentes. El 16 de marzo de 1972, en la estación de Oval, en el sur de Londres, un grupo de policías blancos de paisano fijaron su atención y poco después detuvieron a cuatro jóvenes negros —que resultaron ser además miembros de una organización radical negra— en el transporte público, y luego declararon en el juicio que «estaba claro que eran carteristas». Pero los únicos testigos de la acusación eran los propios policías, y los jóvenes acusados no llevaban encima nada robado.³⁸ Los «cuatro de Oval» fueron condenados a dos años de cárcel, pero, tras apelar, salieron al año. Todos mantuvieron su inocencia hasta el final.

Mientras la policía arrestaba a hombres negros por tener un aspecto sospechoso, el Frente Nacional capitalizaba la animadversión hacia la población negra del país. En 1975, el partido organizó una marcha en protesta por los atracos perpetrados por negros que recorrió el East End de Londres. Un año después, surgió una nueva causa blanca a la que apoyar. Robert Relf, un conductor de autobuses de Leamington Spa, saltó a los titulares cuando en 1976 puso un cartel ante su casa en el que se leía «Se vende solo a familia inglesa». La primera versión del cartel iba todavía más lejos: «Para evitar problemas, estrictamente solo personas no de color». El mensaje contravenía la Ley de Relaciones Raciales y se le pidió que lo quitara. Relf rehusó hacerlo y fue encarcelado por desacato a la autoridad. Enseguida se declaró en huelga de hambre. La prensa sensacionalista utilizó su encarcelamiento como argumento en contra de lo que llamaron «corrección política». Entretanto, para el Frente Nacional, Relf se había convertido en un mártir. Lanzaron una campaña de apoyo y organizaron protestas con el lema «Liberad a Relf».

La negritud y la criminalidad empezaban a ser ideas intrínsecamente entrelazadas. En 1984, tres años después de que se derogara la ley de sospechosos, se introdujo la norma de interpelación y

registro. Apenas parecía que hubiera diferencias entre ambas medidas. Mientras que la ley de sospechosos permitía que la policía arrestara a cualquiera que a su juicio estuviera merodeando con la intención de cometer un delito, la nueva norma decía que la policía debía tener sospechas razonables de que el delito ya se había cometido antes de interpellar y registrar al sospechoso. ³⁹ Aunque la policía siempre ha argumentado que ese tipo de regulaciones ayudan a prevenir el crimen, lo cierto es que la población negra se ve sometida a interpellación y registro de forma desproporcionadamente superior a la población blanca (un estudio de 2015 reveló que en algunos lugares del Reino Unido las personas de color tenían diecisiete veces más posibilidades de ser objeto de interpellación y registro que las personas blancas). ⁴⁰ Era (y sigue siendo) la ley de sospechosos, pero con otro nombre.

Entre 1980 y 1982, con el país en plena recesión, el desempleo entre los hombres de raza negra y asiática creció un 20 %, frente a solo el 2 % entre los hombres blancos. ⁴¹ Pese a que la población negra y asiática era ya parte habitual del paisaje urbano británico, a algunos colectivos blancos aún les incomodaba su presencia. Les parecía que los jóvenes negros estaban en paro porque habían decidido no trabajar y llevar, en cambio, una vida de agravio social. En un programa emitido en la BRMB, la radio de Birmingham, en 1982, un agente de la policía municipal, Dick Board, dejó claro lo que pensaba sobre los jóvenes desempleados negros. «Seamos justos —dijo—. Hablamos de un cierto tipo de personas. En los años veinte y treinta tuvimos todo tipo de problemas, y nunca pasó esto. Nunca tuvimos unos índices de delincuencia tan elevados y lo que ahora llamamos, como en Estados Unidos, *mugging*. Que es robo con violencia. Tenemos a un tipo diferente de personas que, por las buenas o por las malas, consigue lo que quiere a costa de todos los demás. Incluso de los suyos. Ese es el problema. El asunto del desempleo no importa, lo que tenemos aquí es una situación que se está utilizando deliberadamente. Y no hay duda sobre ello, no podría importarles menos si tienen trabajo o no, de hecho prefieren no tenerlo.» Concluyó: «Toda esa tontería de que están buscando empleo y “no encuentro trabajo” y todo eso... Muchos se aprovechan de su color... Lo usan contra nosotros, y lo usan muy bien. Pero ya hay muchos en este país preparados para escuchar y no dejarse engañar por lo que esa gente hace». ⁴²

Cuando el agente Dick Board se refirió a «lo que esa gente hace» creo que se refería al crimen. El desempleo provocado por la crisis exacerbó el miedo a la delincuencia en los barrios marginales, lo que estigmatizó muchas de las zonas en las que vivía la población negra y mestiza.

El verano de 1981 trajo nuevos disturbios en todo el país: en Brixton, el 10 de abril; en Toxteth, Liverpool, el 3 de julio; en Handsworth, Birmingham, el 10 de julio, y en Chapeltown, Leeds, el mismo mes. Las condiciones eran parecidas en todas partes. Pobres. Negros. Tanto en Brixton como en Toxteth, la actitud policial fue un factor determinante. En Brixton, donde tuvieron lugar los primeros disturbios, el detonante fue la Operación Ciénaga de la policía local, durante la que se practicaron más de un centenar de interpellaciones y registros en solo seis días. ⁴³ Cuando los agentes se detuvieron a ayudar a un chico negro que había resultado herido, la multitud se arremolinó a su alrededor y empezaron los altercados. ⁴⁴ En Toxteth, la policía emprendió la persecución de un motociclista negro, porque creyeron que el vehículo era robado. El joven cayó de la moto y la policía trató de arrestarlo, pero se vio frente a una muchedumbre indignada. De nuevo, la situación se desbordó. Era como si los disturbios fueran contagiosos.

Como la historia la escriben los vencedores, no es fácil encontrar pruebas del acoso policial a las personas de color a principios de la década de 1980. Pero el Newham Monitoring Project invirtió esa tendencia. La asociación se fundó en 1980, tras el asesinato del joven asiático Akhtar Ali Baig cuando salía de clase, a manos de una banda de *skinheads* blancos. En el juicio, el juez comentó que el asesinato lo había «motivado el odio racista». ⁴⁵ Hartos de que no se aplicaran las leyes antirracismo, varias personas de la comunidad se ofrecieron a prestar apoyo logístico contra el acoso. Así nació el Newham Monitoring Project. La organización de base hizo campaña contra la violencia racista —incluida la policial— hasta 2015, cuando se vieron obligados a abandonar el proyecto por falta de fondos.

Parte de lo que hacía el Newham Monitoring Project era elaborar informes mensuales, y el de 1983 permite hacerse una idea de lo que era ser negro en el este de Londres en aquellos tiempos. A lo largo de aquel año, la organización recibió 76 denuncias de acoso policial. De los que sufrieron acoso policial y luego fueron arrestados, 47 quedaron luego libres sin cargos. A los que sí se les imputaron cargos también se los dejó finalmente libres. Los casos que figuran en el informe dejan entrever el asedio al que estaban sometidas algunas familias negras. «La vivienda del señor N. y su

familia ha sido registrada cuatro o cinco veces este año —detalla el informe—. Los policías llevaban siempre una orden judicial en la que se les acusaba de robo. En ninguna de las ocasiones han encontrado pruebas de ello, de modo que no se les ha imputado ningún cargo [...]. La familia ya se ha hecho a la idea de que pueden invadir su casa en cualquier momento. Viven con el temor constante a que vuelva a visitarles la policía.» ⁴⁶

Estaba también el caso de Osei Owusu, de cuarenta y cinco años. La policía se presentó en su casa y le pidió que se sometiera a una prueba de alcoholemia. Él se negó. Minutos después, «mientras estaba en el baño de su vivienda, entre diez y doce agentes de policía entraron a la fuerza, tras romper la puerta. Lo sacaron a rastras del baño, lo golpearon brutalmente con sus porras y lo llevaron a la comisaría de policía de Forest Gate. Una vez allí le hicieron la prueba de alcoholemia hasta tres veces. El resultado fue negativo».

En otro de los casos mencionados, los agentes de policía tuvieron en el punto de mira a toda una familia. «John Power caminaba hacia su casa de vuelta de un club local de jóvenes —decía el informe—. Un coche policial pasó a su lado, junto a la acera. El agente le gritó: “Tú, ven aquí, pedazo de negro”. John siguió caminando. Pero enseguida, temiendo que algo pudiera pasarle, empezó a correr en dirección a su casa. Los agentes le siguieron, llegaron a la puerta, la abrieron, sacaron a John al exterior y a continuación procedieron a darle una paliza.» Cuando su padre intervino, «los agentes comenzaron a golpearle también a él». La hermana de John vio lo que estaba ocurriendo y lanzó un grito de terror, pero «el agente le pidió que se callara y luego la empujó y la golpeó. Luego los metieron a los tres en vehículos distintos y los llevaron a la comisaría de policía de East Ham. Fueron acusados de obstrucción a la justicia y de varios cargos de agresión a los agentes de policía».

En paralelo a toda esta intensa brutalidad policial, había también quien intentaba restablecer la mermada confianza entre la población de color y la policía. Siguiendo el ejemplo de Estados Unidos, la policía optó por una nueva estrategia. La policía de proximidad, que trabajaba en estrecho contacto con los barrios, puso en contacto a agentes de policía con los habitantes de ciertas áreas locales, para que los residentes pudieran llegar a conocerlos mejor. El ya fallecido John Alderson, jefe de la Policía, defendió con entusiasmo a principios de la década de 1980 que los agentes debían estar más involucrados, a nivel personal, en la vida de los lugares en los que trabajaban. ⁴⁷ Pero ese tipo de enfoque comunitario no benefició a la población negra. El informe de 1983 del Newham Monitoring Project lo ponía de relieve con el caso de un escolar negro detenido por la policía. La escuela de Shaun Robertson, de once años, había proporcionado a un agente que investigaba un robo los nombres y direcciones de todos los niños negros del colegio. El agente mencionó que a uno de los sospechosos le sobresalían las dos palas y un empleado de la escuela recordó que Shaun había ido al ortodontista ese mismo día. Y sin más se convirtió en sospechoso.

El Comité de Camden para las Relaciones Comunitarias describió la doble naturaleza de la policía en su informe anual de 1984: «La estrategia policial tiene una doble vertiente. La brutalidad, el racismo y el rechazo a las libertades civiles se esconden, por lo general, a la opinión pública. La otra vertiente es la “policía de proximidad”, la “vigilancia vecinal”, “el comité consultivo policía/comunidad”, “el agente de enlace con la comunidad”... Todo ello parte de un ejercicio de relaciones públicas destinado a convencernos de que la policía tiene un interés genuino en el bienestar de la comunidad». ⁴⁸

Las historias que cuentan los negros que vivieron esa época tienen algo en común: no era a ellos a quien estaba protegiendo la policía. Tras los disturbios de 1981 hubo un renovado interés, tanto por parte de las autoridades locales como del Gobierno nacional, por trabajar en la cohesión social. El Gobierno encargó a lord Scarman, magistrado del Tribunal Supremo, una investigación sobre las causas de los altercados de Brixton. El informe se hizo público a finales de ese año. Recomendaba que la policía hiciera esfuerzos para reclutar agentes de etnias minoritarias. Aun así, concluía que el racismo institucional no era el problema, y en su lugar señalaba la «desventaja racial» como una enfermedad social urgente.

En respuesta a las recomendaciones del informe, el principal centro de formación de la policía de Londres, el Hendon Police College, puso en marcha su primera unidad multicultural. En 1982, John Fernandes era profesor de sociología en la hoy desaparecida Kilburn Polytechnic. Las dos instituciones, Kilburn y Hendon, dependían del consejo del londinense barrio de Brent, de modo que John y algunos de sus compañeros pasaron a enseñar de forma temporal en la universidad policial. «El Hendon Police College pensó: oh, Dios mío, si [lord Scarman] va a venir aquí, más vale que

hagamos algo que demuestre que hacemos frente al problema», me dijo John por teléfono desde su casa en el campo.

El Hendon Police College quería que John y sus colegas de la universidad desarrollaran la estructura de un curso sobre multiculturalismo destinado a los cadetes de policía. El programa de formación para cadetes funcionaba como unas prácticas al final de las cuales muchos de los participantes ingresaban a tiempo completo en las fuerzas del orden. John fue el elegido por sus compañeros para estar al frente de la unidad multicultural del Hendon Police College. Pero los problemas no tardaron en aparecer. La primera señal de alarma fue que el centro quería poner el acento en el multiculturalismo, y no en el antirracismo. «Soy un sociólogo negro, de modo que no me gustó —explicó—. Yo quería un enfoque antirracista. Porque este no es un problema de los negros. No son ni mi cultura ni mi religión el problema. El problema es el racismo de las instituciones blancas.»

Para demostrar que la perspectiva antirracista tenía todo el sentido, hizo una pequeña prueba. «Si quería dar un curso distinto al que me proponían, tenía que proporcionar pruebas de que era necesario —dijo John—. No podía ir allí y decir que quería dar un curso antirracista en lugar de un curso multicultural.» Necesitaba demostrar que los nuevos cadetes del curso tenían prejuicios racistas. «Quizá al querer probarlo descubriría que ninguno de los cadetes tenía prejuicios racistas, o quizá solo un par, de modo que no habría ningún problema y yo daría el curso multicultural.»

Su investigación le llevó a pedir a los cadetes de policía del *college* que escribieran un ensayo anónimo en torno a la cuestión de «los negros en el Reino Unido». El resultado fue estremecedor.

«Los negros en el Reino Unido son una peste —decía uno de los ensayos, lleno de faltas de ortografía—. ⁴⁹ Vienen aquí desde sus repúblicas bananeras de pacotilla, donde viven en cabañas y trabajan en el campo cultivando arroz y plátanos, coco y tabaco, y se instalan en nuestra isla, en la que ya no cabe nadie más [...]. Son, por naturaleza, poco inteligentes, y no es posible educarles para vivir en una sociedad civilizada del mundo occidental.»

«Habría que mejorar las viviendas y servicios que se les proporcionan, pero no vale la pena si no van a cuidarlos», decía otro ensayo.

«Creo que los negros son muy pesados y deberían expulsarlos de la sociedad. La mayoría están en paro y van de rastafaris, con grandes gorros, monopatines y radiocassetes, fumando porros y gorroneando dinero del Estado.»

«Los negros del Reino Unido no paran de decir que son británicos porque “yo he vivido aquí toda mi vida y mi madre también”. Pero eso es un montón de mierda, me parece a mí, porque a los blancos que viven, por decir algo, en Mozambique, no se los considera parte del país. A los negros se les permiten demasiadas cosas, o sea a un agente de policía que detiene a un negro se le llama *prejudicista* racial. Si a todos los negros los deportaran de vuelta a África o a donde sea, habría menos paro y entonces el Gobierno tendría más dinero para crear empleo.»

«Cuando leí los ensayos pensé “Dios santo” —dijo John—. Esa era la razón de que hubiera que impartir un curso antirracista. No para culparles por tener esos puntos de vista, sino para explicárselos. Para poder explicarles por qué pensaban del modo en que lo hacían.» Con la evidencia en la mano, en lugar de llevar los ensayos al Police College, John preparó el programa del curso y lo presentó ante la junta de la Kilburn Polytechnic. Cuando obtuvo el permiso que necesitaba de la junta, fue con el programa al Hendon Police College. «No estaban dispuestos a que lo enfocara desde el punto de vista antirracista», dijo. La institución también le pidió que les entregara los ensayos racistas en los que había basado su propuesta. «Decían que tenía que dárselos porque los estudiantes los habían escrito en papel que era propiedad de la policía.» John decidió no entregarlos.

Visto lo ocurrido, decidió renunciar a enseñar en el Police College. «Era imposible seguir allí —me dijo—. Cómo hubiera podido, siendo un profesor negro... Habría estado colaborando de algún modo, si me hubiera quedado a dar el curso multicultural. De modo que tuve que dejarlo, estuviera o no mi trabajo en juego. Me lo dictaba mi conciencia: soy negro y mi enfoque es antirracista. Tenía que irme. De ninguna manera podía quedarme allí.»

La actitud del *college* le pareció indicativa de un problema más amplio, de modo que decidió filtrar a la prensa lo ocurrido, que enseguida empezó a tomar tintes de escándalo. *Eastern Eye*, una serie documental del canal de televisión London Weekend Television (luego pasó a llamarse ITV London), emitió un programa de treinta minutos sobre el caso. En él, un responsable del Police College respondía a la polémica diciendo: «Si tuviera la menor sospecha de que alguno de nuestros

jóvenes cadetes tiene serios y profundos prejuicios, y no solo prejuicios expresados de un modo superficial como los que aparecen aquí, no recomendaría que se convirtiera en agente». ⁵⁰

Le pregunté a John qué pasó con esos cadetes de policía. «No había nombres, [los ensayos] eran anónimos —dijo—. Aunque supiera quiénes son, no lo diría. Por profesionalidad.» Es imposible saber si quienes escribieron esos ensayos acabaron trabajando en la fuerza policial o si tienen otras profesiones. Lo que sabemos es que John Fernandes destapó opiniones arcaicas que planeaban sobre el estilo de vigilancia policial de la época. Su curso de antirracismo era más que necesario.

Cuando los más políticamente activos entre la comunidad negra vieron lo que estaba ocurriendo, empezaron a presionar para que la población negra estuviera mejor representada en las instituciones. Pese a que sus líderes eran blancos, el Partido Laborista se había convertido por aquel entonces en la casa política de negros y mestizos del país. No había tenido que trabajárselo demasiado: negros y mestizos acabaron allí por necesidad, más que porque tuvieran mucho donde elegir. Apenas veinte años atrás, el diputado conservador Peter Griffiths había sido elegido como representante del distrito electoral de Smethwick, en las Midlands, con ayuda del eslogan: «Si quieres tener a un sucio negro de vecino, vota laborista».

Leo Dickson y Marc Wadsworth fundaron las Secciones Negras del Partido Laborista en Vauxhall, al sur de Londres, en 1983. Las secciones eran un movimiento interno del partido que tenía como objetivo luchar por que el partido tuviera a más representantes negros entre sus filas («negros» en el sentido político, es decir: cualquiera que no fuera blanco). Hubo elecciones generales ese mismo año, y la baja participación de la población negra hizo que el Partido Laborista tuviera que admitir que podía hacer más para atraer a ese grupo de votantes. Un folleto del Partido Laborista de Vauxhall de 1984 pone de manifiesto el proceso interno que había llevado a la formación de las secciones, y el feroz debate que suscitaron al principio entre los militantes del partido. En el folleto, Leo y Marc afirmaban: «Nuestro distrito cubre un área marginal de la ciudad (Brixton) en la que las manifestaciones de racismo son hoy generalizadas». ⁵¹ No podía sorprender que las presiones para aumentar la cuota de representación negra en el partido de izquierdas británico procedieran del sur de Londres, un área del país que, por entonces, llevaba tres décadas acogiendo a migrantes africanos y caribeños.

Cuando el folleto del Partido Laborista de Vauxhall salió a la calle, el debate sobre la legitimidad de las Secciones Negras estaba más encendido que nunca en la prensa de ámbito nacional. Los organizadores de las secciones se reunieron con el comité ejecutivo del partido para defender que necesitaban poder progresar dentro del partido, y que así más personas negras entraran a formar parte de él. A su vez, el comité ejecutivo se encargó de notificar a los militantes del Partido Laborista de todas las razas que iba a producirse una reunión con el «caucus negro». Leo y Marc se vieron luego en la incómoda posición de tener que defender la necesidad de representación negra ante algunas de las ramas locales del partido, donde se toparon con una audiencia mayoritariamente blanca.

La prensa, al enterarse del debate interno del partido y de la forma en que se estaba desarrollando, empezó a hablar de «pelea racial». En una carta dirigida a la sede de Vauxhall en julio de 1984, el entonces líder del Partido Laborista, Neil Kinnock, expresó su apoyo en términos generales a la lucha por acabar con la discriminación racial en el partido, pero calificó la creación de las Secciones Negras de «racionalmente segregacionista».

El Congreso del Partido Laborista de 1984 marcó un antes y un después. Los militantes debían votar si las Secciones Negras pasaban a formar parte de la constitución del partido. Al proponer la moción, el ya fallecido Bernie Grant —diputado y por entonces concejal del distrito londinense de Haringey— dijo: «Nuestro problema es que los negros no son una prioridad para el Partido Laborista ni para los sindicatos ahora mismo. Las Secciones Negras están aquí para asegurar que pueden llegar a serlo [...]. Estamos preocupados porque nos han dicho que nuestros líderes están en contra de las Secciones Negras. Un camarada ha dicho que las Secciones Negras se convertirán en guetos negros». ⁵² En un informe sobre la conferencia para la revista *Race Today*, el activista Darcus Howe dijo que se estaba intentando de forma sistemática acabar con las Secciones Negras: «El argumento es muy simple —afirmó—. Las Secciones Negras dividen a la clase trabajadora». ⁵³ La moción para formalizar las Secciones Negras no se aprobó, pero sus esfuerzos condujeron, en 1987, a la elección de los primeros diputados negros del Reino Unido: Diane Abbott, Paul Boateng y Bernie Grant.

Un día de septiembre de 1985, a primera hora de la mañana, agentes de policía echaron abajo la puerta de entrada a la casa de la familia Groce, en Brixton, al sur de Londres. La vivienda en la que irrumpieron era el hogar de Cherry Groce, de treinta y siete años, y de cinco de sus seis hijos. La familia oyó golpes y gritos. Cherry dejó a Lee, su hijo de once años, en su habitación, y fue a ver qué ocurría. Nada más salir, recibió un disparo en el pecho. Más tarde Cherry declararía que mientras ella estaba en el suelo desangrándose, los agentes de policía no dejaron de preguntarle a gritos dónde estaba su hijo mayor. ⁵⁴ El testimonio de su hijo lo confirma. En 2014, en una entrevista para las noticias de Channel 4, un Lee ya adulto recordaba aquellas horas que cambiaron su vida. «La vi en el suelo. Tendida en el suelo. Y vi a ese policía de pie con la pistola. La apuntaba con la pistola, con las piernas abiertas, y gritaba: “¿Dónde está Michael Groce? ¿Dónde está Michael Groce?”. Yo estaba de pie en la cama y gritaba: “¿Qué le habéis hecho a mi madre?”. El policía dirigió hacia mí la pistola y gritó: “¡Cállate!”» ⁵⁵ Michael Groce, que tenía veintiún años por entonces, era sospechoso de haber participado en un robo a mano armada. No vivía con Cherry cuando tuvo lugar la redada policial.

Cherry fue trasladada al Saint Thomas Hospital aquella misma mañana. ⁵⁶ Entretanto, la gente del barrio supo lo que le había ocurrido y una multitud empezó a congregarse en las calles de Brixton. Para dispersar a la muchedumbre, la policía se pertrechó con equipos antidisturbios. Los choques entre la comunidad y la policía se prolongaron a lo largo de dos días de revueltas. ⁵⁷ Hubo robos y saqueos. Docenas de personas resultaron heridas y un fotoperiodista murió en los altercados.

En 1985, en el área de Broadwater Farm, en Tottenham, una de las más problemáticas entonces del Reino Unido, la presencia policial era evidente. Pero tras lo ocurrido en Brixton, los agentes recibieron la orden de retirada. ⁵⁸ El 5 de octubre, casi una semana después de los disturbios en Brixton, la policía dio el alto a Floyd Jarrett cuando circulaba con su coche por la zona. Su *tax disc*, el adhesivo que funcionaba como comprobante de pago de las tasas del vehículo, había vencido. Por una discrepancia menor entre el número de matrícula y el *tax disc*, Floyd fue arrestado como sospechoso de haber robado el coche. En la comisaría de policía de Tottenham, el sargento detective Randall, que estaba fuera de servicio, sugirió a los agentes que se encargaban del caso que fueran a registrar la vivienda de Floyd para ver si localizaban otros bienes robados. Se hicieron con las llaves de la casa de la madre de Floyd, sin que él lo supiera, y cuatro agentes entraron en ella. Uno de los agentes era el detective Randall.

Dentro se encontraron con la madre de Floyd, Cynthia, con su hija Patricia y con su nieta, una niña. Más tarde ese mismo año, Patricia declaró a una comisión creada para investigar la muerte de su madre: «Vi a Randall poner su brazo izquierdo alrededor del hombro de mi madre y parte de su cuerpo la empujó. Ella cayó con el brazo izquierdo extendido, y rompió la mesita». El detective Randall dijo que no había tocado a Cynthia en ningún momento. La investigación, a partir de un informe del forense, determinó que el empujón del detective Randall no había sido deliberado, pero que había hecho caer a Cynthia Jarrett. En cualquier caso, la mujer se desplomó. La llevaron al North Middlesex Hospital, donde murió de un ataque al corazón aquella misma noche. La comisión para la que Patricia había prestado declaración dictó un veredicto de muerte accidental.

El día siguiente, una multitud se reunió frente a la comisaría de Tottenham, pidiendo justicia por la muerte de Cynthia. Según un informe del activista y organizador Stafford Scott, ⁵⁹ el detective Randall, el mismo agente del que ya se sabía que había estado presente en los hechos del día anterior, apareció en la ventana de la comisaría. Los manifestantes, que lo culpaban de lo ocurrido, empezaron a lanzarle objetos. En medio del caos, más de doscientos policías resultaron heridos. Un agente, Keith Blakelock, murió a manos de los alborotadores.

Una investigación posterior sobre los sucesos de esa noche observó: «Recordemos que la indagatoria y el tribunal de primera instancia revelaron: 1) Que los agentes que interpellaron a Floyd Jarrett hicieron comprobaciones informáticas sobre su vehículo únicamente porque era un joven negro, según parece. 2) Que lo detuvieron y lo pusieron bajo custodia policial creyendo que su coche era robado, pese a que había poca o ninguna evidencia razonable de ello. 3) Que le acusaron de asalto, lo que demostró ser falso». ⁶⁰ Las acusaciones de los agentes, que aseguraron *a posteriori* que la familia Jarrett les había gritado y agredido durante el registro de la vivienda, demostraron ser también falsas.

Entretanto, en Brixton, el disparo que recibió Cherry Groce la había dejado paralizada de cintura para abajo. Sus hijos se convirtieron en sus cuidadores a tiempo completo. Veintiséis años después,

con sesenta y tres años, Cherry Groce murió por un fallo renal. Sus médicos confirmaron que su muerte estaba directamente relacionada con la herida de bala. Una investigación de 2014 hizo responsable de su fallecimiento a la policía, por no planear como era debido la entrada y registro en casa de los Groce, y no comprobar de forma adecuada quién vivía allí en aquel momento. ⁶¹ Ese mismo año, sir Bernard Hogan-Howe, jefe de la Policía Metropolitana, presentó sus disculpas a la familia.

Treinta años después de los disturbios de 1985, el origen de la abyecta negligencia con la que se trató a las comunidades negras en las grandes ciudades del Reino Unido quedó a la vista de todos. Archivos procedentes del número 10 de Downing Street —la residencia oficial del primer ministro británico— puestos a disposición de los Archivos Nacionales revelaron que el diputado Oliver Letwin, en aquel entonces asesor de la primera ministra Margaret Thatcher, decidió no aceptar las propuestas de varios ministros que deseaban implementar planes de acción positiva en los barrios marginales y rehabilitar propiedades en ruinas o en estado de abandono. Letwin rechazó poner en marcha esas iniciativas. «Los altercados, la criminalidad y la desintegración social tienen como única causa la personalidad y las actitudes individuales», fue su consejo, y el del asesor de áreas marginales Hartley Booth, a Thatcher. «Mientras prevalezcan las actitudes moralmente reprobables —afirmaron ambos—, todos los esfuerzos por mejorar las zonas marginadas fracasarán. Los nuevos emprendedores de David Young ⁶² estarán en el negocio de la música disco y de las drogas.» ⁶³

Al examinar lo publicado sobre los enfrentamientos entre la población negra y la policía, vi que allí había otro enfrentamiento: el de las diferentes perspectivas. Mientras que algunos llamaban a lo ocurrido en Tottenham y Brixton «disturbios», otros lo llamaban «revuelta», una rebelión de personas de las que no se habría sabido nada de otro modo. Creo que hay parte de verdad en ambas perspectivas, y que la violencia de un disturbio solo es un reflejo de la violencia de las condiciones de vida de aquellos a los que se llama alborotadores. El lenguaje importa, y la expresión «disturbios raciales» sin duda refuerza ciertos prejuicios que relacionan negritud y criminalidad, y no alude a aquello contra lo que la población negra está reaccionando. Las condiciones no parece que hayan cambiado. Cuando los altercados de Londres de agosto de 2011 reprodujeron, casi paso a paso, lo que había ocurrido en Brixton en 1985, no pude evitar preguntarme cuántas veces tiene que repetirse la historia antes de que nos decidamos a abordar el problema de fondo.

Vuelvo sobre todas estas historias no para reexaminar el pasado con lupa, sino para conocerlo. Quizá me estoy dejando en evidencia, pero hasta que no empecé de forma activa a escarbar en busca de información sobre la historia negra británica, no sabía nada de ella. Había oído que los negros en el Reino Unido siempre habían tenido una relación difícil con la policía, pero no me había preguntado por qué era así. Empezó a tener sentido en cuanto entendí que habían muerto inocentes, que había viviendas en las que se había entrado por la fuerza sin apenas razones para hacerlo, que se cacheaba a adolescentes y jóvenes en un ritual de humillación. Empezó a tener sentido para mí que una cierta hostilidad pudiera nacer en esas circunstancias y por qué algunos no dejaban de decir que la policía era la mayor banda criminal que había en las calles.

Pero no creo que mi ignorancia sea solo mía. Tener que averiguar por mi cuenta cuáles son los momentos significativos de la historia negra británica me hace pensar que alguien quería que los ignorara. Mientras que la historia negra británica languidece por falta de oxígeno, la lucha de Estados Unidos contra el racismo se ha globalizado y se ha convertido en la historia de la lucha contra el racismo a la que debemos aspirar, y ha eclipsado la historia negra británica hasta tal punto que nos hemos convencido a nosotros mismos de que el Reino Unido nunca ha tenido un problema con la raza.

Tenemos que dejar de mentirnos a nosotros mismos y de mentirnos los unos a los otros. Concluir que no hubo un movimiento por los derechos civiles en el Reino Unido no solo es falso sino que le hace un flaco favor a nuestra historia negra, y deja un vacío enorme donde debería haber un relato de progreso. La Inglaterra negra merece un contexto. En una entrevista en *Radio Times*, el actor David Oyelowo puso de relieve que no hay películas británicas sobre personajes históricos negros: «Rodamos dramas de época [en el Reino Unido] pero casi nunca hay negros en ellos, pese a que llevamos centenares de años en estas orillas. Recuerdo que le presenté un drama histórico protagonizado por una figura negra a un ejecutivo británico, de esos que tienen poder para decidir si un proyecto se lleva adelante o no, y lo que dijo es que, si no era Jane Austen o Dickens, la audiencia no iba a entenderlo. Y yo pensé: “Vale: estás impidiendo que la gente conozca el contexto del país en el que vive y me estás marginando. No puedo con eso. De modo que me voy.» ⁶⁴ Ante un olvido colectivo, debemos luchar para recordar.

Hay mucho más ahí fuera sobre la historia de las personas de color en el Reino Unido, pero solo si haces el esfuerzo de buscarlo. Después de que en junio de 2016 el país votara abandonar la Unión Europea, se nos dijo que las denuncias por delitos de odio se habían multiplicado drásticamente, y que el racismo iba en aumento de nuevo en el Reino Unido. Pero una mirada a nuestra historia demuestra que el racismo no sale de la nada, sino que está incrustado en la sociedad británica. Está en el mismo meollo de la estructura del Estado. No es externo. Está en el sistema.

El sistema

La noche del 22 de abril de 1993, Stephen Lawrence, de dieciocho años, salió de la casa de su tío en Plumstead, en el sureste de Londres, con su amigo Duwayne Brooks. Mientras esperaban al autobús en la parada, Stephen se dispuso a cruzar la calle para ver, desde el otro lado, si llegaba. Nunca llegó a saberlo. La investigación posterior dictaminó que en aquel momento varios jóvenes blancos más o menos de su misma edad le increparon, y se aproximaron a él, rodeándole. Acto seguido se abalanzaron sobre Stephen y le apuñalaron repetidamente. Duwayne salió corriendo, y Stephen lo hizo tras él. Recorrió unos cien metros antes de desplomarse por la pérdida de sangre. Murió desangrado sobre el asfalto.

Al día siguiente de la muerte de Stephen Lawrence, una carta con los nombres de los que resultaron ser los principales sospechosos del caso apareció en una cabina telefónica cercana a la parada de autobús. En los meses siguientes, aquella carta condujo a vigilancias y arrestos. Se presentaron cargos contra dos jóvenes. Pero, a finales de julio de 1993, los cargos se habían retirado, y la Policía Metropolitana dijo que el testimonio de Duwayne, el único testigo del crimen, no era del todo fiable. Meses más tarde se puso en marcha una investigación. Quedó en suspenso cuando el abogado que representaba a la familia Lawrence aportó nuevas pruebas. Un año después, la Fiscalía General del Reino Unido decidió no presentar cargos contra ninguno de los sospechosos, alegando, de nuevo, que no había suficientes pruebas para ello.

Los padres de Stephen se personaron como acusación particular contra tres de los sospechosos. Entretanto la vigilancia policial puso en evidencia que todos ellos empleaban un lenguaje violento y racista. En abril de 1996, la acusación particular vio frustradas sus expectativas. Esta vez fue el juez el que determinó que el testimonio del amigo de Stephen, Duwayne Brooks, no era válido.

En 1997, se anunciaron las conclusiones de la investigación iniciada en 1993. Aunque los cinco sospechosos se negaron a contestar a las preguntas, se hizo público un veredicto de homicidio imprudente durante un «ataque racista no provocado». Meses más tarde, la policía de Kent, a partir de una queja oficial de los padres de Stephen Lawrence ante el Servicio de Denuncias contra la Policía, investigó el modo en que había actuado la fuerza policial a lo largo del caso. Las conclusiones, nueve meses después, fueron que hubo «notables insuficiencias, omisiones y oportunidades perdidas» en la investigación sobre la muerte de Stephen Lawrence. El jefe adjunto de la policía de Kent, Bob Ayling, admitió, dos años más tarde, en el programa de la BBC *Newsnight* que en la investigación por la muerte de Stephen hubo «fallos graves». Apareció un

testigo clave, reveló Ayling, pero lo vio un agente de bajo rango y su declaración fue desestimada. Una mujer que parecía tener una relación cercana con uno de los sospechosos llamó tres veces a la policía, pero no se hizo el seguimiento adecuado a nada de lo que dijo.

Hoy todo el mundo sabe que el proceso contra los asesinos de Stephen fue una farsa. Pero, en 1997, la opinión pública aún creía que la policía podía resolver el crimen. En julio de ese año, el entonces ministro de Interior, Jack Straw, anunció que abriría una investigación judicial para analizar la muerte de Stephen Lawrence y la posterior pesquisa policial. Iba a presidirla un juez del Tribunal Supremo, sir William Macpherson.

Muy descontenta con la forma en que la policía estaba llevando el caso y harta de pedir que se hiciera justicia, en 1998 la familia de Stephen Lawrence exigió la dimisión del director general de la Policía Metropolitana, sir Paul Condon, que respondió no con una dimisión sino con una disculpa. «Lamento profundamente que no hayamos llevado a los racistas que asesinaron a Stephen ante la justicia, y me gustaría pedir perdón personalmente al señor y la señora Lawrence por nuestro fracaso —declaró ante el tribunal judicial—. Sabemos lo que la gente ha estado diciendo y sé que a muchos les preocupa que la Policía Metropolitana pueda ser racista. Reconozco que no hemos hecho lo suficiente para combatir el crimen y el acoso por motivos raciales.»

Pese a sus declaraciones, sir Paul decidió no dar el brazo a torcer ante los que acusaban a la Policía Metropolitana de ser *institucionalmente* racista. En declaraciones a la prensa, Doreen, madre de Stephen y portavoz de la familia Lawrence, dijo: «Sir Paul tiene muy buenas palabras, pero aún no me ha dicho por qué los asesinos de Stephen siguen libres». ¹

En declaraciones posteriores, los Lawrence dijeron: «Quizá necesitemos una nueva investigación pública sobre corrupción policial para que el director general acepte que esos chicos recibieron algún tipo de protección. Si no hubiera sido por la investigación actual, el director general seguiría diciendo que los agentes hicieron todo lo posible para llevar al asesino de nuestro hijo a la justicia». ²

El informe sobre la investigación de sir William Macpherson se hizo público en febrero de 1999. Concluía que las pesquisas sobre la muerte de Stephen Lawrence «estaban viciadas por una combinación de incompetencia profesional, racismo institucional y falta de liderazgo de los agentes a cargo del proceso». El racismo institucional, explicaba el informe, es «el fracaso colectivo de una organización a la hora de proporcionar un servicio apropiado y profesional a una persona por razón de su color, cultura u origen étnico. Puede verse o detectarse en procedimientos, actitudes y comportamientos que acaban siendo discriminatorios a causa de prejuicios inconscientes, ignorancia, descuido

o estereotipos raciales que ponen en posición de desventaja a las personas que forman parte de una minoría étnica». ³ El informe describía el racismo institucional sobre todo como una forma de comportamiento colectivo, un ambiente en el lugar de trabajo apoyado por un *statu quo* estructural y un consenso a menudo excusado e ignorado por las autoridades. Entre sus muchas recomendaciones, el informe sugería que la fuerza policial aumentara el número de sus miembros de raza negra y que todos los agentes asistieran a cursos de formación sobre racismo y diversidad cultural.

En 2004, y tras revisar de nuevo el caso, la Fiscalía General del Reino Unido anunció que no había suficientes pruebas para imputar a ninguno de los sospechosos de asesinar a Stephen Lawrence. En 2005 hubo un cambio legislativo que hizo posible, por primera vez en ochocientos años, la doble inculpación. O lo que es lo mismo: dejaba de ser ilegal juzgar a un sospechoso dos veces por el mismo crimen. Un nuevo análisis de las pruebas forenses condujo a un nuevo juicio contra los sospechosos de asesinar a Stephen Lawrence.

El 4 de enero de 2012, diecinueve años después de la muerte de Stephen, dos de los cinco sospechosos fueron considerados al fin culpables de su asesinato y sentenciados. Gary Dobson y David Norris eran adolescentes cuando mataron a Stephen. Cuando los encarcelaron eran hombres adultos, entrados en la treintena. Mientras que la vida de Stephen Lawrence se había detenido a los dieciocho, la suya había continuado sin trabas, en parte gracias a la colaboración de la policía.

Los dos fueron condenados a cadena perpetua. En su sentencia, el juez Colman Treacy describió el crimen como un «asesinato que había dejado cicatrices en la conciencia de la nación». Fue una jornada prodigiosa para el Reino Unido, pese a que llegaba con retraso. Muchos se preguntaban cómo había podido fallar la policía tan estrepitosamente, y por qué había tardado tanto en hacerse justicia. Yo tenía tres años cuando murió Stephen Lawrence, y veintidós cuando dos de sus asesinos fueron sentenciados y encarcelados. La lucha de Doreen Lawrence por la justicia transcurrió en paralelo a toda mi infancia. Las noticias sobre el caso de Stephen Lawrence son unas de las pocas informaciones televisivas que se clavaron en mi memoria infantil. Un brutal ataque racista, un chico negro apuñalado y desangrado hasta la muerte, una madre desesperada por que se hiciera justicia. Su muerte me atormentaba. Empecé a perder la fe en el sistema.

Por aquel entonces tenía una sensación, un vago sentimiento de seguridad en algún lugar de mi mente que me decía que si un día volvía a mi casa y alguien había saqueado todas mis pertenencias y robado mis bienes de valor, podía llamar a la policía y ellos me ayudarían. Pero si algo me enseñó el caso de Stephen Lawrence es que hay ocasiones en las que no se puede confiar en que la policía vaya a ser justa.

Durante mucho tiempo, el umbral de lo que era o no permisible en materia de racismo lo marcaban las acciones de los extremistas y de los nacionalistas blancos, que son fáciles de censurar. Los radicales blancos siempre reciben una condena categórica por parte de los tres principales partidos políticos. El reaccionario orgullo blanco, tan a menudo situado en el lado opuesto del progreso social, sigue estando ahí. Se manifiesta en las idas y venidas de grupos como el Frente Nacional, el Partido Nacional Británico y la Liga de Defensa Inglesa. Su actividad política —a veces son marchas por las calles de la ciudad con sudadera y pasamontañas, otras las reuniones políticas en las que llevan traje y fingen respetabilidad— tiene consecuencias reales para aquellos que no son blancos y británicos.

Si todo el racismo fuera tan fácil de detectar, de identificar y de denunciar como lo es el extremismo blanco, la labor de los antirracistas sería muy fácil. La gente cree que si no ha habido un ataque racista o alguien ha dicho «negro de mierda», no hay racismo. Que si no han escupido a un negro por la calle o un político extremista no ha lamentado que no haya trabajos británicos para trabajadores británicos, no hay racismo (y si el político trajeado ha dicho de verdad algo así, el racismo de su afirmación sería objeto de debate, ¿porque no es racista querer proteger tu país!). Luego está lo más evidente de todo: si el extremismo blanco es la vara con la que medimos si algo es racista o no, entonces ¿cómo y por qué florece el racismo en sectores en los que quienes los lideran no comulgan con la ideología de los extremistas blancos? El problema a la fuerza debe tener raíces más profundas.

Nos decimos a nosotros mismos que las buenas personas no pueden ser racistas. Queremos creer que el verdadero racismo solo anida en los corazones de los que son malvados. Nos repetimos que el racismo tiene que ver con los valores morales, cuando en realidad el racismo es una estrategia de supervivencia del poder sistémico. Cuando amplios sectores de la población votan por políticos y por iniciativas políticas que utilizan de forma explícita el racismo como herramienta de campaña, nos decimos a nosotros mismos que amplias porciones del electorado *no pueden ser racistas*, porque eso les convertiría en monstruos desalmados. Pero esto no va de buenos y malos.

La naturaleza encubierta del racismo estructural hace que sea difícil pedirle cuentas. Se escurre con facilidad de entre tus manos, como una anguila. No es tan fácil de detectar como una bandera de San Jorge y un vientre desnudo en una marcha de la Liga de Defensa Inglesa. Muestra un rostro mucho más respetable.

Soy consciente de que la palabra «estructural» puede sonar y parecer abstracta. «Estructural.» ¿Qué significa en realidad? Utilizo la palabra «estructural», y no «institucional», porque creo que el racismo se desarrolla en espacios que van mucho más allá de nuestras instituciones.

Tener una visión global ayuda a ver esas estructuras. El racismo estructural es docenas o centenares o miles de personas con los mismos sesgos reuniéndose para formar una organización, o actuando como si formaran parte de una. El racismo estructural es un ambiente de trabajo, creado por esas personas, impenetrablemente blanco, en el que cualquiera que queda fuera de los parámetros establecidos debe adaptarse o afrontar el fracaso. La palabra «estructural» es a menudo el único modo de capturar lo que pasa desapercibido: el escepticismo, los sesgos implícitos, los prejuicios sobre la competencia de alguien. El mismo año en que decidí que iba a dejar de hablar con blancos sobre racismo, el sondeo de Actitudes Sociales Británicas reflejó un significativo incremento en el número de personas dispuestas a admitir que eran racistas. ⁴ El aumento era especialmente notable, según un artículo de *The Guardian*, entre «hombres profesionales blancos de entre 35 y 64 años, con educación superior y que reciben salarios elevados». ⁵ Ese es el aspecto del racismo estructural. No solo es el prejuicio personal, sino las consecuencias de ese sesgo a nivel colectivo. Es el tipo de racismo que puede poner serias trabas a las oportunidades de las que disfrutaban los demás. Los hombres blancos con educación superior y que cobran un salario elevado es muy probable que sean propietarios, jefes, directores generales, directores de escuela o vicerrectores de universidad. Todos ellos son, casi sin ninguna duda, personas en posición de tener algún tipo de influencia en la vida de otros. Son, casi sin ninguna duda, el tipo de persona que crea un cierto ambiente laboral. Es poco probable que ninguno de ellos presuma de sus ideas políticas con sus compañeros de trabajo o con sus conocidos, por el estigma social que supone que te consideren racista. El suyo es un racismo encubierto. No se manifiesta escupiendo a desconocidos en la calle, sino en la sonrisa de disculpa con la que le explica a un pobre diablo que no ha conseguido el trabajo. Se manifiesta en el golpe de muñeca con el que lanza a la papelera un currículum porque el nombre del candidato parece extranjero.

El panorama que se dibuja en el Reino Unido es desolador. Numerosos estudios demuestran que el racismo está imbricado en el tejido de nuestro mundo. Hace falta una redefinición colectiva de lo que significa ser racista, de cómo se manifiesta el racismo y de lo que debemos hacer para acabar con él.

Es como si las personas negras estuvieran en desventaja en cada paso importante de sus vidas. Digamos que un niño negro empieza el colegio, la primera institución británica por la que pasará a la que no lo acompañarán sus padres. Mamá y papá sueñan, esperanzados, en lo que su hijo podría llegar a ser —artista, médico, el próximo primer ministro— cuando lo llevan al lugar en el que se preparará para alcanzar tan deseadas metas. Pero quizá deban moderar su entusiasmo, porque la evidencia sugiere que va a tenerlo todo en contra. Según el Ministerio de Educación, un escolar negro en el Reino Unido tiene, en comparación con

el resto de los alumnos, tres veces más posibilidades de ser expulsado de forma permanente. ⁶ Pero supongamos que nuestro niño negro (siempre es un niño: no hay apenas estudios en este ámbito sobre niñas negras) consigue que no lo expulsen y prosigue su recorrido escolar hasta que llega el momento de presentarse a un examen. Nadie le dirá explícitamente que hay barreras invisibles en su camino, pero estarán ahí. A los once años, cuando esté estudiando para sus exámenes de fin de primaria, hay estudios que demuestran que sus propios profesores le puntuarán a la baja, un fenómeno que se remediará cuando examinadores de otras escuelas corrijan sus exámenes. ⁷ Necesitará del anonimato para conseguir la nota que merece.

Solo por ser optimistas, imaginemos que nuestro imaginario alumno negro entra en una buena escuela secundaria, encuentra una asignatura que le encanta y decide que quiere ir a la universidad. Todos los indicios sugieren que su fortuna podría cambiar de forma radical, ya que, proporcionalmente, hay más estudiantes negros que blancos que cursan una educación superior tras el bachillerato. Pero, si se analiza por raza, el acceso a las universidades de prestigio del Reino Unido es desigual, ya que, siendo negro, es mucho menos probable que te acepten en una universidad de primer nivel, volcada en la investigación —como las del Grupo Russell—, que siendo blanco. ⁸

Quizá el chico negro —a punto ya de convertirse en adulto— ha conseguido buenas notas y, pese a tenerlo todo en contra, accede a una buena universidad. Tres años después, actualizará sin parar la página de calificaciones de su universidad, impaciente por saber si la nota final de su grado universitario le servirá para conseguir un buen empleo. Cree que obtendrá al menos un notable alto, pero reza por tener un excelente, porque todas las ofertas de empleo que ha ojeado mencionan de forma explícita que los graduados con un notable bajo o una nota inferior a esa no hace falta ni que se molesten en presentar su candidatura.

No queremos aguarle la fiesta, pero las perspectivas no son buenas. Entre 2012 y 2013, los estudiantes negros fueron los que en mayor proporción recibieron notas bajas —aprobados—, mientras que los estudiantes blancos fueron, en proporción, los que menos las recibieron. ⁹ Teniendo en cuenta que proporcionalmente hay más estudiantes negros que blancos que acceden a la educación superior, es engañoso sugerir que la diferencia de rendimiento tiene que ver con una falta de inteligencia, talento o ambición. Vale la pena echar un vistazo a la palpable ausencia de rostros negros o mestizos entre quienes enseñan en la universidad para ver qué es lo que puede contribuir a ese fracaso sistemático. En 2016, la Agencia de Estadísticas de la Educación Superior reveló que casi el 70% de los profesores universitarios del Reino Unido eran hombres blancos.

¹⁰ Lo cual dice mucho del aspecto que las universidades creen que tiene la inteligencia.

Como nuestro joven negro solo existe en este libro a modo de ejemplo, podemos imaginar que consigue salir del sistema educativo de una pieza, con un buen grado de una buena universidad, y con la mirada puesta en conseguir un buen trabajo, como todos los graduados. Aunque no puede saberlo, más allá del sistema educativo las drásticas disparidades raciales continúan. Quizá mire a los chicos blancos con los que fue a la universidad y vea que aquellos patanes borrachuzos pasan a ser jóvenes profesionales de aspecto impoluto. Tenaz y lleno de esperanza, nuestro joven negro seguirá enviando currículums, porque cree en la meritocracia. No hay ninguna diferencia entre él y sus compañeros blancos, piensa. Han asistido a las mismas clases y leído los mismos libros. Pero sus potenciales jefes podrían no verlo así. En 2009, investigadores contratados por el Ministerio de Trabajo y Pensiones enviaron solicitudes de empleo, de un perfil similar en educación, habilidades e historia laboral, a varios potenciales empleadores. La única diferencia distintiva que había en las solicitudes eran los nombres, que o bien sonaban muy británicos o no sonaban británicos en absoluto. Los investigadores pudieron comprobar que a los solicitantes con nombres de persona blanca se los llamaba mucho más que a los que tenían nombres africanos o asiáticos. ¹¹ «Se constató un elevado nivel de discriminación por nombre a favor de los solicitantes blancos», concluía el informe.

De modo que es posible que nuestro amigo de color pase un tiempo sin empleo y subsistiendo a duras penas. Un estudio de 2012 reveló que las medidas de austeridad habían afectado de forma particularmente dura a los hombres jóvenes negros, un perfil demográfico en el que ya se observaba un aumento del desempleo desde hacía tiempo, desde antes incluso de la crisis de 2008. Un alarmante 45 % de los hombres negros de entre dieciséis y veinticuatro años estaban sin empleo en 2012, frente al 27 % de 2002. ¹² En un sentido más amplio, quienes pertenecen a minorías étnicas han tenido que enfrentarse históricamente, en Inglaterra y Gales, a tasas más bajas de empleo y más altas de paro que quienes son blancos. ¹³ Los datos de las dos décadas que van de 1991 a 2011 reflejan que las cifras de desempleo son sistemáticamente más altas —más del doble— entre los hombres negros que entre los hombres blancos. La misma desventaja puede apreciarse en las mujeres negras caribeñas y africanas en comparación con las blancas.

Pero la vida es mucho más que una buena educación y un trabajo decente. La productividad no es lo único que hace que la existencia valga la pena. ¿Qué pasa con la vida social y personal de nuestro joven negro? De camino a una reunión con amigos, o a la facultad o al trabajo, podría ver cómo la policía lo somete a una interpelación y registro. De hecho, casi seguro que tendrá algún tipo de contacto con la policía. En 2013, un

estudio británico reveló que las personas negras tienen el doble de posibilidades de que se las acuse por posesión de drogas, pese a que su índice de consumo de sustancias estupefacientes es menor. La población negra también tiene mayores posibilidades de recibir un trato hostil por parte de la policía (siendo negro es cinco veces más probable ser acusado que solo advertido o amonestado) en caso de llevar droga. ¹⁴ Nada de eso sorprenderá a nuestro joven, en cualquier caso, que estará acostumbrado a que la policía casi forme parte de su vida. Sin duda habrá visto a sus hermanos, tíos o amigos mayores cacheados por la policía de forma sistemática. De hecho, el implacable marcaje policial a la comunidad negra en el Reino Unido hace que los ciudadanos negros estén sobrerrepresentados en la base de datos nacional de ADN. Aunque no hay cifras recientes, un informe de 2009 de la Comisión de Igualdad y Derechos Humanos calculó que en torno al 30 % de todos los hombres negros que residían en el Reino Unido estaban en su base de datos de ADN, frente al 10 % de los blancos y el 10 % de los asiáticos. Llegaron también a la conclusión de que los hombres negros tenían cuatro veces más posibilidades que los blancos de que sus perfiles de ADN acabaran formando parte de la base de datos de la policía. Lo que llevó a la comisión a manifestar: «Nos preocupa que la elevada proporción de hombres negros registrados en la base de datos (estimamos que al menos aparece uno de cada tres) pueda crear la impresión de que un solo grupo racial representa una “inserción foránea” de criminalidad». ¹⁵

Ojalá que, con los años, nuestro hombre negro no sufra problemas de salud, ya sean físicos o mentales. Un estudio del Servicio Nacional de Salud (NHS, por sus siglas en inglés) de 2013 desveló que «los datos confirman de forma unánime que las personas de ascendencia africana o caribeña están más en riesgo que cualquier otro grupo étnico en el Reino Unido de acabar internadas en un hospital psiquiátrico bajo los poderes otorgados por la Ley de Salud Mental», es decir, a la fuerza. ¹⁶ Ese mismo año, una investigación sobre la muerte de David Bennett, un hombre negro que falleció en una unidad psiquiátrica, sentenció que «[los pacientes negros] tienden a recibir dosis más altas de medicación antipsicótica que los pacientes blancos con similares problemas de salud. Los trabajadores que se dedican a la salud mental los consideran, en general, más agresivos, más amenazantes, más peligrosos y más difíciles de tratar. Es también menos probable que reciban el alta y puedan reinsertarse en la sociedad, y más, por tanto, que permanezcan como pacientes de larga duración». ¹⁷ Por otro lado, si nuestro imaginario hombre negro llega a anciano, tendrá menos probabilidades de recibir un diagnóstico de demencia que un hombre blanco. Y, si lo recibe, será en una fase más avanzada. ¹⁸

Nuestro hombre negro verá cómo le ponen palos en las ruedas a cada paso. No habrá nadie que sea especialmente racista entre personas que

trabajan en las instituciones con las que va a interactuar. Algunas de ellas también serán negras, de hecho. Pero en realidad no importa de qué raza sean. Ellas y él forman parte de una sociedad que es estructuralmente racista, de modo que no tiene nada de sorprendente que esos sesgos inconscientes se filtren en el trabajo que hacen cuando interactúan con el público general. Con un sesgo tan enquistado, en demasiados niveles de la sociedad, nuestro hombre negro ya puede esforzarse al máximo, que está jugando a un juego que tiene las cartas marcadas. Sus padres y sus compañeros le dirán que, si trabaja duro, podrá superar cualquier obstáculo. Pero la realidad pone de manifiesto que eso no es verdad, y que es excepcional que alguien consiga triunfar en un entorno donde todo está preparado para que fracase. Algunos dirán incluso que si su éxito le pone en el punto de mira de un programa de acción afirmativa es por cumplir con una cuota, más que por su talento.

Las estadísticas son devastadoras. Pero no porque los negros carezcan de inteligencia, talento, educación, constancia o creatividad. Hay otras fuerzas en juego, y son más siniestras.

Hay muchos datos que apoyan la tesis de que, si naces negro en el Reino Unido, no disfrutarás de las mismas oportunidades que otros. Tendrás menos, y serán peores. Y, aun así, muchos insisten en que cualquier intento de nivelar el terreno de juego es conceder privilegios, y que debemos poner el foco en la igualdad de oportunidades (sin darse cuenta de que nivelar el terreno de juego es lo que permite que haya igualdad de oportunidades). No es nada nuevo. Hace más de una década, Neil Davenport dijo en un artículo en *Spiked Online* que «la acción afirmativa refuerza —más que ayuda a superar— la idea de que no todas las razas tienen las mismas capacidades». ¹⁹ En lugar de presentarse como la solución a un problema sistémico, la discriminación positiva es señalada a menudo como uno de los factores que promueven la rampante «corrección política», al mismo tiempo que las cuotas son uno de los métodos para acabar con los entornos laborales homogéneos más discutidos de los últimos años. El método funciona un poco así: alguien con un cargo importante en una organización se da cuenta (ya sea por presiones internas o externas) de que su lugar de trabajo no refleja la realidad del mundo en el que vivimos y decide poner en marcha estrategias de contratación que reequilibren la balanza. Hay muchos sectores —de la política a los deportes o el teatro— en los que se considera que sería conveniente la introducción de cuotas, pero la reacción es siempre de rechazo frontal.

En 2002, la Liga Nacional de Fútbol (NFL, por sus siglas en inglés) de Estados Unidos introdujo medidas para paliar la ausencia de entrenadores negros en sus equipos. La norma Rooney, llamada así por Dan Rooney, el presidente del comité para la diversidad de la NFL, buscaba dar más oportunidades a las personas de color. Era una medida muy poco radical:

consistía solo en que, cuando un puesto de entrenador u otro puesto técnico quedaba vacante, los equipos estaban obligados a entrevistar al menos a una persona negra o perteneciente a una minoría étnica para el trabajo. Solo se pedía eso: que una persona de color estuviera entre los preseleccionados. Los equipos no estaban obligados a contratar a esa persona en ningún caso. La norma no era una cuota. Ni se pedía que los candidatos fueran todos negros ni se exigía que un porcentaje elevado de ellos lo fuera. De hecho, como método para reequilibrar la balanza, era moderado y cauteloso. La norma Rooney se implementó un año después de aprobarse. Una década más tarde, la realidad parecía demostrar que estaba funcionando. En esos diez años, doce nuevos entrenadores negros habían sido contratados, y diecisiete equipos habían tenido un entrenador negro o latino, en algunos casos incluso de forma sucesiva. El consenso general era que los directivos de los equipos habían empezado a ver candidatos que no habrían tenido en cuenta de otro modo.

Cuando se cumplían esos diez años de su puesta en marcha, el éxito de la norma en Estados Unidos hizo que se pusiera sobre la mesa la posibilidad de importarla al fútbol británico. A algunos directivos les parecía una buena forma de acabar con el feo historial de racismo que arrastra este deporte; un modo de poner fin a los ruidos simiescos y los plátanos lanzados a jugadores negros en el terreno de juego de los años anteriores. El entonces presidente de la Federación de Fútbol, Greg Dyke, dio el visto bueno a la medida, y en declaraciones a la BBC en 2014 confirmó que el comité consultivo para la diversidad de la federación estaba contemplando la posibilidad de implementar una norma de ese estilo. En el fútbol británico, en 2015, los números, en materia de diversidad, no eran buenos. La presencia de personas negras y de otras minorías étnicas en ambas ligas era del 25 %, pero había un solo entrenador negro en primera división y seis en segunda. No había entrenadores negros en las cuatro divisiones más importantes de Escocia y solo uno en la primera división galesa. ²⁰

Pese a lo inofensivo de la norma Rooney, la idea de aplicarla al fútbol británico cayó como un jarro de agua fría. El presidente del Blackpool FC, Karl Oyston, dijo que era «solo un intento de quedar bien» y «un insulto» para quienes formaban parte de este deporte. ²¹ El entrenador del Carlisle United, Keith Curle, vino a decir que solo servía para acallar conciencias. ²² Richard Scudamore, el director general de la primera división británica, la Premier League, puso en marcha en su lugar un plan para desarrollar una bolsa de trabajo de entrenadores negros, y calificó la norma Rooney de innecesaria. ²³ Por el modo en que se hablaba de ello, podría pensarse que la federación planeaba no que se incluyera a una persona de color en una terna de candidatos, sino que los responsables de cada equipo fueran al supermercado más cercano y ofrecieran los puestos de mayor responsabilidad de su organización a la primera persona negra

que encontraran en la sección de verduras. En 2016, la Liga de Fútbol presentó una propuesta para que la norma Rooney fuera de obligado cumplimiento. La Premier League decidió no contemplar siquiera la posibilidad de que se implementara con carácter voluntario. [24](#)

En torno a la misma época en que la norma Rooney centraba todas las conversaciones en el Reino Unido, un debate no muy distinto se desataba en el sector de los negocios. El entonces ministro de Economía, Vince Cable, sometió a discusión un plan para diversificar los consejos de dirección de las empresas, con el objetivo declarado de conseguir que en solo cinco años un 20 % de directores del FTSE100, el índice bursátil de referencia del Reino Unido, fueran negros y de otras etnias minoritarias. Un estudio realizado ese mismo año desveló que más de la mitad de las empresas del FTSE100 no tenían a nadie de color en su consejo de dirección. [25](#) La iniciativa de Cable resultaba muy estimulante, sobre todo porque, hasta aquel momento, el debate sobre los consejos de dirección se había centrado en el género, y desde una perspectiva muy blanca. Pero, de nuevo, la idea generó rechazo. El director general de la organización empresarial Institute of Directors, Simon Walker, dijo a *The Telegraph* : «Las empresas aspiran a nombrar a los miembros de sus consejos de dirección en función de su competencia. No siempre toman buenas decisiones, pero no hay indicios de que se aplique un prejuicio racial sistemático en lo más alto del empresariado británico». [26](#)

En 2015, un debate sobre la posibilidad de instaurar cuotas que garantizaran la presencia de más mujeres y personas de color en la magistratura llevó al juez Brian Leveson a decir, en un coloquio, que la idea le resultaba degradante. «Crear un requisito de nombramiento no por méritos sino para conseguir un equilibrio de género o étnico —anunció a su audiencia—, llevará de forma inevitable a inferir que esos nombramientos decididamente no están solo basados en el mérito.» [27](#) Aunque se creó en 1875, el Tribunal Supremo británico no dio la bienvenida a su primera juez negra, *dame* Linda Dobbs, hasta 2004. Nacida en Sierra Leona, Dobbs se formó como abogada en el Reino Unido y se colegió en 1981. En una entrevista para la campaña «First 100 Years», habló de la discriminación que había sufrido: «Era difícil quejarse de algo en esos tiempos. No había mecanismos. No había grabaciones de nada, de modo que tratar de demostrar que, bueno, que te estaban discriminando era en verdad muy difícil». [28](#) Linda Dobbs se retiró en 2013. En 2015, solo el 7 % de los jueces de todos los tribunales británicos eran negros o de otra minoría étnica.

Cuando se habla de mujeres, la falta de representación suscita llamamientos a que se impongan cuotas. Un estudio de 2015 de la London School of Economics reclamaba cuotas de género en todos los empleos públicos y privados. Cuando una encuesta del mismo año mostró que

menos del 20 % de los ejecutivos del distrito económico de Londres pertenecía al género femenino, las mujeres del sector financiero comenzaron a reclamar cuotas para paliar la sobrerrepresentación masculina. ²⁹ Y en 2013 más de la mitad de las mujeres que trabajaban en la construcción —muchas de ellas en empresas en las que las mujeres eran solo el 10 % del personal— apoyaron la idea de las cuotas. ³⁰

Sin embargo, cuando se trata de racismo, el lenguaje que se utiliza es mucho menos concreto. En lugar de hablar de cuotas —donde el progreso puede medirse con cifras—, se plantean soluciones mucho menos definidas. El director de la Oficina de Control de los Niveles de Educación, Servicios y Formación a la Infancia propuso realizar una acción de discriminación positiva en la campaña de contratación de nuevos maestros de 2015, y subrayó que los profesores debían ser un reflejo, también en materia de mestizaje, de los alumnos a los que enseñaban. ³¹ Siendo jefe de policía del área metropolitana de Manchester, sir Peter Fahy reclamó un cambio en la legislación sobre igualdad, de modo que las comisarías pudieran aplicar una discriminación positiva a la hora de contratar a agentes negros, pero quiso dejar claro que no se trataba de marcarse «un objetivo». ³² Parecería que el origen tanto de la subrepresentación de raza como de la de género es en esencia el mismo, pero las soluciones que se proponen para cada uno de esos problemas son radicalmente diferentes. Y, cuando no hay un objetivo cuantificable tras los programas de discriminación positiva, existe el peligro de que parezca que están consiguiendo algo, cuando en realidad no es así.

Los programas de discriminación positiva se enfrentan a menudo a una fuerte oposición. Al estar hechos para combatir la sobrerrepresentación de la población blanca hace que se perciban a menudo como una iniciativa superficial, cuando no un insulto a todas esas personas que trabajan duro y que han logrado sus empleos de primera categoría solo gracias a sus méritos. En todas las mesas redondas a las que asisto, la meritocracia y las cuotas son temas que tienden a salir una y otra vez. Las preguntas más repetidas son: ¿es justo? ¿Que haya cuotas significa que las mujeres y las personas de color están recibiendo un tratamiento especial, que obtienen ventajas de las que los demás no disponemos? ¿No deberíamos juzgar a los candidatos solo por sus méritos? La premisa detrás de cualquier argumento en contra de la discriminación positiva es que eso no es jugar limpio.

Se insiste en el mérito, dando por supuesto que los actuales directivos, mayoritariamente blancos, de cualquier industria han llegado a donde están con mucho esfuerzo y sin ninguna ayuda externa, como si ser blanco no fuera ya una ventaja de por sí, como si no fuera algo que predispone al entrevistador favorablemente hacia el candidato, por pura familiaridad. En los sectores que he mencionado con anterioridad la

representación racial es raquílica, y hay que ser muy ingenuo para creer de verdad que la homogénea sobreabundancia de hombres blancos de mediana edad que en la actualidad copa los puestos directivos de la mayoría de las profesiones ha llegado a donde está solo por su talento. No vivimos en una meritocracia y fingir que el trabajo duro, y solo eso, es suficiente para conseguir el éxito es un ejercicio de ignorancia deliberada.

Que te opongas a la discriminación positiva porque dudas de que así vaya a contratarse a la mejor persona para el puesto pone, sin tú saberlo, en evidencia el aspecto que crees que tiene el talento, y el tipo de persona en el que crees que reside. Porque si el sistema actual de trabajo funcionara correctamente, y si las prácticas de contratación estuvieran captando y promocionando con éxito a las personas correctas para los trabajos correctos en todas las circunstancias, tengo serias dudas de que tantas posiciones de liderazgo fueran a estar ocupadas por hombres de mediana edad blancos. Quienes insisten en la imparcialidad están ignorando que la situación actual está lejos de ser imparcial. Cuando se recuerda la falta de diversidad, hay quien menciona la realidad demográfica del Reino Unido y alega que como solo una minoría de la población no es blanca, es ese porcentaje, y solo ese, el que debería estar representado en las organizaciones. Ese enfoque matemático sí que puede desembocar en iniciativas solo superficiales, porque supone fijar el foco en la cantidad de personas, en lugar de hacerlo en contratar a las personas adecuadas, las que trabajarán en interés de los marginados. La representación no siempre significa que quien representa vaya a trabajar a favor de los que necesitan representación.

En honor a la verdad, hubo un tiempo en que yo pensaba que los esfuerzos por ampliar las cuotas de representación negra resultaban sospechosos. No entendía qué necesidad había de ello. Tampoco entendía por qué cuando era pequeña mi madre me decía que tenía que esforzarme el doble que mis compañeros blancos. Para mí, éramos todos iguales. De modo que cuando, estando ya en la universidad, mi madre me reenvió un formulario para solicitar una plaza de prácticas en un periódico de tirada nacional a través de un programa de diversidad, me enfurecí, me indigné y me sentí avergonzada. Al principio me negué de pleno a presentarme. Le dije: «Si voy a competir contra mis compañeros blancos, quiero hacerlo en igualdad de condiciones». Pero, tras insistir un poco, mi madre logró convencerme. Presenté la solicitud, superé la entrevista y acabé consiguiendo las prácticas.

Algunas cosas se me hicieron evidentes nada más empezar a trabajar allí. En la fase de las entrevistas, yo era una de las pocas solicitantes que no estaba estudiando, o se había graduado ya, en Oxford o Cambridge. Luego, durante las propias prácticas, entendí enseguida por qué aquel programa era necesario. Para mí, en aquella época, los programas de prácticas dirigidos específicamente a personas negras y de otras minorías étnicas eran en esencia injustos, pero en cuanto entré por la puerta me di

cuenta de que los rostros negros que trabajaban allí era más probable que estuvieran preparando la comida o encargándose de la limpieza que tomándole el pulso a la actualidad. Por otra parte, por aquel entonces era raro pasar por tantas formalidades para hacer unas prácticas. Hasta hace relativamente poco, las prácticas en medios de comunicación se conseguían por el boca a boca y por nepotismo, es decir, por conocer a alguien que conocía a alguien que conocía a alguien. Si no había alguien en tu familia, grupo de amigos o red de contactos que trabajara en la profesión, o no estabas dispuesto a trabajar gratis, te quedabas fuera. Yo tuve que trabajar varios meses de dependiente para poder permitirme trabajar sin cobrar durante tres semanas, y eso que mi familia vivía en Londres, de modo que mis gastos eran mínimos.

Fue entonces cuando tuve que aceptar, de mala gana, que los programas de discriminación positiva no van de llenar el lugar de negros, a expensas de las personas blancas, sino de conseguir que las organizaciones sean un reflejo de la sociedad a la que sirven.

Cuando hablo de racismo estructural no estoy hablando de personas de color, inocentes y puras, sometidas a persecución por parte de malvadas personas blancas, llenas de malas intenciones. No, a lo que me refiero es al modo en que el Reino Unido se relaciona con todo lo que tiene que ver con la raza, y cómo eso contamina y distorsiona la igualdad de oportunidades. Creo que cuando decimos que no vemos la raza e insistimos en la falacia de la meritocracia lo que hacemos es tranquilizar nuestras conciencias. Queremos creer que somos progresistas. Pero decir que no vemos la raza es lo mismo que decir que creemos en la asimilación forzosa. Mi negritud ha sido politizada en contra de mi voluntad, pero no quiero que se ignore en un intento de instaurar un cierto tipo de falsa y precaria armonía. Y aunque muchos se tranquilizan a sí mismos con la mentira de que no ven la raza, las drásticas diferencias de oportunidades que acabo de mencionar demuestran que lo que nuestras instituciones predicán no se está llevando a la práctica.

En la era de la ceguera ante la raza —en la que nos engañamos a nosotros mismos con la mentira de la meritocracia—, para que unos prosperen otros deben permanecer en silencio. En 2014 entrevisté a la feminista negra Kimberlé Crenshaw, doctora e investigadora, y le pregunté por la estrategia de alegar «no ver» la raza. «Es esa idea de que, para eliminar la raza, tienes que eliminar todo el discurso, incluidos los esfuerzos por reconocer las estructuras y jerarquías raciales y afrontarlas —dijo—. Es esa gente de ideas cosmopolitas, con una actitud muy del siglo XXI, muy de “intento que no me lastren las cargas del pasado, y tú deberías hacer lo mismo”. También están los que se consideran a sí mismos de izquierdas, progresistas y muy críticos, y que a veces se unen a los liberales posraciales y los conservadores “que no ven la raza” para decir: “Si de verdad queremos ir más allá de la raza, debemos dejar de hablar de razas”.»

El argumento de la ceguera ante la raza es pueril y tiene un recorrido muy corto. Empieza y acaba en un «discriminar a alguien por el color de su piel es malo», pero sin rendir cuentas por el modo en que el poder estructural se manifiesta en ese tipo de intercambios. Esa definición de racismo, nacida de un análisis tan inmaduro, se emplea a menudo para silenciar a las personas de color que tratan de poner en palabras el racismo al que nos enfrentamos. Cuando las personas negras se permiten señalarlo, se las acusa de racismo contra las personas blancas, y con ello se sigue evitando rendir cuentas. La ceguera ante la raza no acepta la legitimidad del racismo estructural o que haya una historia de dominio racial blanco.

Nos decimos a nosotros mismos una y otra vez —y peor aún: se lo decimos a nuestros hijos— que es mentira que todos seamos iguales, pero que es una mentira bienintencionada. Apenas somos capaces de reconocer la flagrante segregación racial que ha habido durante mucho tiempo. Pero recrearse en el mito de que todos somos iguales equivale a negar el legado económico, político y social de una sociedad, la británica, que se ha organizado históricamente por raza. La realidad es que, en términos materiales, no estamos ni siquiera cerca de ser iguales. El estado de las cosas es brutalmente injusto. Es un constructo social que se creó para perpetuar el dominio y la injusticia. Y la *diferencia* de la que las personas de color son vagamente conscientes desde su nacimiento no es buena. Está cargada de racismo, de estereotipos racistas y, en el caso de las mujeres, de misoginia racializada.

A los niños blancos se les enseña a no «ver» la raza, mientras que a los niños de color se nos enseña —a menudo sin más explicaciones— que debemos esforzarnos el doble que nuestros compañeros blancos si queremos tener éxito. Hay una disparidad ahí. La ceguera ante la raza no va a la raíz del racismo. Entretanto, es casi imposible para los niños de color crecer al margen de los estereotipos racistas, aunque si uno de nosotros consigue hacerse muy rico puede fingir que ya no le afectan.

La ceguera ante la raza no ayuda a deconstruir las estructuras racistas ni a mejorar sustancialmente las condiciones de vida de las personas de color. Para dismantelar estructuras injustas y racistas es necesario que veamos la raza. Es necesario que veamos quién se beneficia de su raza, quién se ve perjudicado de un modo desproporcionado por los estereotipos negativos asociados a su raza y a quién se concede todo el poder y el privilegio —ganados a pulso o no— gracias a su raza, su clase o su género. Ver la raza es esencial para cambiar el sistema.

¿Qué es el privilegio blanco?

A los cuatro años, le pregunté a mi madre cuándo me volvería blanca, porque todos los buenos en televisión eran blancos, y todos los malos eran negros o mestizos. Me consideraba una buena persona, de modo que pensé que en algún momento me volvería blanca. Mi madre aún recuerda mi mirada de decepción cuando me dio las malas noticias.

Lo neutro es blanco. El color por defecto es el blanco. Cuando nacemos hay un guion ya escrito que nos dice lo que debemos esperar de los desconocidos según el color de su piel, su acento y su estatus social, y en ese guion la humanidad entera es de color blanco. La negritud, en cambio, es «lo otro» y por tanto hay que sospechar de ella. Aquellos a los que se señala como amenaza, en nuestra representación colectiva de la humanidad, no son blancos. Ese mensaje tiene tanto peso que mi yo de cuatro años ya lo había descifrado, solo mirando la televisión, al ver que todos los personajes que tenían mi aspecto eran criminales, en el peor de los casos y, en el mejor, el amigo gracioso del protagonista.

¿Cómo definir el privilegio blanco? Es tan difícil definir una ausencia... Y el privilegio blanco es la ausencia de las consecuencias negativas del racismo. La ausencia de discriminación estructural, la ausencia de que tu raza sea vista sobre todo y en primer lugar como un problema, la ausencia del premio al «menos probable que triunfe por su raza». Es la ausencia de miradas raras dirigidas a ti por estar en lo que los demás creen que es el lugar equivocado, la ausencia de expectativas culturales, la ausencia de violencia ejercida sobre tus ancestros por el color de su piel, la ausencia de una vida entera de sutiles marginaciones y alienaciones, de que te excluyan de la narrativa del ser humano. Describir y definir esa ausencia equivale, hasta cierto punto, a cuestionar el papel central de la blanquitud, y a recordar a las personas blancas que su experiencia no es la norma para el resto de nosotros. Es, desde luego, mucho más fácil identificar el privilegio

blanco cuando no lo tienes, y yo puedo hacerlo porque lo veo desde fuera de la insularidad de la blanquitud. Quise ser blanca una vez, pero también sabía, en algún lugar de mi mente, que tratar de asimilarme solo me convertiría en una pobre imitación de lo que nunca llegaría a ser.

Quizá os sorprenda saber que fue un hombre blanco el primero que le dio nombre al privilegio blanco. Theodore W. Allen nació en Indianápolis, Indiana, en 1919 y fue sindicalista. Quedó profundamente impresionado por el movimiento por los derechos civiles de Estados Unidos de la década de 1960, y la lectura de escritores negros como W. E. B. Du Bois lo llevó a explorar lo que llamó «el privilegio de la piel blanca». La suya era una perspectiva anticapitalista sobre la raza dentro del movimiento obrero. En 1967, dándole vueltas a la sobada frase del movimiento por los derechos civiles «si hieren a uno, nos hieren a todos», escribió: «La herida que se le inflige al trabajador negro tiene su contrapartida en el privilegio del trabajador blanco. Esperar que el trabajador blanco ayude a curar la herida del negro es pedirle que vaya en contra de sus propios intereses». ¹

Para algunos, la palabra «privilegio» usada en relación a la blanquitud invoca una vida repleta de lujos, de la opulencia y holgura de los superricos. Pero cuando yo hablo de privilegio blanco no quiero decir que los blancos lo tengan fácil, que nunca hayan tenido que pelear por nada o que no hayan vivido nunca en la pobreza. A lo que me refiero es al hecho de que, si eres blanco, casi seguro que tu raza, de algún modo, ha tenido un impacto positivo en tu trayectoria vital. Y probablemente tú ni siquiera te hayas dado cuenta de ello.

El privilegio blanco es una de las razones por las que dejé de hablar con blancos de racismo. No me apetecía enfrentarme a más rostros pétreos llenos de incredulidad. El concepto de privilegio blanco obliga a las personas blancas que no son activamente racistas a enfrentarse al hecho de que son en parte cómplices de que exista. El privilegio blanco es una complacencia embotada y monótona. En un mundo en el que la severa desigualdad racial tiene como única respuesta un encogimiento de hombros, es simplemente la norma.

Convendría que todos examináramos de qué forma el sistema nos beneficia de forma injusta, a nosotros personalmente. Hace unos años, me vi teniendo que hacer un viaje de cuatro horas, entre ida y vuelta, para ir al trabajo, y me di cuenta de que la única manera de que no se disparara el coste del trayecto era haciendo la mitad del camino en tren y la mitad en bicicleta. Una verdad incómoda se me reveló al empezar a acarrear mi bicicleta arriba y abajo por los tramos de escaleras de las estaciones de tren de cercanías: la mayor parte del transporte público en el que había estado viajando no era accesible. No había rampas, ni ascensores. Era casi imposible el acceso para las personas que empujaban carritos, iban en silla de ruedas o tenían problemas de movilidad y se desplazaban con caminadores o bastones. Antes de tener mis propias ruedas que transportar, jamás me había percatado del problema. Había vivido al margen del hecho de que esa falta de accesibilidad afectaba a centenares de personas. Y solo cuando el problema se convirtió en algo que me afectaba a mí empezó a enfurecerme.

Tengo que ser sincera conmigo misma. Escribo desde fuera del privilegio blanco, pero en muchos sentidos también disfruto de él. He recibido una educación universitaria, no tengo discapacidades y hablo y escribo de forma muy parecida a la de aquellos que critico. Camino y me muevo como ellos, y en parte es por eso por lo que se me toma en serio. Cuando hablo de perspectivas hechas añicos y de falsa objetividad disruptiva, tengo que recordar que hay factores en mi vida que hacen que mi voz se oiga por encima de la de otros.

El racismo se confunde a menudo con el prejuicio, y a veces ambos términos se usan indistintamente. Es otro argumento que se blande en contra de los antirracistas, que se ven obligados a contemplar cómo aquellos que desean socavar el movimiento se encienden al hablar de discriminación contra los blancos por ser blancos. Hay negros que sienten un odio acerado por los blancos, dirán, y es inaceptable. Es «racismo a la inversa», insistirán. Las personas de color tienen prejuicios, eso es cierto. Hace años, en un establecimiento de cocina caribeña al que había ido a comprar algo de comer, el propietario me saludó con una sonrisa y esperó tras el

mostrador a que se marcharan unos clientes blancos antes de confesarme que guardaba los mejores trozos de carne para «personas como nosotros». Sí, ese hombre tenía prejuicios. Sí, mi comida estaba deliciosa. No, el propietario de ese establecimiento no tiene, pese a sus sentimientos hacia ellos, ningún poder sobre las oportunidades que tendrán en la vida sus clientes blancos. Su poder de influencia se limita a la comida que les sirve.

Esa es la diferencia entre racismo y prejuicio. Se dice a menudo que el racismo es prejuicio más poder. Los perjudicados por el racismo sin duda pueden ser crueles y vengativos, y estar llenos de prejuicios. Todo el mundo puede ser desagradable con los demás y es capaz de juzgarlos antes de conocerlos. Pero lo cierto es que no hay suficientes personas negras en posiciones de poder como para que las personas blancas sufran racismo a una escala similar a la que opera en la actualidad contra la población negra. ¿Están las personas negras sobrerrepresentadas en lugares y espacios donde el prejuicio pueda tener un efecto real? La respuesta es casi siempre un no.

Hace unos años acabé hablando de racismo con la novia de un amigo, una chica blanca francesa. Le expliqué con sinceridad algunas de mis experiencias. La conversación estaba yendo bien, y ella me hablaba de los problemas que había tenido por ser la única mujer, y la persona más joven, en su lugar de trabajo, y de la necesidad que sentía de esforzarse el doble para demostrar a sus superiores que era tan competente como los demás. Nos estábamos entendiendo, y veíamos que teníamos algunas cosas en común. Le conté que una vez me entrevistaron para un trabajo y luego supe, por amigos comunes, que se lo habían dado a una mujer blanca de mi edad con casi la misma experiencia laboral que yo tenía entonces. Para mí, había sido como un bofetón, como recibir el impacto del racismo estructural en la cara, un caso de esos de los que solo oyes hablar cuando se mencionan las cifras de desempleo de las personas de color, pero que nunca sabes de boca de las personas directamente afectadas.

Acto seguido ella dijo: «No sabes si eso fue racismo. ¿Cómo sabes que no fue otra cosa?». Me habló de la rabia y el miedo

que sintió cuando una vez un hombre argelino la acusó de racista. La enfureció darse cuenta de que hay gente que utiliza el racismo para silenciar a las personas blancas. Aquel hombre, dijo, debería haber tenido en cuenta que tal vez no gustaba a los demás porque no actuaba demasiado bien. Se sintió intimidada, aseguró, porque él era un hombre y pensó que podía ponerse agresivo.

Yo fui ingenua. Nos habíamos entendido bien hasta entonces, de modo que tenía fe en ella, y pensé que sería capaz de ver las condiciones estructurales que permitían que una situación como aquella pudiera ocurrir. Así que la animé a tener en cuenta la suspicacia y la rabia de alguien que ha sufrido racismo durante toda su vida. Pensé que podría convencerla para ver más allá de sí misma y tener en cuenta unos parámetros más amplios. Pero cada una de sus palabras sonaba como las que dicen quienes defienden la blanquitud. Es como si todos se aprendieran la misma partitura.

Enseguida me puse a considerar las implicaciones sociales del lógico resultado de nuestra conversación, donde la opinión general sería que yo estaba equivocada, porque así es como se mantiene el *statu quo* blanco. Si me hubiera puesto a discutir con ella, me habría arriesgado a no ser bienvenida de nuevo en aquella casa, porque habría «creado una situación incómoda». Se me habría considerado una «racista a la inversa», una persona problemática, colérica y poco razonable, quizá incluso simpatizante de las medidas violentas. No valía la pena exponerme a ese tipo de exclusión social. De modo que no dije nada.

El privilegio blanco se manifiesta en todos y en nadie en particular. Todo el mundo es cómplice, pero nadie quiere asumir la responsabilidad. Enfrentarse a ese privilegio puede tener consecuencias reales a nivel social. Es una hidra de muchas cabezas, de modo que hay que escoger con cuidado a las personas blancas con las que hablar de raza y racismo. No disfrutas del privilegio de unirse a una discusión sobre racismo sabiendo que los demás participantes parten del mismo lugar que tú. Sacar el tema en una conversación es como accionar un interruptor: tanto si estás hablando con alguien que acabas de conocer como con una persona con la que siempre te has

sentido segura y a gusto, nunca vas a poder saber si ese debate va a convertirse en una situación en la que vas a temer por tu integridad física o tu posición social.

El privilegio blanco es manipulador y sofocante, y recubre todo lo que conocemos, como un día de nieve. Es brutal y opresivo, y no te deja alzar la voz, por miedo a perder a los que quieres, o perder tu trabajo, o tu piso. El miedo hace que te censures a ti misma: te prohíbes hablar con sinceridad sobre tus sentimientos sin antes evaluar con detalle las consecuencias. Me he mordido la lengua tan fuerte, en tantas ocasiones, que temo quedarme sin ella.

Y, por supuesto, plantarle cara a ese privilegio puede tener consecuencias en tu vida. Puedes perder ofertas de trabajo por hablar abierta y sinceramente en internet sobre el modo en que has experimentado y en que percibes el racismo. Hace unos años, en una entrevista para un puesto administrativo, un potencial compañero de trabajo se encaró conmigo por algo que yo había tuiteado sobre el tema. Teniendo en cuenta el tipo de trabajo de baja cualificación al que optaba, no creo que semejante intervención fuera necesaria. El privilegio blanco es retorcida y asfixiantemente astuto, porque es el propietario de las compañías que te contratan, de las industrias en las que quieres trabajar, de modo que si necesitas dinero para vivir te ves obligada a satisfacer sus necesidades (convertí en privada mi cuenta de Twitter tras ese incidente y en mis futuros empleos traté de que las conversaciones nunca fueran más allá de lo superficial). El privilegio blanco te convence de que bajas la guardia con las personas blancas, te asegura que se te tomará en serio, pero al mismo tiempo que no te sorprenda si una conversación acaba poniendo de relieve tus diferencias respecto a tus colegas blancos. El privilegio blanco te lleva a situaciones tan perversas como que te sientas más cómoda con personas de extrema derecha abiertamente racistas, porque al menos con ellas sabes cuál es su posición; con ellas, los límites están claros.

Lo que está oculto es mucho más difícil. Acabas esperándolo, pero no llegas nunca a aceptarlo. Aprendes a escoger tus batallas, porque, si no, la gente podría pensar que estás enfadada sin motivo. Que eres una persona problemática

a la que no se puede tomar en serio, una mujer negra enfadada que vive obsesionada con la raza.

En enero de 2012, solo dos días después de que los asesinos de Stephen Lawrence fueran condenados a cadena perpetua, se formó una especie de tormenta de Twitter sobre una de las pocas diputadas negras del Reino Unido, Diane Abbott —representante de Hackney North y Stoke Newington—, cuando intercambiaba opiniones en esta red social con la periodista Bim Adewunmi sobre la cobertura en la prensa del veredicto. Con un solo tuit y sin darse cuenta, Abbott desató uno de los mayores escándalos relacionados con el racismo contra las personas blancas de la historia británica reciente. En un artículo para *The Guardian*, Bim explicó cómo empezó todo. ² «Estábamos comentando el juicio, la sentencia y la condena de Gary Dobson y David Norris por el asesinato de Stephen Lawrence, y yo dije: “Me gustaría de todas formas que todo el mundo dejara de hablar de ‘la comunidad negra’”. Desarrollé lo que quería decir en otro tuit: “En relación a mi tuit sobre la ‘comunidad negra’: lo que no me gusta es que en general se usa sin pensar. Lo mismo en el caso de ‘líderes de la comunidad negra’”. La diputada de mi distrito, Diane Abbott, replicó: “Entiendo a qué te refieres desde un punto de vista cultural. Pero estás entrando en el juego de ‘divide y vencerás’”. Hubo un estira y afloja durante varios tuits y luego Abbott envió el mensaje que desató la polémica: “A las personas blancas les encanta jugar a ‘divide y vencerás’. No deberíamos seguirles el juego. #esunatácticatanviejacomoelcolonialismo”.»

Ahí es cuando ardió Troya. Las previsiones informativas cambiaron de inmediato. Los editoriales de prensa, los reportajes de radio y los programas de televisión dejaron de hablar de Stephen Lawrence, los matices del racismo institucional o las realidades y miedos de nacer negro en el Reino Unido. La noticia era ahora el racismo contra las personas blancas. El racismo es un carril de dos direcciones, insistían los detractores de Abbott. El periodista Toby Young escribió en *The Daily Telegraph*: «¿Se imaginan el revuelo si un diputado conservador de su misma importancia dijera en Twitter algo parecido sobre la población negra?». ³ Hasta los

compañeros de Diane en el Partido Laborista la acusaron, cuando salieron en su defensa, de utilizar un tono «enérgico y combativo», ⁴ como si el problema fuera el tono de su tuit y no la injusticia que señalaba. De modo que mientras los conservadores blancos británicos insistían en que aquello era «racismo a la inversa» y que era tan imperdonable como asesinar a un adolescente negro desarmado, los liberales blancos británicos estaban terriblemente preocupados por que el tono brusco del tuit de Abbott pudiera arruinar todo su duro trabajo, e insistían en que solo con añadir la palabra «algunas» se habría rebajado su impacto.

En realidad no habría importado que fueran algunas personas blancas, todas las personas blancas o ninguna. Lo que buscaban quienes comentaban la jugada —fueran o no conscientes de ello— no era que se abriera un debate sobre el racismo en el Reino Unido. Lo que buscaban era tapar, frustrar y evitar como fuese una conversación de mayor calado. No hay más que ver quiénes son las personas más influyentes del Reino Unido —las que configuran la política nacional y dictan las agendas políticas— para que las conclusiones empiecen a estar claras. Las cifras oficiales de la Cámara de los Comunes dejan claro que el 94 % de los diputados del Parlamento británico son blancos. ⁵ Diane Abbott, una de las pocas mujeres negras en el Parlamento, la persona que había dicho algo que se salía de la esfera de la amabilidad blanca, era, está claro, diferente. Abbott había agitado las aguas y estaba pagando por ello.

Que el ciclo de noticias cambiara tan de repente, sin embargo, no tenía que ver con los imaginarios horrores del racismo contra los blancos. En este acoso y derribo desde múltiples frentes a una de las más prominentes diputadas negras del Reino Unido había algo mucho más cínico, lo que los investigadores Alana Lentin y Gavan Titley llaman «victimismo blanco»: ⁶ el esfuerzo por parte de los poderes fácticos de cambiar el rumbo de las conversaciones sobre los efectos del racismo estructural para proteger a la blanquitud de la más necesaria y rigurosa de las autocríticas. El juicio por la muerte de Stephen Lawrence fue quizá lo más cerca que ha

estado el Reino Unido de un debate nacional sobre la naturaleza insidiosa del racismo estructural y sobre el modo en que se manifiesta en forma de mentalidad colectiva —en parte por malicia, en parte por descuido e ignorancia— para ayudar calladamente a unos mientras pone trabas a los otros. Pero al darle la vuelta al debate para entablar otro únicamente sobre el racismo contra los blancos, ese diálogo colectivo se había interrumpido de golpe. Perdimos la oportunidad, como nación, de examinar el impacto del legado del racismo británico. En lugar de eso, montones de personas muy importantes nos recordaron que el racismo circula en dos direcciones. Nos quedamos sin la posibilidad de una conversación largamente pospuesta, y lo que reveló, en realidad, el debate perverso que resultó de ello fue una obsesión por evitar que habláramos sobre raza en el Reino Unido. Una consecuencia tan antigua como el colonialismo.

Señalar el modo en que este país ha hecho uso del «divide y vencerás» como estrategia política se consideró, en resumidas cuentas, un ataque contra la misma esencia de la sensibilidad británica. La reacción hostil contra Diane Abbott no tenía que ver con defender a un grupo de personas asediadas, calumniadas de forma constante en los medios de comunicación que consumimos cada día. No, la discusión sobre el racismo a la inversa era más bien un intento de la prensa británica de cerrar filas alrededor de lo que les interesaba proteger: la blanquitud como poder falsamente neutral y objetivo. Durante demasiado tiempo, la blanquitud se ha posicionado como el autodenominado y autorreferencial árbitro de los problemas raciales en los medios de comunicación, donde ha vertido profundas reflexiones, sin el menor rastro de autocrítica, sobre por qué las comunidades negras y mestizas tienen semejante inclinación a la violencia y a la pobreza.

En 2012, la condena a dos de los asesinos de Stephen Lawrence podría haber abierto un debate nacional sobre racismo. Podríamos haber discutido sobre el modo en que la policía le falló a la familia de Stephen en su búsqueda de la justicia (en 2016, una investigación de la Comisión Independiente de Quejas contra la Policía reveló que, durante

la chapuza que fueron las pesquisas de asesinato, un agente de incógnito espiaba a la familia Lawrence). ⁷ Podríamos habernos preguntado, como país, si de verdad es aceptable tardar dos décadas en condenar a solo dos miembros de la banda que asesinó a un joven inocente. Podríamos habernos preguntado si eso nos avergonzaba. Quizá podríamos haber hablado del hecho de que el racismo solo había sido una prioridad política desde hacía menos de medio siglo. Podríamos haber tenido un debate sobre disturbios y sobre raza, sobre rendir cuentas y sobre cómo seguir avanzando a partir del caso más famoso de racismo del Reino Unido. Podríamos haber tenido una conversación sobre cómo empezar a eliminar el racismo. Podríamos haber empezado preguntándonos los unos a los otros sobre la mejor manera de curar esa herida. Podría haber sido un punto de inflexión. Pero en lugar de eso tuvimos una conversación sobre el racismo contra las personas blancas.

El racismo no es un carril de doble dirección. Hay formas muy particulares de discriminación auspiciadas por el privilegio y la reafirmación y, sobre todo, respaldadas por un poder estructural con el suficiente poder intimidatorio como para obligarte a cumplir con las demandas del *statu quo*. Y eso es algo que tenemos que reconocer.

En teoría, nadie tiene ningún problema con el antirracismo. A la hora de la verdad, sin embargo, en cuanto alguien empieza a actuar contra el racismo, no dejan de aparecer analistas convencidos de que los antirracistas no saben lo que hacen. Ocurre incluso entre personas que se consideran progresistas.

En 2014, Charlie Winstanley escribió para el *Weekly Worker* un artículo en el que hablaba sobre el desprecio absoluto que le inspiraba una discusión sobre racismo que había tenido lugar en la formación política socialista de la que formaba parte. «Así —escribía—, los grupos oprimidos se sitúan en el centro de cada debate, respaldados por el incuestionable peso moral de su subjetiva experiencia vital, apuntalados por una inexplicable etiqueta social que pueden utilizar para controlar totalmente el flujo del discurso.»

Continuaba diciendo: «El resultado es que se crea un entorno en el que la libre discusión de ideas es imposible. Los grupos y las personas oprimidas se comportan como si el suyo fuera un inatacable sacerdocio que basa su legitimidad en la doctrina del pecado original. Para ampliar la analogía, los debates se convierten en confesionarios en los que se anima a los participantes a autoflagelarse y a postrarse ante la sagrada escritura de la autoconsciencia. Se estimula la vergüenza y el autodesprecio, para que los grupos no oprimidos recuerden su lugar, y para subvertir la pirámide social de la opresión, con los grupos oprimidos en lo alto de todo». [8](#)

Incómodos por las conversaciones sobre el privilegio blanco que estaban teniendo lugar por aquel entonces, hubo opinadores de izquierdas que llegaron a la conclusión de que los afectados por el racismo eran de hecho los verdaderos privilegiados, porque hablar sobre los efectos del racismo les proporcionaba cierto tipo de superioridad moral. A Winstanley le molestaban más las reacciones de la gente al racismo que el propio racismo. Ese fue el principio de una reacción hostil contra cualquier debate sobre el privilegio blanco.

Alguien que vive bajo el peso del racismo quizá en algún momento quiera hablar del asunto con personas que se sienten de la misma manera, y quizá se lance a formar un grupo que tenga ese propósito. Los asistentes podrían optar por calificar ese grupo de «lugar seguro». El concepto de «lugar seguro» no tiene nada de raro. En relación al racismo, puede ser cualquier lugar en el que sientas que puedes expresar tu frustración sobre la blanquitud del mundo sin miedo a sentirte excluido. Puede ser tu salón, al hablar con alguien de tu familia; durante la hora de la comida, de charla con un compañero de trabajo con el que te llevas bien, o en un espacio de activismo destinado a ello. Pero en medio de la reacción hostil contra todo tipo de organizaciones antirracistas, la expresión «lugar seguro» se convirtió en un nuevo objetivo para la furia del privilegio blanco.

«Los lugares seguros son un corolario directo del auge de la política de la identidad —dijo Ian Dunt en *The Guardian*—. Cuando el debate esencialmente económico entre la derecha y

la izquierda fue quedando superado, vino a reemplazarlo una guerra cultural en la que género, sexualidad y raza están en el centro de la discusión.»

«Esto es obra de idiotas liberales de clase media, privilegiados, adinerados, mimados y educados en exceso», añadía la feminista Julie Bindel en el mismo artículo. [9](#)

Las personas blancas que se ponen en contacto conmigo a menudo lo hacen citando las palabras del líder de los derechos civiles Martin Luther King Jr., en un intento de hacerme ver que me engaño, que voy por mal camino. En emails y tuits, me dicen que Martin Luther King Jr. quería un mundo en el que se juzgara a las personas no por el color de su piel, sino por su carácter. Tengo la sensación de que los bienintencionados remitentes de esos mensajes creen que, en el contexto actual, esas palabras significan que los blancos no deberían ser juzgados por el color de su piel. Que el poder de lo blanco como raza no debería ser juzgado. De lo que no se dan cuenta esas personas que se ponen en contacto conmigo es de que Martin Luther King Jr., en unas palabras publicadas en el número de junio de 1963 de *Liberation Magazine* y escritas desde una celda en Birmingham, Alabama, decía también:

Debo confesar, en primer lugar, que en los últimos años los moderados blancos me han decepcionado profundamente. Casi he llegado a la triste conclusión de que el principal obstáculo de los negros en su camino hacia la libertad no es el miembro del Consejo de Ciudadanos Blancos o del Ku Klux Klan, sino el moderado blanco más amante del «orden» que de la justicia; que prefiere una paz en negativo, que es la ausencia de tensión, a una paz en positivo, que es la presencia de justicia; que constantemente dice: «Estoy de acuerdo con el objetivo que persigues, pero no puedo estarlo con tus métodos de acción directa»; que, de un modo paternalista, siente que puede tomar decisiones sobre cuándo ha de llegar la libertad de otro hombre; que vive bajo el mito del tiempo y que constantemente aconseja al negro que espere hasta «un momento más propicio».

La comprensión vacía de las personas de buena voluntad es más frustrante que el absoluto desacuerdo de las personas de mala voluntad. La aceptación tibia es mucho más desconcertante que el puro y simple rechazo. [10](#)

En febrero de 2014, la revista política *The Economist* publicó un editorial entusiasta sobre el auge del mestizaje en el Reino Unido. A partir de datos del censo, el texto analizaba en profundidad la evolución del número de niños mestizos en todo el país. La población mestiza era el grupo étnico que experimentaba un mayor crecimiento en el Reino Unido desde 2001, decía la revista, con un 6 % de niños de menos de cinco

años a los que se identificaba como tales, un número superior al de los niños identificados como negros o pertenecientes a cualquier otro grupo étnico minoritario del país. «Para los jóvenes —concluía el texto— que están acostumbrados a que en su entorno haya personas de todos los orígenes, la raza ya es mucho menos importante de lo que lo era para sus padres. En una o dos generaciones más de mestizaje, puede que no importe en absoluto.» [11](#)

En las grandes ciudades británicas, las amistades y relaciones entre personas de distintas razas son ahora muy habituales y no tienen nada de raro. Pero que el Reino Unido sea cada vez más mestizo no hace que las relaciones raciales resulten menos complicadas. Al contrario. Aunque hoy en día la gente tiene mucho menos miedo a convivir y a quererse, los problemas de racismo no van a desaparecer por ello. Pese a las alegrías y las enseñanzas de vivir todos revueltos, los niños mestizos no van a acabar con el racismo por su mera existencia. El privilegio blanco nunca es tan evidente como en nuestras relaciones íntimas, nuestras amistades cercanas y nuestras familias.

La consciencia de raza no es contagiosa, y tampoco se hereda. Si acaso, un aumento de las familias mestizas y de los niños mestizos puede hacer que esas conversaciones difíciles sobre racismo y blanquitud estén aún más cerca de la propia experiencia personal, incluso hasta el extremo de resultar incómodas en algunos casos. Para ignorar discretamente las injusticias ya no bastará con dejar de ver las noticias o cerrar la puerta.

Hablar de ello con Jessica, que es mestiza, fue revelador. Charlamos largo y tendido sobre el privilegio blanco y la familia, y sobre las complicadas y a menudo profundamente dolorosas conversaciones con los más cercanos y queridos sobre estos temas. Por lo delicado de lo que hablamos —y para que ella pueda seguir teniendo relación con esas personas — he cambiado su nombre para este libro.

«Son conversaciones difíciles. Te sientes muy vulnerable —dijo—. A mí me ha criado sobre todo mi familia blanca. El lado negro de mi familia ha sufrido violencia doméstica y no

ha formado parte de mi vida de la misma manera. Hasta hace muy poco, en realidad hasta que cumplí los veintiocho (y tengo treinta), simplemente no hablaba de nada que tuviera que ver con la raza con mi familia blanca. Mi madre es blanca y mi padre es negro, y la verdad es que tanto mi madre como mi padre me han educado para no ver el color.»

Jessica, a diferencia de lo que me ocurre a mí, no puede decidir que va a dejar de hablar con blancos sobre racismo. Ella no tiene la posibilidad de distanciarse de esas conversaciones, porque su madre y la mitad de su familia extensa son de raza blanca.

«A medida que me he hecho mayor y he entendido un poco más lo que es la raza desde el punto de vista de una mujer mestiza (yo me identifico como negra), he visto que no me han preparado para ciertas cosas —explicó Jessica—. Ahora he empezado a hablar con mi familia de racismo. Es incómodo, porque creo que lo han estado evitando. [Cuando yo era más joven] fingían que no era un problema. Las veces que he hablado con mi madre del tema, me dice que nunca pensó que fuera algo de lo que hablar, porque yo no parecía tener ningún problema de niña. Nunca hubo incidentes racistas. Y yo le dije: “Sí, pero es que el racismo es más que un incidente aislado. Tiene que ver con el mundo en el que vives, y el modo en que percibes tu entorno”.

»Durante mi infancia y mi adolescencia me sentía diferente, y un poco rara —añadió—. No era capaz de entender por qué me sentía tan fuera de lugar. Ahora que soy mayor y entiendo algunas cosas, creo que era un asunto de raza. Porque era la única niña negra en mi clase, y vivía en una ciudad blanca, rodeada de mi familia blanca.»

Le pregunté a Jessica si había tenido conversaciones delicadas sobre el tema. «En los últimos tiempos —contestó—, mi tío y mi primo han estado siendo bastante... Bueno, han estado siendo racistas, sin más. Compartiendo cosas en Facebook, cosas de Britain First [Gran Bretaña Primero], de la campaña para prohibir el burka. He intentado explicarles por qué creo que eso es racista y por qué me hace daño a mí también, pero no estoy consiguiendo nada. Creen que yo soy

el problema, que, al hablar de raza, soy yo quien lo está provocando. Ha hecho que me distancie de mi familia blanca desde hace un par de años. Ya no los veo mucho. Para mí es un problema que no entiendan a qué me refiero.»

Más tarde confesó: «Cuanto más claro tengo quién soy, en términos de raza, y dónde me sitúo en el mundo, más se distancian de mí. Sé que les resulta incómodo estar conmigo. Y con mi hermana también. Cuanto más me convierto en mí misma, menos a gusto están conmigo. Es triste, porque éramos una familia muy unida, pero la verdad es que ahora evito las reuniones familiares».

A la familia extensa se la puede evitar. Pero ¿qué pasa con una de las relaciones más íntimas en la vida de una persona, qué hay de la relación con una madre? «Está un poco a la defensiva —admitió Jessica—. Me ha llegado a decir: “Creo que olvidas que también eres blanca”. Yo le digo: “Sí, mamá, pero cuando voy por la calle la gente ve a una mujer negra”. El modo en que experimento el mundo es el de una mujer negra. Es difícil, porque la quiero, y quiero que me acepte, pero a veces me viene con cosas que son racistas... Eso me duele. A mi madre casi siempre la ciega ser blanca... Piensa: “No puedo creer que alguien tenga esos prejuicios”. No concibe el sesgo institucional. De modo que hay que empezar por lo más elemental. Pero no puedo hacer eso con toda mi familia, ¿sabes?»

Uno de los comentarios que molestaron a Jessica tenía que ver su padre, jamaicano, y jugaba con los estereotipos racistas. «Recuerdo que una vez mi madre hizo un comentario sobre los hombres negros y el tamaño de sus penes, y que ella sabía que era cierto por mi padre. “Mamá”, le dije, “no tienes ni idea de lo mal que está decir eso.”

»Quiero mucho a mi madre —insistió Jessica—. Tenemos una relación muy estrecha, hablamos todo el rato. Pero me da rabia que no entienda algunas cosas. Está progresando, pasito a pasito, pero en alguna ocasión he tenido que protegerla de mi furia. Es algo que me pone entre la espada y la pared. ¿Puedo hablar con mi madre de lo que siento de verdad? Incluso cuando dice algo que no me gusta, no creo tener derecho a

enfadarme con ella. Pero luego pasan unas semanas y me entran ganas de llamarla y de discutir con ella sobre lo que sea, para sacar la rabia que llevo dentro. Y tengo que desviar mi rabia hacia cualquier otra cosa.

»Tengo mucha rabia acumulada —lamentó—. Mi familia no tuvo en cuenta que yo era una niña mestiza. Cuando mi madre y mi padre se casaron no fue fácil, porque las relaciones interraciales eran todavía polémicas, creo. Después de casarse, hace treinta y cinco años, hubo amigos con los que dejaron de hablarse. De modo que no entiendo cómo es que no pensaron: “A ver, ¿qué va a experimentar esta criatura mestiza?”. No tuvieron en cuenta mis necesidades culturales, cosas como qué hacer con mi pelo, cosas como la comida jamaicana... Ya sabes, todo eso que creo que forma parte integral de crecer y de saber de dónde vienes.»

Jessica me contó que está acudiendo a terapia y que ha buscado la ayuda de grupos locales de personas mestizas con experiencias similares a las suyas. «He sentido muchas cosas sobre mi identidad y las he empujado hacia dentro, muy adentro, y creo que eso ha afectado a mi bienestar mental. Tengo bastantes amigos con madres blancas que también lo han pasado mal. Madres [blancas] que hablan de los negros en términos racistas y que dicen que no pasa nada porque tienen hijos negros. Ahora, cuando veo a una pareja interracial me pongo nerviosa, y eso que yo misma estoy en una relación interracial. Cuando veo a una madre o un padre blancos con una criatura mestiza pienso: “¿Le van a dar a ese niño lo que necesita?”. Porque a mí no me lo dieron. Creo que las personas blancas que están en una relación interracial o tienen hijos mestizos o adoptan niños de otras razas tienen que comprometerse a ser activamente antirracistas. Solo así puede funcionar. Y también tienen que ser humildes y darse cuenta de que son racistas incluso si creen no serlo.»

Sobre su pareja, Jessica dijo: «Sabe por lo que he pasado. Queremos tener hijos, y él es el tipo de persona blanca que sabe que tiene que emprender un proceso de desaprendizaje y de deconstrucción. Hay pocas personas blancas en mi vida que sean así, pero no podría estar en una relación con alguien que no lo fuera. El debate sobre el racismo en este país es muy

limitado y el debate sobre las personas mestizas también. Hay gente que piensa que eres mitad y mitad, que estás atrapada entre dos mundos. A mí solía preocuparme no ser lo suficientemente negra, pero estoy empezando a darme cuenta de que soy parte de la diversidad de lo negro. Hay muchas maneras de ser negra».

La relación de Jessica y su madre tiene muchos matices, y es al tiempo de profundo cariño y de profundo dolor. Es el reflejo de muchas de las complejidades que rodean al racismo, lo que pone de relieve una verdad que a menudo queda fuera de la superficial cobertura mediática: el racismo no es algo que promulguen malvados monstruos cargados de mala voluntad, sino que tiene que ver con la blanquitud. Más que probar que la sociedad está por encima de la raza, lo que las relaciones interraciales prueban es que las acciones individuales a menudo van por delante del progreso social.

Claro que es comprensible que las parejas interraciales no quieran cargar, al planear su vida en común, con el deprimente peso de la historia racial. Pero fingir que la raza no existe no se lo pone fácil a sus hijos, que no se merecen esa dejadez. Parecería que del mismo modo en que las parejas estables hablan de casarse, de dinero y de hijos, las parejas de ascendencias distintas deberían hablar de racismo, de lo que significa para ellos, de cómo afecta a sus vidas y de cómo podría afectar a la vida de sus futuros hijos.

Entre las proclamas de «aquí acaba el racismo» lanzadas al paso de las familias mestizas también está el recelo de los entrometidos de siempre que no acaban de entender la situación. Nuestra configuración demográfica está cambiando con más rapidez que nuestras actitudes, lo que genera confusión. A título de anécdota, mestizos ahora adultos me cuentan que, cuando eran niños, fueron interpelados y registrados en la calle cuando iban con sus padres, y que han aguantado insultos e injurias yendo de viaje con su familia, siendo «familia arcoíris» el menos grave de ellos.

Y se habla muy poco del privilegio blanco en la adopción transracial, es decir, cuando familias blancas adoptan a niños de color. En 2010, el periodista Joseph Harker escribió: «Mi

padre, nigeriano, abandonó a mi madre, irlandesa, antes de que yo naciera. Tres años después, mi madre se casó con un inglés, que luego me adoptó, y yo tomé su apellido. Nunca me faltaron el amor, el apoyo ni el aliento. Pero cuando el racismo empezó a hacer mella en mi vida yo no estaba preparado para ello. Me costó hacer frente a las burlas en el patio y en clase y, a medida que iba creciendo, mi desconexión con mi herencia africana se convirtió en un problema aún mayor. He hablado con muchas personas negras con un pasado parecido y a menudo han tenido una experiencia parecida». [12](#)

Sus palabras dan con el meollo de la cuestión. Nadie dice que un niño negro con un padre o madre blanco, o al que adopta una familia blanca, no estará recibiendo una enorme cantidad de amor y apoyo. Pero, al no haber experimentado nunca el racismo en sus carnes, los padres podrían no estar preparados para hacer frente al que sufrirá su hijo.

En 2012, en un acto paradigmático de ceguera ante la raza, el primer ministro David Cameron presentó una propuesta para que dejara de ser un requisito legal para las autoridades locales tener en cuenta los antecedentes raciales, culturales y lingüísticos de un niño durante el proceso de adopción. Había una buena intención detrás de esa idea: en 2013, el Ministerio de Educación hizo público que los niños negros y de otras minorías étnicas eran adoptados, de media, un año más tarde que sus equivalentes blancos. Cuanto más tiempo pasa un niño en instituciones de acogida, más problemas tendrá para desarrollar apego a lo largo de su vida, dijeron, de modo que encontrar una buena familia a la mayor brevedad posible tenía una importancia crítica. «Si una familia está preparada y es apta para adoptar a un niño —dijo el entonces ministro de Educación, Michael Gove—, la etnicidad no debería ser un obstáculo.» [13](#)

Con ese astuto juego de manos lingüístico los políticos insinuaban que tener en cuenta la raza del menor era, de hecho, darle alas al racismo. Los comentarios de Gove venían a decir que los niños negros tardan más en ser adoptados por las «barreras» de corrección policia que el «multiculturalismo estatal» (como lo bautizó Cameron) ha erigido, y no por un

racismo sistémico. El porqué los niños negros tardan más en ser adoptados no es algo que pueda explicarse fácilmente. Pero vivimos en un mundo invadido por el racismo, y que los niños negros esperen más para ser adoptados es otro revés a las oportunidades de las que disfrutarán en la vida.

Entretanto, los padres blancos que adoptan a menores de color asumen una nueva responsabilidad: la de ser conscientes del racismo. Se embarcan en una nueva aventura de autoconocimiento, y tienen el deber de no entregarse a una idea limitante como la de no ver la raza. Tienen ese deber porque un niño negro no debería cargar con la responsabilidad de capear los prejuicios del mundo sin ayuda. No todos los padres blancos se toman la molestia de aprenderlo. Por desgracia, he conocido a padres blancos de hijos mestizos que, airados, alegan que ellos «no ven» la raza y me dicen que lo que predico no es de ninguna ayuda. Desde luego, no pido que estén de acuerdo con todo lo que digo, pero sí creo que es importante que reconozcan que seguimos viviendo en una sociedad racista, aunque solo sea para que les resulte más fácil ser un apoyo para sus hijos. No por su bien, sino por el bien de sus hijos. Creo de veras que es lo mínimo que pueden hacer. En el lado opuesto, también he conocido a padres blancos de niños mestizos que muestran un verdadero afán por entender lo que su hijo tiene por delante en la vida. Son esfuerzos por salvar una brecha informativa que las personas blancas no suelen tener que hacer a menudo. Fingir que todo va bien no ayuda a nadie.

Pese al título de este libro, sabía que no podía hablar de racismo sin hacerlo también con al menos una persona blanca que reflexiona sobre ello tanto como yo, si no más. Jennifer Krase es estadounidense, pero ha vivido en el Reino Unido durante los últimos siete años. Es una inmigrante blanca en el Reino Unido, lo que la convierte en alguien que ve el problema a la vez desde fuera y desde dentro: desde fuera porque su país tiene su propia cultura, y su propio y muy conocido problema de racismo, y desde dentro porque el hecho de ser estadounidense y blanca la sitúa más como expatriada que como inmigrante. Ella es maravillosamente consciente de todo ello. «Creo que las personas blancas se

ponen a la defensiva cuando les dices que son blancas —me asegura por Skype—, porque han internalizado el mensaje de que es de mala educación señalar la raza de los demás, que es un terreno peligroso en el que puedes ser racista sin querer, porque alguien podría ofenderse si mencionas su raza. Es una extraña lógica tortuosa que en realidad deja de lado los que de verdad son los problemas de fondo.»

Quise saber cuáles eran sus primeros recuerdos relacionados con el racismo. Al ser blanca, Jenny seguramente fue a una escuela en la que había otros niños blancos. Y aunque los niños siempre encuentran algo de lo que burlarse, no es probable que Jenny haya experimentado el racismo en el patio de la escuela. «Al principio —recuerda—, pensaba que la cosa iba de no decir ciertas palabras. Lo de no ver la raza sin duda es algo que nos enseñaron en el colegio.»

»Luego, al hacerme algo más mayor, te habría dicho que el racismo era hacer comentarios racistas. O que el racismo eran las leyes segregacionistas. O que el racismo era un carril de dos direcciones, que cualquiera puede ser racista. Es probable que dijera que llamar a alguien “negro de mierda” era peor que llamar a alguien “blanquito”, por ejemplo, pero habría dicho que “blanquito” también era racista. Ahora me parece todo ridículo, pero así era como lo interpretaba, de ese modo tan simple. Que el racismo lo ejercían las personas. No habría visto los mecanismos sistémicos.»

Jenny creció en la ciudad de Fort Worth, en el estado de Texas. Le pregunté cuándo había empezado a ser consciente del papel de la raza en su vida. «Es algo de lo que siempre he sido consciente, solo que no en relación a mí —respondió—. Pensaba que la raza era algo que se aplicaba a otras personas. A otras personas que no eran blancas, vamos.» Texas, comenta, «ha sido siempre un lugar cargado de tensiones raciales... Siempre ha habido una división racial entre los que hablan inglés y los que no lo hablan, es decir, los latinos. Fort Worth es una ciudad muy dividida, no solo en términos geográficos, sino también de calidad de vida de las personas.»

Su infancia monorracial estaba planeada al milímetro. «Viví una existencia muy resguardada en muchos sentidos. No me

refiero solo a vivir, supongo que, de forma deliberada, junto a otras personas blancas y en una comunidad blanca —la escuela a la que fui era mayoritariamente blanca—, sino también a que era una escuela de clase media. Los barrios que había alrededor de la escuela eran bastante ricos. Todos esos factores me llevaron a crecer en un entorno muy específico. No creo que fuera accidental. Que mis padres compraran allí una casa... Ves los barrios y las escuelas, y tomas decisiones basadas en tu propio criterio, que puede ser en parte abiertamente racista o clasista. “Quiero que mi hija vaya a un buen colegio.” ¿Qué significa un buen colegio?»

Teniendo en cuenta sus orígenes, no puedo evitar preguntarme cómo es posible que haya cambiado tan drásticamente la actitud de Jenny respecto al racismo desde entonces hasta hoy. En mi experiencia, una persona blanca que ha crecido en un entorno casi enteramente blanco trae consigo una insularidad, además de un impulso reflejo de defender la blanquitud cuando se la critica. ¿En qué momento de su vida Jenny se dio cuenta de que era blanca? «[Tuve un profesor cuya] clase era todo un desafío para mí, porque hablaba de racismo. Hablaba de racismo, de imperialismo... Esa fue la primera vez que me vi expuesta no solo a los hechos, sino a puntos de vista históricos políticamente estimulantes. En aquel momento me resistí a ello. Cuando pienso en lo que decía entonces, joder, me muero de vergüenza. Pero aquello sembró la semilla de un cambio en mí.»

Al principio, estaba a la defensiva. «Creo que lo que me hacía estar a la defensiva es que me molestaba que existiera la posibilidad de que alguien supiera algo que yo no sabía. A algún nivel, quizá intuía que aceptar lo que aquella persona estaba diciendo podía abrir la caja de Pandora. Era una mezcla de vergüenza y pánico. No soy capaz de identificar qué es lo que estaba tratando de proteger o defender. Creo que estaba indignada.»

«Ahora me cuesta mucho menos que antes aceptar que me equivoco —admite—. Es un gran logro desde un punto de vista personal. No he perdido mi privilegio blanco. No se ha reducido porque de repente sepa lo que es.»

Tenía curiosidad por saber de qué modo las ideas antirracistas de Jenny habían influido en el resto de su vida. «Yo hablo [de racismo] con mi familia, con mis amigos, en el trabajo... Aunque pueden ser conversaciones difíciles —dice—. En estos últimos tres o cuatro años, he tenido en ese sentido unos cuantos fracasos estrepitosos, ya sea porque he escogido la discusión equivocada o porque he dejado pasar la oportunidad de tener una conversación que era esencial tener.»

«Intento hacer cosas en mi vida cotidiana, más que en espacios de activismo, para sacar a colación problemas que creo que son relevantes en ese momento. Porque yo no sé qué piensan las demás personas que están allí, pero si yo estoy pensando en ello y nadie más está diciendo nada entonces me corresponde a mí decir algo. Aunque solo rinda cuentas conmigo misma por hacerlo. Se trata de hacer cosas cuando no hay nadie que pueda verlo, porque esto no va de que alguien lo vea o de que me den palmaditas en la espalda.»

Es poco habitual que alguien como Jenny esté dispuesta a hacer el trabajo pesado de dismantelar el racismo. Y es poco habitual porque es blanca. Hay mucha gente blanca que cree que el racismo no es su problema, pese a que el privilegio blanco es un instrumento esencial del racismo. Cuando hablo de personas blancas en este libro, no me refiero a todas las personas blancas. Hablo de la blanquitud como ideología política, de la escuela de pensamiento que favorece a las personas blancas a expensas de las personas que no lo son. Para mí, es como el yin y el yang. Hay un propósito en el legado del racismo: no solo priva de poder a sus víctimas sino que empodera a los que no lo son. Ese es el privilegio blanco. El racismo brinda mejores oportunidades en la vida a las personas blancas. Les proporciona un poder inmerecido; está diseñado para mantener un discreto dominio. ¿Por qué las personas blancas creen no tener una identidad racial?

Miedo a un planeta negro

En 1968, el ya desaparecido político del Partido Conservador Enoch Powell pronunció un discurso sobre los peligros de la inmigración en el que, ante una audiencia extasiada, vaticinó: «En este país, en quince o veinte años, el hombre negro blandirá el látigo sobre el hombre blanco». ¹ Al decir eso, sin darse cuenta, reconocía tácitamente las relaciones de poder racistas que regían en el país por aquel entonces y, sin decirlo de forma explícita (porque sabía en qué bando estaba), Powell admitía también pensar que un trasvase de poder en las relaciones raciales llevaría a los británicos blancos a soportar el maltrato y las barreras sistémicas que los negros estaban luchando por superar. Hay un motivo por el cual utilizó la expresión «blandirá el látigo» en lugar de la más simbólica «tendrá ventaja». La palabra «látigo» invoca imágenes de palizas, miseria y trabajos forzados, de subyugación y dominación total. De esclavitud. El discurso de Enoch Powell ha sido señalado repetidamente como uno de los más racistas de la historia británica, pero el lenguaje que emplea es solo tan racista como lo ha sido, históricamente, la relación del Reino Unido con la negritud. Powell solo concibe un modo de mantener el poder en el país, y es subyugando al otro, porque así es como el Reino Unido ha sostenido y mantenido su poder hasta ahora.

El pronóstico de un siempre inminente día del juicio final negro es lo que yo llamo «miedo a un planeta negro». Es el temor a que el «otro», el que ha estado alienado, tome el control de la situación. Los miedos de Enoch Powell a una inversión de los roles previven en la moderna retórica política antiinmigración. Cuando poco antes de las elecciones generales de 2015 el Partido Laborista puso a la venta una serie de productos oficiales entre los cuales había una taza en la que podía leerse «Controles a la inmigración», estaba entrando en ese juego. Hay quien insiste en que vivimos en una isla diminuta y ha llegado el momento de cerrar las puertas. Está la preocupación por que la esencia británica,

siempre al borde de la desaparición, sufra una lenta erosión por parte de unos inmigrantes cuyo único interés no es huir de la guerra y de la pobreza, sino destruir el tejido social del país.

El miedo adquiere muchas formas. Está en la «preocupación» sobre la inmigración que pregonaban los partidos políticos en las recientes elecciones generales. Está en el discurso sobre «preservar nuestra identidad nacional». En la raíz de ese miedo está la creencia de que aquello que no forma parte de la homogeneidad blanca existe solo para eliminarla. De que el multiculturalismo es una pendiente resbaladiza que conduce a la destrucción de la civilización occidental.

En unas declaraciones que casi rozaban lo paranoico, el entonces líder del Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP, por sus siglas en inglés), Nigel Farage, ² manifestó una vez su nerviosismo porque los pasajeros del vagón de tren en el que viajaba no hablaban inglés. En un discurso en 2014 dijo: «El hecho es que muchas de nuestras ciudades y pueblos en muy poco tiempo se han vuelto francamente irreconocibles. Quizá por el impacto en las escuelas y los hospitales locales, o por el hecho de que en muchas partes de Inglaterra ya no oyes hablar inglés. Este no es el tipo de sociedad que queremos dejar a nuestros hijos y nietos». ³

Han pasado décadas desde el discurso de Enoch Powell, pero el miedo a un planeta negro no ha disminuido un ápice. La palabra «multiculturalismo» sirve ahora para referirse de forma indirecta a una serie de preocupaciones británicas sobre la inmigración, la raza, la diferencia, el crimen y el peligro. Es casi un insulto, una palabra pantalla que sirve para hablar del miedo a que negros, mestizos y extranjeros representen un peligro para los británicos blancos. Si eres inmigrante — incluso de segunda o tercera generación— es algo personal. Tú *eres* el multiculturalismo. Quien tiene miedo del multiculturalismo tiene miedo de *ti*. Y, para emplear la palabra «negro» en el sentido que tenía en la política de la década de 1980, la «problemática de la inmigración» tiene menos que ver con quién es negro que con quién *no es* un británico blanco.

Durante la campaña para el referéndum sobre la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea, la organización Vote Leave (Vota Salir) aseguraba, en sus textos de campaña, que «hubo 475.000 nacimientos, entre 2005 y 2014, en los que la madre procedía de otros países de la Unión Europea; es el equivalente a sumar una ciudad del tamaño de Manchester a la población». ⁴ La afirmación quedaba disimulada en medio de una argumentación sobre la «presión» a la que se ve sometido el Servicio Nacional de Salud por culpa de los inmigrantes, pero no era la primera vez que yo la oía. En Estados Unidos, la frase «bebé ancla» se usa en sentido peyorativo para advertir en contra de los hijos de inmigrantes nacidos en el país. Casi parece que estén hablando de una invasión. El Reino Unido no es ajeno a ese tipo de lenguaje punitivo. En 2016, un hospital valoró la posibilidad de realizar controles de pasaporte a los pacientes no de urgencias —incluidas mujeres embarazadas— antes de proporcionarles tratamiento. ⁵ Un cartel del UKIP durante la campaña por el referéndum decía: «Queremos que nos devuelvan nuestro país: vota para salir». ⁶ La última vez que oí el eslogan «queremos que nos devuelvan nuestro país» fue en la ciudad en la que cursé mis estudios universitarios, cuando la Liga de Defensa Inglesa, un grupo de extrema derecha, organizó una protesta sobre lo que llamaban la «islamización» del Reino Unido. Otra variación de esa misma frase —«recuperemos nuestro país»— es uno de los eslóganes de Britain First. Una encuesta de Ipsos MORI publicada días antes del referéndum de la Unión Europea confirmó que la inmigración era la preocupación principal de los partidarios de la opción de salir. ⁷ Lo que antes era de extrema derecha de repente formaba parte de la corriente mayoritaria.

No es nada nuevo. Desde hace mucho tiempo, los partidos políticos de extrema derecha se han apropiado de la lucha anticolonial de los nativos americanos y australianos para crear una ficción sobre los acosados indígenas británicos blancos que viven bajo el asedio de la inmigración. En torno a la misma época en la que la Liga de Defensa Inglesa organizaba manifestaciones en la ciudad en la que yo estudiaba, varios de mis amigos se amontonaron en mi

habitación, en la residencia universitaria en la que vivía, para ver en televisión al antiguo líder del Partido Nacional Británico, Nick Griffin, en el programa de la BBC *Question Time*. Escuché, sin dar crédito a mis oídos, que decía: «Nadie aquí se atrevería a ir a Nueva Zelanda y decirle a un maorí: “¿Cómo que indígena?”. No te atreverías a ir a Norteamérica y decirle a un piel roja: “¿Cómo que indígena? Todos somos iguales”». Más adelante dijo: «Los indígenas de estas islas, los ingleses, escoceses, irlandeses y galeses [...] son las personas que han estado aquí ininterrumpidamente durante los últimos 17.000 años. Nosotros somos los aborígenes aquí [...]. El hecho es que la mayoría de los británicos descienden de personas que han vivido aquí desde tiempo inmemorial. Es extraordinariamente racista, es genuinamente racista intentar negar lo inglés. Ni siquiera dejáis que aparezca el nombre en el formulario del censo. ⁸ Eso es racismo. Y esa es la razón por la que la gente está votando al Partido Nacional Británico».

Al parecer, para Nick Griffin aceptar al que es diferente equivale a hacer desaparecer la britanidad blanca. El confort de su privilegio blanco le impide ver que él forma parte de la mayoría y que sus necesidades ya están siendo atendidas. En su monólogo en *Question Time*, Griffin apeló al sentido británico de la justicia e invocó la imagen de una minoría blanca asediada que pierde el control de su legado y su cultura. Para más inri, lo hizo apropiándose del sufrimiento de los negros y mestizos a los que los blancos británicos habían colonizado, violado y golpeado en nombre de la cultura blanca británica.

En el Reino Unido, existen leyes que regulan la difamación y que hacen que puedas meterte en un lío si publicas un texto que ataca a alguien y no le concedes el derecho a réplica en ese mismo texto. Creo que un libro que habla en profundidad sobre el racismo en el Reino Unido no puede pasar por alto la enorme influencia que Nick Griffin y el Partido Nacional Británico han tenido en el modo en que hablamos de racismo hoy. De modo que me vi en la posición de tratar de ponerme en contacto con Nick Griffin, un hombre que, a lo largo de toda mi vida, ha combatido abiertamente la idea de que

personas como yo puedan ser de verdad británicas, y que lideró un partido que defiende que mi familia mestiza es una abominación.

Un periodista con el que trabajo, y que se había visto en mi misma situación unos años antes, me proporcionó la dirección de Nick Griffin. Le escribí una carta. Contestó al día siguiente, accediendo a hablar conmigo. Le sugerí que nos viéramos en las oficinas de mi editorial. Rechazó la propuesta, alegando que ya apenas iba a Londres, porque es «en gran parte un país extranjero». Acordamos hablar por teléfono al día siguiente.

Yo estaba viviendo todo ese proceso con mucha preocupación, pero decidí que iba a usar mi propio número de teléfono para llamarle, en un intento por ser lo más transparente y honesta posible. Necesitaba la entrevista, al fin y al cabo, y actuar con suspicacia u ocultar información no iba a ayudarme a conseguirla. El caso es que le facilité mi número de teléfono personal a uno de los más célebres líderes de la extrema derecha británica de los últimos cincuenta años. Sabía que, si él quería, podía hacer de mi vida un infierno en un instante. Podía decidir publicar en internet mi número. Era algo que había hecho en otras ocasiones: en 2012 hizo pública la dirección de una pareja gay. ² Mi única garantía era que los dos teníamos algo del otro: yo tenía su número de teléfono y su dirección de email. De modo que me arriesgué. La conversación que mantuvimos fue tan surrealista que la publico a continuación al completo.

RENI EDDO- LODGE : En 2009 usted vino a decir que los británicos blancos eran una minoría étnica en el Reino Unido. ¿Sigue creyendo lo mismo?

NICK GRIFFIN : No que lo son. Que lo serán.

De acuerdo, ¿por qué cree que las personas blancas acabarán siendo una minoría étnica en el Reino Unido?

Es una realidad demográfica. Si quiere comprobarlo, hable con el profesor Coleman de la Universidad de Oxford. Es probablemente el mejor demógrafo del Reino Unido. A partir de cifras del Gobierno, no de cifras mías, predijo hace unos años que seremos una minoría en nuestro propio país al acabar

el siglo, como tarde. Eso era al ritmo de crecimiento que teníamos entonces, pero, desde luego, el ritmo de crecimiento ha ido a peor. De modo que no hay ninguna duda sobre lo que ocurrirá. No solo en el Reino Unido, sino en toda la Europa occidental.

Pero en la actualidad en el Reino Unido el 81,9 % de la población es blanca. ¿No le parece un poco inverosímil?

No, así es como funciona la demografía. La población británica es muy amplia en comparación con el resto, en eso tiene razón. Pero si observa la diferencia de edad entre poblaciones, verá que la población británica está compuesta de dos oleadas de *baby boomers* que, en los próximos veinte años, van a empezar a desaparecer a un ritmo imparable... Va a ir en aumento. El perfil de edad de gran parte de las poblaciones inmigrantes es mucho más joven, de modo que tendrán más hijos. No es conmigo con quien está discutiendo, debería ir y discutir con el profesor Coleman. Es uno de los mejores demógrafos del mundo, y usted y yo no lo somos. Lo que dice es cierto. No hay ninguna duda.

En ese caso, ¿por qué considera esas proyecciones como algo negativo?

En mi opinión, esa es una pregunta racista. Porque ninguna persona blanca se atrevería a ir, por decir algo, a Nigeria, si a Nigeria estuvieran llegando muchísimos chinos, y decir: «¿Por qué os parece mal que Nigeria deje de ser Nigeria?». Es indiscutible que todos los pueblos del mundo tienen el derecho de seguir siendo la población predominante, desde el punto de vista cultural y étnico, en su propio país. Cualquiera que diga lo contrario, solo porque nosotros somos europeos, es un racista.

Ya veo. O sea que soy racista.

No, no, no estoy diciendo que usted sea racista. Es decir eso, con ese punto de vista. [Si está de acuerdo en] tener menos derechos que los nigerianos, entonces es usted racista. Si le parece bien que los nigerianos se conviertan en chinos, entonces usted no es racista, usted está loca.

De esto hace mucho tiempo, de modo que por favor acláreme si es cierto: ¿puede ser que el BNP tuviera una regla, o algún tipo de comunicado en su página web, en contra de las relaciones entre personas de razas distintas?

Sí.

¿Es una idea que usted comparte?

Creo que es lamentable que un pueblo desaparezca por un exceso de integración racial. Muhammad Ali dijo exactamente lo mismo. Creo que la naturaleza, o Dios, hicieron a las personas distintas, únicas y maravillosas todas ellas, y que es una lástima que nos hayamos fundido, en todo el mundo, en una sola masa indistinguible. Es una pena. Dicho lo cual, no le corresponde a ningún Estado determinar quién se enamora de quién.

¿De modo que considera que la población blanca británica está siendo atacada por la inmigración y el mestizaje?

Creo que la identidad de todos los pueblos de Europa está siendo amenazada por la inmigración masiva, la integración y el mestizaje, que no son cosas que ocurran porque sea lo natural, sino porque todos los medios de comunicación de masas las promocionan y dicen que son buenas. Es una política deliberada, eso está claro. Coudenhove-Kalergi, el hombre que fundó la Unión Europea, decía abiertamente en 1926 que la idea [era] hacer desaparecer las naciones de Europa en términos constitucionales, pero también en términos de las personas que formaban parte de ellas. A través de la inmigración masiva y de la asimilación masiva. Ingeniería social para conseguir la asimilación, eso es lo que está ocurriendo. Sufrimos un ataque. No de los inmigrantes, sino de una élite que quiere utilizar a los inmigrantes para hacer desaparecer las naciones de Europa.

Tengo entendido que fue el Gobierno británico, en particular en el periodo de posguerra, el que decidió traer a personas de toda la Commonwealth a trabajar aquí. ¿No le parece un poco hipócrita sugerir que esa gente, a la que en ocasiones se le ha pedido que viniera, y que en ocasiones viene de países que han sido gobernados por el Reino

Unido...? Si vienen a pedir su trozo del pastel, ¿por qué es injusto?

Es injusto por las consecuencias que tiene para el Reino Unido. No culpo a los inmigrantes. Tiene usted razón, si el Gobierno los apoya, si funcionarios de alto nivel les han animado a venir... Es la gente que controla los medios de comunicación, las grandes corporaciones, los grandes negocios que buscan mano de obra barata, quienes minan el poder de la mano de obra organizada y sindicada. Es a ellos a quienes hay que culpar, no a los inmigrantes.

¿Por qué señala a los medios de comunicación cuando muchos de nuestros medios, en el Reino Unido... es decir, son propiedad de solo unos pocos, eso es verdad, pero aun así muchos, sobre todo la prensa sensacionalista que tenemos, es explícitamente antiinmigración?

Tenemos prensa así, sí. Explícitamente antiinmigración. Pero en general es una prensa que acepta las consecuencias genocidas de la inmigración masiva. De modo que no es para nada una prensa nacionalista. Y en términos de la prensa que de verdad influye en lo que la gente piensa y hace, no hay comparación entre los medios escritos y lo que la gente ve. Es el poder de las películas de Hollywood, es el poder de las noticias de la televisión y es el poder, en particular, de las series de sobremesa. Esas son las cosas que son especialmente efectivas a la hora de cambiar el modo en que la gente ve el mundo y de cambiar lo que hacen. Un periódico, al margen de cómo cuente las noticias, está impreso. No tiene el poder de los medios audiovisuales. Los medios audiovisuales, que son propiedad de muy pocos y que dirigen un grupo de personas que quieren todas lo mismo, esos son los que de verdad influyen. Olvídense del *Daily Mail*, son las series de sobremesa las que deciden cómo le funciona la cabeza a la gente.

Cuando dice que esas personas todas quieren lo mismo, ¿a qué se refiere? Porque yo trabajo en medios de comunicación y son muy blancos. El periodismo británico es algo así como un 96 % blanco. Las redacciones no son lugares especialmente multiculturales.

No, no, no, no lo son, pero son parte de la hipocresía de la élite liberal. Quieren que la clase trabajadora normal y corriente disfrute de la tremenda diversidad y de los beneficios que acompañan a la inmigración masiva. Pero no lo quieren para sí mismos, ¿verdad? No lo quieren para sus hijos. Los Rupert Murdoch de este mundo quieren poder y riqueza, y no quieren que nadie ponga eso en peligro. Las corporaciones, el 1 % del mundo, son muy conscientes de que están saqueando nuestros servicios públicos, nuestros recursos. Antes era el Tercer Mundo el que sufría el saqueo y el colonialismo de Occidente. Ahora son las corporaciones las que nos saquean a nosotros y saben muy bien que antes o después vendrá un pueblo soberano, un pueblo europeo, con su identidad aún intacta, y dirá que basta de saqueo, que lo quiere todo de vuelta. De modo que el único modo de conseguir que el saqueo sea permanente es librándose de las personas que de otro modo dirían «hagamos una revolución».

¿Cree que el hecho de que el Reino Unido se adapte a la diferencia, acepte a personas de diferentes razas y culturas, equivale a hacer desaparecer la britanidad blanca?

A pequeña escala, no. Pero a gran escala ese es el objetivo y el inevitable resultado, sí.

Mis padres son de un país [que formaba parte] de la Commonwealth, y yo tengo pasaporte británico. Nací y crecí aquí. Cuando dice esas cosas, y aunque diga que es la élite la que tiene unos objetivos y demás, hace que alguien como yo se sienta muy poco bienvenida. Hay muchos, muchos inmigrantes de segunda generación que se sienten muy británicos.

Usted es muy joven. Le recomendaría que saliera pitando de este país y se fuera a tener hijos a algún lugar decente, quizá a alguno relacionado con su propio origen, porque el Reino Unido es un lugar, hablando en plata, completamente jodido.

Nick Griffin es un ejemplo extremo, pero expresa los mismos miedos que son evidentes en las quejas a media voz, llenas de resentimiento, de los británicos que se resisten al cambio, que también son los que pasan el tiempo suspirando por una versión nostálgica del Reino Unido que nunca existió.

El miedo a un planeta negro insinúa que las personas de color están compitiendo de forma injusta por recursos valiosos, escasos y racionados, y que tener a más personas de color en posiciones de poder podría inclinar la balanza de forma drástica a su favor. Para algunos, cada vez que se inaugura un restaurante de curry, abre un colmado polaco o los supermercados Sainsbury's amplían la sección de comida étnica, los británicos blancos dan un paso más, sin saberlo, hacia el estatus de minoría. Otros boicotean la comida halal, aseguran que porque resulta cruel sacrificar animales así, como si en la muerte animal hubiera diferentes grados y solo algunos de ellos les permitieran deglutir sus hamburguesas con la conciencia tranquila. El miedo a un planeta negro es el miedo a la pérdida.

Ese miedo también se encarna en el arraigado malestar hacia todo lo que tenga que ver con hablar de antirracismo o con las protestas antirracistas. Se materializa, formulado en el peligroso marco de la «libertad de expresión», cuando una persona con valores antirracistas manifiesta su indignación ante un suceso. Es entonces cuando se le dice a esa persona que al mostrar su desacuerdo pone límites, en realidad, a la libertad de expresión.

El movimiento británico Rhodes Must Fall (Rhodes debe caer) vio la luz en 2015. Inspirándose en protestas similares que habían tenido lugar en la Universidad de Ciudad del Cabo, en Sudáfrica, estudiantes de la Universidad de Oxford se marcaron como objetivo conseguir que retiraran la estatua del empresario colonial Cecil Rhodes de su campus universitario. Además de fundar la compañía minera De Beers Consolidated Mines (que acabaría siendo la compañía proveedora de diamantes De Beers), Cecil Rhodes tuvo un papel clave en la expansión del Imperio británico en el sur de África, porque creía que la británica era «la mejor raza del mundo». El proyecto colonial de Rhodes expulsó a muchos africanos de sus tierras. El país que ahora conocemos como Zimbabue se llamó durante un tiempo Rodesia, por Rhodes. Los ciudadanos del país trataron de hacer frente al dominio británico, y lo pagaron con sus vidas. Para muchos, Rhodes fue el padre del *apartheid* sudafricano. Durante sus años en el Reino Unido,

fue alumno del Oriel College de Oxford, que erigió una estatua en su memoria. Fue en 2015 cuando los estudiantes de la universidad hicieron saber alto y claro que querían que la estatua de Rhodes desapareciera.

Aquello desató un debate nacional sobre qué hacer con la estatua. Se acusó a los manifestantes negros de ser antidemocráticos. «Cecil Rhodes era racista —decía un titular—, pero no se le puede eliminar así como así de la historia.» Extraña conclusión, porque pedir que retiren una estatua no es lo mismo que eliminar con tìpex el nombre de Cecil Rhodes de los libros de historia. La campaña Rhodes Must Fall no pedía que se hiciera desaparecer a Rhodes de la historia. No, lo que hacía era cuestionar si se le debía rendir homenaje. Los que se oponían a la campaña —entre ellos lord Patten, vicerrector de la Universidad de Oxford— decían que los estudiantes, al ejercer su derecho democrático a protestar, estaban de hecho atentando contra la libertad de expresión. Como armaban alboroto, alteraban la actividad del centro y ponían en evidencia que había un problema, resulta que se habían convertido ellos mismos en el problema. El caso es que costaba creer que lord Patten únicamente quisiera un debate libre y justo, y un saludable intercambio de opiniones en su campus. Lo que parecía es que quería silencio, el tipo de calma tensa bajo la que hierve el resentimiento, el tipo de calma que requiere que unos sufran para que otros estén a gusto.

Es sencillamente falso que el movimiento Rhodes Must Fall pusiera límites a la discusión. Las protestas llevaron a las noticias del horario de máxima audiencia aspectos poco conocidos del papel del Reino Unido en la colonización de África y puso los hechos al alcance de una audiencia que casi seguro que no había oído hablar de ellos en la escuela. Lo que los manifestantes lograron fue lo opuesto a limitar el debate. Que se le diera la vuelta a los objetivos de la campaña pone de manifiesto el truco de prestidigitación pasivo-agresivo y racista del que pocas veces se libran las conversaciones sobre esta cuestión en el Reino Unido.

A esa supuesta lucha por la libertad de expresión a duras penas se la puede llamar debate. Es unilateral, y quien ostenta el poder no deja de modificar los términos y condiciones.

Pretender que la oposición al discurso y a las protestas antirracistas forma parte de la noble lucha por la libertad de expresión no es más que un intento de proteger a las personas blancas de cualquier tipo de crítica. Es como si hubiera blancos que creyeran que una acusación de racismo es peor que el propio racismo. Si los detractores de Rhodes Must Fall de verdad hubieran creído en la libertad de expresión, habrían dejado que el debate público se produjera, en lugar de acusar hipócritamente a los negros de impedirles hablar con libertad. Habrían participado en la discusión, en lugar de echar mano de trucos intelectualmente deshonestos para desacreditar a los manifestantes. Creo que hay muchas personas blancas que tienen miedo de que aceptar la espinosa historia racial del Reino Unido equivalga de algún modo a admitir una derrota.

Rhodes Must Fall fue un ejemplo a pequeña escala de cómo funciona la injusticia racial en el Reino Unido. Y funciona gracias a que es normal. Es prosaica. Nadie la cuestiona. Es parte del paisaje; puede que pases por su lado cada día. Para quienes se oponen al antirracismo escudándose en la libertad de expresión, estar en contra de las flagrantes disparidades raciales tiene más que ver con la «ofensa» que con las muy desiguales condiciones materiales que soportan las personas que cargan con ese lastre. Esos falsos defensores de la libertad de expresión llevan unas vidas tan cómodas que no hay nada material de lo que puedan quejarse, de modo que pasan gran parte de su tiempo libre maldiciendo la «cultura de la ofensa». Al poner en el centro del debate la ofensa y no su propia complicidad con un sistema tremendamente injusto, consiguen que la responsabilidad de arreglar el sistema deje de ser de aquellos que se benefician de él y pase a serlo de los que tienen más posibilidades de perder por su culpa. Convierten, así, un debate sobre justicia en un debate sobre hipersensibilidad. Y aquellos a los que racismo tiende a complicarles la vida tienen que ver cómo les dicen que es lo que hay y que no pueden tener la piel tan fina.

La libertad de expresión forma parte de los cimientos de una democracia libre y justa. Pero seamos sinceros y tengamos el valor de analizar a quién se permite hablar, dónde y por qué. El verdadero examen sobre el perímetro de libertad de este

país tendrá lugar cuando una persona pueda hablar de racismo libremente, sin que se la someta a intentos intelectualmente deshonestos de desautorizar sus argumentos. Si la libertad de expresión tiene que ver también, como muchos insisten, con estar dispuesto a oír opiniones que no te van a gustar, abramos entonces los parámetros de lo que consideramos un debate aceptable. Y no me refiero a nuevas formas de expresar el viejo fanatismo. Lo que quiero decir es que, ya que ese fanatismo vamos a tener que escucharlo, que sea frente a un punto de vista opuesto, y en igualdad de condiciones. Si Katie Hopkins, en el periódico *The Sun*, publica una columna en la que califica de cucarachas a los refugiados que tratan de llegar, desesperados, al Reino Unido, [10](#) hagamos que otro columnista abogue por la compasión y por las fronteras abiertas. No estoy hablando de ese tipo de liberalismo descafeinado que insiste machaconamente en mencionar las contribuciones culturales y económicas de los migrantes, como si estos fueran recursos a los que exprimir hasta dejar sin nada, sino de que alguien defienda a los migrantes y a las fronteras abiertas con la misma energía con la que Hopkins los menosprecia.

Ya es hora de que el antirracismo obtenga también los beneficios de la apasionada defensa de la libertad de expresión de la que disfrutaban las afirmaciones racistas. Libertad de expresión quiere decir libertad para expresar las diferentes formas de vivir la raza que existen. Libertad de expresión no quiere decir que tienes derecho a decir lo que quieras sin que nadie pueda refutarlo. Es saludable que el discurso y las ideas racistas sean cuestionados en la esfera pública. Pero el miedo blanco trata de evitar que ese debate tenga lugar.

El miedo a un planeta negro existe no solo en el mundo real, sino también en el mundo de la ficción. Cuando, a los cuatro años, asumí que nunca sería blanca, hallé refugio en los personajes de ficción blancos, tanto británicos como estadounidenses, en los que podía verme reflejada. Durante mucho tiempo, se daba por supuesto que los héroes de ficción más queridos eran blancos, porque lo blanco era lo universal. Es en el cine, la televisión y los libros donde vemos las más poderosas manifestaciones de lo blanco por defecto. Un

personaje no puede ser negro sin un preaviso dirigido a una audiencia que se supone blanca, es así de simple. De hecho, se asume que es difícil que el espectador se identifique con un protagonista negro (con la única excepción de unas pocas superestrellas de Hollywood). Y, cuando al elegir el reparto de una película o de una serie de televisión, se da el paso de escoger a alguien que no es blanco, los fans muestran una y otra vez su peor cara, y hacen notar su descontento, disgusto y decepción. El miedo a los personajes negros es el miedo a un planeta negro.

El ataque informático que sufrió Sony Pictures en 2014 sacó a la luz una serie de correos electrónicos en los que su presidenta, Amy Pascal, se mostraba partidaria de que el actor negro Idris Elba fuera el nuevo James Bond. Un año después, coincidiendo casualmente con la promoción de su último libro, Anthony Horowitz acabó disculpándose por decir que Idris Elba era demasiado «barriobajero» para interpretar al icónico personaje británico. ¹¹ En las redes, se desató un debate furibundo sobre si un Bond negro podría ser válido. Semejante alboroto por la posibilidad de que James Bond, el epítome de la britanidad más impecable y seductora, pudiera ser mancillado por un atisbo de negritud, puso de nuevo en evidencia los límites de lo que significa ser británico. Cuando los periódicos se hicieron eco de la posibilidad de que Idris Elba fuera Bond, los comentarios casi rompen internet. «No volveré a ver una película de Bond», rugía un lector del *Daily Mail*. ¿De qué tenían miedo? Nadie mostró semejante preocupación por la posibilidad de echar a perder un clásico cuando la novela de Charles Dickens *Oliver Twist* se convirtió en una película protagonizada por un gato de dibujos animados.

Cuando se supo que en la séptima película de la saga de *La guerra de las galaxias* el actor negro británico John Boyega iba a interpretar a un soldado imperial, una cohorte de internautas furiosos tomó las redes sociales pidiendo que se boicoteara la película, a la que se acusaba de propaganda antiblanca. Únicamente porque dos de los héroes de la película eran negros y todos los villanos eran blancos. Ecos de Nick Griffin hicieron su aparición en los rincones más oscuros de

internet, donde se insistía en que semejante reparto era parte de un ambicioso proyecto cultural que tenía como objetivo instigar un genocidio blanco. Había miedo, y estaba relacionado con el temor, muy extendido entre los nacionalistas blancos, a que las personas de raza blanca acaben siendo una minoría en el mundo occidental.

En las semanas previas a las Navidades de 2015, internet se dividió en dos bandos ante la posibilidad de una Hermione Granger negra. Acababa de anunciarse el reparto de *Harry Potter y el legado maldito*, una obra de teatro ambientada diecinueve años después del final del séptimo libro de la saga. El papel de Hermione Granger iba a interpretarlo Noma Dumezweni, una actriz negra de origen sudafricano. La noticia causó alborozo pero también indignación. Algunos fans se obsesionaron con una frase de *Harry Potter y el prisionero de Azkaban* —«La cara pálida de Hermione asomaba por detrás de un árbol»— a modo de prueba incontrovertible de que no contratar a una actriz blanca era un sacrilegio.

De niña era fan de Harry Potter, fan de verdad, de las que hacían cola en el exterior de las librerías la noche antes del lanzamiento de una novedad y leía a toda velocidad los libros en cuanto caían en mis no demasiado limpias manos, para saber el final antes que todos mis amigos. De qué raza fuera Hermione era algo que no me importaba mucho entonces, pero cuando en *Newsround*, el programa informativo para niños de la CBBC, anunciaron que se abrían las audiciones para el reparto principal de la película, cogí mi ejemplar de *Harry Potter y el prisionero de Azkaban* y me paseé, a mis once años, por el jardín trasero de mi casa leyendo en voz alta todos los diálogos de Hermione. Aunque jamás me presenté a las pruebas, porque de algún modo sabía que si el libro no decía explícitamente que Hermione era negra, entonces es que probablemente no lo era. No habría tenido sentido presentarse a la audición.

Por eso mismo fue maravilloso que J. K. Rowling saliera en defensa de una Hermione negra, desmintiendo a los airados literalistas, en un tuit en el que decía que el personaje «nunca se especificó que tuviera la piel blanca». Lo que pasa es que cuando te acostumbras a que el blanco sea el color por defecto,

el negro no es negro a menos que se especifique que lo es. Ya de adulta, y todavía fan de Harry Potter, yo había empezado a imaginarme a Hermione Granger, con su campaña por la liberación de los elfos domésticos, como una liberal blanca, con buenas intenciones pero también cierto sentimiento de culpa, que emprendía la causa de la justicia social con entusiasmo pero en el fondo sin tener en cuenta las opiniones ni sentimientos de aquellos por los que luchaba. Fuera del mundo mágico, Hermione trabajaría en una ONG o en una organización benéfica, o ascendería los peldaños de la burocracia de la Organización de las Naciones Unidas. Con su sólida brújula moral, se mostraría educada pero inflexible en su defensa de los derechos de los animales o el calentamiento global.

Lejos de arruinar nuestras obras de ficción preferidas, dejar de lado prejuicios sobre la raza de sus personajes expande infinitamente los universos ficcionales, ya sean el mundo mágico de Harry Potter o la galaxia de Star Wars. Lo señaló la videobloguera Rosianna Halse Rojas: [12](#) cambia mucho leer Harry Potter si Hermione es negra. Pone en evidencia hasta qué punto el lenguaje que se utiliza en el mundo mágico al hablar de la pureza de la sangre —se utilizan las expresiones «sangre sucia» y «sangre pura»— está racializado. Es una terminología que parece salida directamente de la Alemania nazi o del *apartheid* sudafricano. Los padres de Hermione eran *muggles*, al fin y al cabo, es decir, personas sin poderes mágicos, y así es como gobiernos y científicos han categorizado las razas e impulsado el racismo: como si determinadas ascendencias fueran contagiosas y se extendieran a través del linaje y la sangre. Una Hermione negra o mestiza que tiene que aguantar que sus iguales le espeten que es una «sangre sucia», a la que apartan de sus padres, a la que le dicen que es especial y parte de una raza del todo distinta, podría sentir un gran deseo de asimilarse, de ser aceptada. Normal que se esfuerce tanto. Normal que les haga los deberes a sus amigos y levante siempre la mano en clase. Es un ejemplo de minoría de manual. Una Hermione negra o mestiza haciendo campaña para liberar a los elfos domésticos, tras seis o siete años aguantando insultos racistas, puede que

sea alguien que no tiene el valor de enfrentarse a sus iguales y que se aferra a algo que cree que sí podría cambiar.

Que a ciertos fans de Harry Potter les costara imaginar a una Hermione negra significa que no eran capaces de imaginar que una niña negra pueda ser precoz, inteligente, un poco marisabidilla, y tener un corazón de oro. Es una pena que no fueran capaces de concebir a unos padres negros discretos, sencillos, de clase media, que trabajan como dentistas. Es triste que en su cabeza la negritud vaya asociada sin remedio a un guion que siempre es el mismo, con estrictos parámetros acerca de cómo debe ser una persona. La imaginación de los detractores de una Hermione negra es capaz de entrever la posibilidad de que haya un andén secreto en la estación de tren de King's Cross al que solo se puede acceder lanzándose a la carrera a través de una pared de ladrillos; pero no puede concebir que haya un personaje principal que sea negro.

Se nos dice que es poco realista que los personajes principales de las obras de ficción sean interpretados por actores o actrices negros. Se nos dice que es inexacto en términos históricos o que requiere utilizar demasiado la imaginación. Pero, en realidad, lo que pasa es que una parte de la sociedad, una parte beligerante, se niega a ver más allá de ellos mismos, cree que todo debe de estar a su servicio y considera que los demás debemos adaptarnos a sus deseos y caprichos. Lo que es un insulto para el lector o espectador negro, que, si quiere disfrutar de su género preferido, no tiene más opción que empatizar con un personaje que no se le parece en nada.

Esta forma de pensar pone sobre la mesa el esfuerzo que supone identificarse, a cualquier nivel, con una humanidad negra. Para ellos somos una masa cambiante inidentificable, un simple rebaño de bestias. No conciben que los personajes negros puedan ser sofisticados como James Bond o inteligentes como Hermione Granger. Mientras que los que no somos blancos nos hemos visto obligados a identificarnos con las vidas de protagonistas blancos desde los inicios del cine. El miedo a un planeta negro destruye la ficción de calidad, y pone en evidencia el modo en que el racismo se interpone en el camino de la empatía humana. Los personajes que no son

blancos llevan tanto tiempo relegados al papel de mejor amigo del protagonista o de cuota racial que, para algunos, la idea de verse reflejado en un protagonista de piel negra es un concepto completamente ajeno. Se nos ha asignado el papel del «otro», y solo ocupamos el centro de la escena cuando se quiere hablar de sometimiento o como interludio humorístico. Las personas blancas están tan acostumbradas a ver un reflejo de sí mismas siempre, en todas las representaciones de la humanidad, que solo lo notan cuando deja de ser así.

El miedo a un planeta negro se manifiesta en la apropiación del lenguaje de la liberación para describir el resentimiento, la ira y la disconformidad de los blancos. Se habla de justicia, sin reconocer lo que ya es injusto. Se manifiesta en una concepción rígida y vacía de la libertad de expresión (entendida generalmente como la última frontera en la lucha por ser abiertamente intolerante sin que haya repercusiones). El miedo a un planeta negro es la consecuencia del cambio social y demográfico, y el Estado debe rendir cuentas por ello. Hay un viejo proverbio que dice que la homofobia de los heterosexuales tiene que ver con el miedo a que los hombres homosexuales los traten a ellos como ellos tratan a las mujeres. No es muy distinto lo que ocurre en este caso.

Y es un miedo completamente infundado. El poder y la riqueza en este país sigue estando en pocas manos, todas muy blancas, y el poder nunca se rinde sin plantar batalla. Las oportunidades que tendrás en la vida siguen estando del todo influidas por tu raza y tu clase. El cambio demográfico puede que haya hecho posibles algunas victorias a nivel de representatividad en la cumbre, pero estamos lejos de una supremacía negra del estilo de la de *Pares y nones* . ¹³ En cualquier caso, no es ese el tipo de mundo que los antirracistas imaginan cuando hacen campaña a favor de la justicia. El suyo siempre ha sido un intento de redistribuir el poder, no de invertirlo.

La paradoja, desde luego, es que aquellos que se oponen al antirracismo se han puesto a sí mismos en una situación de doble ciego. Es un poco como el gato de Schrödinger. Si, como dicen, el racismo no existe, y la población negra no tiene

motivos de queja, ¿por qué temen que la población blanca pueda convertirse en la nueva minoría? Habrá que esperar al 2066 —la fecha en la que se supone que las personas blancas serán una minoría en el Reino Unido— para averiguarlo.

La cuestión del feminismo

Un día de octubre de 2012 me senté a teclear con furia, en una fría biblioteca universitaria, un artículo para mi blog sobre raza y feminismo. Tenía que estudiar, pero estaba tan furiosa que apenas conseguía estar quieta. La serie de televisión *Girls*, de Lena Dunham, acababa de estrenarse en medio del aplauso de la crítica. Todo el mundo la consideraba un reflejo fiel de la vida de las mujeres jóvenes. Las protagonistas trabajaban en puestos poco cualificados mientras esperaban a que su vida empezara. Discutían entre ellas y se enfrentaban a celos, mezquindades y conflictos con el modo en que percibían su propio cuerpo. Características todas ellas que yo veía en mis amigas y en mí misma. La mayoría trabajábamos día y noche, combinando prácticas no remuneradas con turnos de camarera en un bar o de dependienta, convencidas de que un día cosecharíamos la misma recompensa por nuestro duro trabajo que la generación que nos había precedido, que tendríamos un trabajo de nueve a cinco y un lugar donde vivir. Creíamos que, si nos esforzábamos lo suficiente, podríamos dejar atrás la sensación de pánico que te invade cuando no acabas de tener claro cómo vas a pagar el próximo recibo de alquiler. La situación de las protagonistas de *Girls* me resultaba muy familiar. Pero la serie, ambientada en Nueva York, era abrumadoramente blanca. Y por esa razón costaba tomarse en serio a los críticos que insistían en que era la serie más feminista de la televisión en décadas.

A raíz de la serie, empezó a gestarse uno de los debates más importantes de los últimos años sobre el problema que tiene el feminismo con la raza. Algunos alegaban que habría sido formulario que Dunham hubiera incluido personajes negros en su serie solo por quedar bien. Otros decían que era absurdo situar una serie de televisión con un reparto enteramente blanco en una de las ciudades con más diversidad racial de todo Estados Unidos. Para mí lo que estaba pasando era evidente. En realidad, aquello no iba sobre una serie de televisión, aunque la serie era un síntoma de un problema mayor. Como conclusión de mi artículo, escribí: «Cuando las feministas son capaces de ver que un panel compuesto solo por hombres es un problema pero no

son capaces de ver por qué una serie en la que solo aparecen blancos lo es también, vale la pena preguntarse por quién están luchando en realidad».

Visto en perspectiva, la representación y la inclusión de rostros negros en la pantalla no era lo que me había llevado a esa situación. No era que nos vieran, o que nos incluyeran. Estaba más que acostumbrada a no ver representaciones positivas de la población negra en la cultura popular. Que en una serie de televisión todos los personajes fueran blancos no era nada nuevo para mí. No, lo que me molestaba de verdad era la facilidad con la que las personas blancas defendían sus espacios y ámbitos blancos. La suya era una burbuja impenetrable y su feminismo quedaba pulcramente dentro. No solo eso: a esas feministas que aseguraban que abogaban por un mundo mejor para todas, las mujeres de color les importaban una mierda. La igualdad de género era algo que había que lograr, pero el racismo podía languidecer en una esquina.

Hubo otras situaciones parecidas en los años siguientes. Solo unos meses después, la cantante pop Lily Allen lanzó su primer vídeo musical, *Hard Out Here*, después de un largo paréntesis lejos de los escenarios. Lo que ocurrió a continuación, por lo que se refiere al debate sobre el racismo, fue similar al frenesí que se desató en torno a *Girls*. Una mujer blanca, joven y con éxito, lanza un trabajo que recibe alabanzas de inmediato, y que se considera sincero, cercano y totalmente, plenamente feminista, el himno definitivo para todas las jóvenes de cualquier lugar. En este caso, no fue la falta de mujeres negras lo que encendió los ánimos. Había cuerpos negros en el vídeo, pero las bailarinas que aparecían tras Lily Allen llevaban muy poca ropa y sus movimientos eran una parodia de los bailes misóginos de los vídeos hiphoperos. Al mismo tiempo, ella denunciaba en la letra de la canción los techos de cristal y la cosificación, y claramente daba a entender que las chicas listas no necesitan desnudarse para tener éxito.

Pronto me quedó claro que lo mejor que podía hacer era dejar de prestar atención a cualquier cosa que recibiera la etiqueta de feminista en los medios de comunicación populares, porque seguro que iba a acabar decepcionándome. Lo que sí hice fue seguir escribiendo.

La víspera de Año Nuevo de 2013, a invitación de un productor de la BBC, acudí a participar en el programa *Woman's Hour*, de Radio 4. Parecía una propuesta inofensiva: se trataba de hacer balance del feminismo en aquel año junto a Laura Bates, del Everyday Sexism Project, y Caroline Criado-Perez, que en los meses anteriores había puesto en marcha una campaña para que en los billetes británicos aparecieran mujeres destacadas de la historia. Cuando tomé asiento en el estudio, me di cuenta de que yo era el único rostro negro de la sala. Fue la primera señal de alarma. Se unieron a mí Laura y la presentadora del programa. Caroline participaba por teléfono. Empezó la sección. Yo estaba nerviosa. Dije que no creía ser la abanderada de nada, pero que durante aquel año había estado escribiendo sobre la situación del racismo dentro del movimiento feminista —y mi frustración por la perspectiva obstinadamente blancocéntrica de las «líderes» del movimiento— y que me había dado cuenta de que muchas mujeres que no eran blancas se sentían exactamente igual que yo. «Ha habido un cambio de tendencia en el feminismo por lo que se refiere a esta cuestión —dije—. Ya no es posible ignorarla.» ¹

Me tocó entonces explicar por qué el feminismo estaba tan dividido y por qué creía que el feminismo necesitaba, para empezar, que su análisis tuviera en cuenta la raza. «¿Qué hay en el fondo de esas divisiones, y por qué la frase “revisa tu privilegio” se ha hecho tan popular?», me preguntaron. Esa fue la segunda señal de alarma. Formular la pregunta de ese modo sugería que el racismo no era algo que tuviera que preocupar a mis compañeras blancas. Había trabajado con Laura Bates anteriormente, y sabía que no era ese su caso. Pese a mi incomodidad, desarrollé por qué creía en la necesidad de realizar un análisis feminista que tuviera en cuenta la raza. En ese momento Caroline Criado-Perez aprovechó mi comentario para sacar a colación que había gente que había utilizado la perspectiva antirracista para acosarla e intimidarla en las redes.

El contexto de lo que estaba diciendo era perturbador. Pocos meses antes, la campaña de Caroline a favor de que aparecieran mujeres en los billetes bancarios había saltado a los titulares de todos los periódicos nacionales. La cobertura mediática provocó una reacción misógina y lo que parecía una campaña triunfal acabó siendo uno de los casos de acoso *online* de mayor

repercusión del Reino Unido. Cuando el Banco de Inglaterra anunció que incluiría una imagen de la escritora Jane Austen en el billete de diez libras, la campaña lo celebró como un éxito. Pero el acoso que vino a continuación hizo que Caroline recibiera amenazas de muerte. Hubo mensajes que aseguraban que habían puesto bombas en el exterior de su casa. Otros en los que anónimos con pésimas intenciones la animaban repetidamente a suicidarse. Al final, dos personas admitieron ser quienes habían enviado algunos de los tuits más despiadados. Fueron sentenciadas, por la Ley de Comunicaciones Maliciosas, a doce y ocho semanas de cárcel, respectivamente.

El comentario de Caroline aquel 31 de diciembre en *Woman's Hour*, que iba dirigido a desacreditar a los que la habían acosado en las redes, sonó como si, de algún modo, estuviera poniendo mi trabajo e ideología al mismo nivel que aquellos horribles, violentos mensajes que había recibido. Me sentí incluida en el acoso del que había sido víctima. En aquel estudio de la BBC, recayó sobre mí responder por las terribles experiencias de Caroline, lo que me puso en posición de defender los argumentos (que no compartía) de personas a las que no conocía. Me quedé sin palabras.

Aquel fue el precio de la representación. La abrumadora blanquitud del feminismo —en una sección de radio que habría sido del todo blanca de no ser por mi presencia— no se consideraba un problema. Había querido poner sobre la mesa que el feminismo no estaba exento de privilegio blanco, pero en lugar de eso me había convertido en su víctima.

La polémica estalló en internet en cuanto dejamos de estar en antena. Había personas tan horrorizadas como yo por lo ocurrido. Otras estaban convencidas de que yo era una mentirosa y una acosadora que había dirigido una campaña en las redes contra Caroline —lo que no era cierto— y que, al rebelarme ante su intervención, me estaba haciendo la víctima. Varias horas después escribí un artículo en mi blog en el que aclaraba lo ocurrido. Me resistí a hacerlo, pero mis amigos me animaron a ello.

Piensa en la última vez que escuchaste hablar sobre la naturaleza del racismo en los medios. Es un asunto que no ocupa el mismo espacio que el feminismo en la prensa del Reino Unido. Trata de recordar la última vez que oíste a una persona de color desafiar la virulenta retórica racista en torno a la inmigración en este país, o hacer constar el hecho de que el racismo estructural prevalece porque a las personas blancas se las trata mejor en la sociedad en la que vivimos. A mí se me concedió la

oportunidad de hacer todo eso, en directo, en la radio nacional. No me lo tomé a la ligera.

El esfuerzo coordinado de muchas mujeres blancas por hacer que el feminismo negro sea percibido como destructivo y disgregador hace que sea consciente de que aceptar esas peticiones de los medios es una espada de doble filo. Fue Audre Lorde quien dijo: «Si no me defino a mí por mí misma, otros me triturarán en sus fantasías y me comerán viva». Aunque a veces siento que me meto en la boca del lobo, sé muy bien que, si no acepto estas oportunidades, las prioridades de las feministas blancas que participan en la conversación harán que el feminismo negro se vea caracterizado bajo una luz equívoca y que no se lo represente adecuadamente. [...] Estoy cansada de este bloqueo tribal. Lo que dije en el programa es lo que siento: la solidaridad que compartimos solo se hará más fuerte si aprendemos de las luchas de las demás y reconocemos los distintos privilegios y desventajas con las que entramos en el movimiento.

Caroline se disculpó a primera hora de la tarde, con un tuit en el que decía: «Solo quería pedir disculpas por lo ocurrido esta mañana si dio la impresión de que de algún modo estaba sugiriendo que el abuso es algo de lo que tú has sido parte. No he querido insinuar eso en absoluto, pero puedo ver que, al estar yo respondiendo a tu comentario, podría haber sonado así. No he querido sugerir que me haya sentido maltratada por ti. No es así, porque por supuesto no me has maltratado. Solo quise aprovechar la oportunidad para hablar del acoso que he sufrido y de lo dañino que es, porque creo que es importante que deje de ocurrir. Pero quizá debería haber escogido un mejor momento o manera de decirlo. Y, por eso, lo siento».

Pese a su disculpa, el día fue a peor.

La exdiputada conservadora y autodenominada feminista de derechas Louise Mensch consideró apropiado intervenir y apoyar a Caroline. Empezó por enviarme un tuit: «Reni se ha equivocado y Caroline se ha equivocado al ceder ante su acoso. Yo no lo habría hecho». Le dije que estaba removiendo las aguas. Ella respondió: «Espero estar removiéndome contra tu francamente vergonzosa actitud, y no digo ninguna mentira. Estás acosando, estás tratando de hacer callar». ²

Por el crimen de atreverme a sugerir que el racismo sigue siendo un problema en el Reino Unido, sufrí el escarnio público de una exdiputada. Usar mi voz hizo que se me considerara una infame acosadora. Resucitaron viejos estereotipos racistas y me encontré siendo víctima de ellos. Yo era un problema social, una fuerza disruptiva, el trágico ejemplo de una comunidad problemática.

Años después, al empezar a escribir este libro, me puse en contacto con Caroline Criado-Perez con la esperanza de recabar su punto de vista sobre el desastre de *Woman's Hour*. No quiso hablar conmigo de lo ocurrido.

Pese a las malas experiencias a las que me he referido, el feminismo fue mi primer amor. Me proporcionó un marco para empezar a entender el mundo. Mi feminismo fue el germen de mi antirracismo, y fue la herramienta que me ayudó a forjar un sentimiento de autoestima. Descubrí el feminismo en el momento perfecto, a los diecinueve años, y me dotó de los recursos necesarios para navegar por la edad adulta, defenderme a mí misma y formar mis propios valores.

Supe que existía el feminismo pocos años antes de que despegaran del todo Twitter y Tumblr. Fue un poco a la vieja usanza. Como estudiante de literatura inglesa, se me había asignado una pila de libros que tenía que leer para un módulo sobre teoría crítica, lo que me llevó a descubrir *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir. Por improbable que parezca, me sentí interpelada por el libro y me encontré dándole furiosamente la razón a la ya fallecida existencialista francesa. Al escribir «ser femenina es mostrarse débil, inútil, pasiva [...], la autoafirmación le arrebatará a una mujer su feminidad y su capacidad de seducción» parecía estar describiendo toda mi existencia.

No encontré, sin embargo, entre los más próximos a mí a nadie que estuviera de acuerdo conmigo. Mi crítica a la misoginia de Shakespeare en *La fierecilla domada* durante un seminario universitario topó con la desaprobación de los demás estudiantes. Mis compañeras de clase, porque la mayoría eran mujeres, llegaron a la conclusión que «las cosas eran así entonces». De modo que busqué el feminismo en otra parte, y dediqué parte del dinero de mi préstamo estudiantil a viajar a conferencias y eventos feministas por todo el país. Conocí en aquellos años a muchas mujeres increíbles y llenas de entusiasmo, algunas de las cuales siguen siendo hoy buenas amigas mías. Ir a eventos feministas era todo un alivio para mí; era entrar en un espacio en el que la gente *lo entendía*. Sentían la misma rabia que yo, la misma frustración, la misma ardiente necesidad de hacer algo, lo que fuera, de cambiar este mundo horrible en el que vivimos. Ese deseo me llevó a salas diminutas y mal ventiladas en el

noroeste de Inglaterra, donde me sentaba en apretados círculos junto a mujeres de la edad de mi madre, y a trenes con destino a Londres, para ir a encuentros masivos, abarrotados de mujeres, jóvenes y ancianas, algunas recién llegadas al feminismo, otras comprometidas con él desde antes de que yo naciera.

Pero algo no acababa de encajar. El feminismo me estaba ayudando a convertirme en una mujer más segura de mí misma y con más capacidad crítica y, al mismo tiempo, me estaba ayudando a reconciliarme con mi negritud, una parte de mí misma que siempre había sabido que estaba rodeada de estigma. Había crecido junto a amigos blancos que me habían dicho que «no me veían como negra» y que yo «no era como otras personas negras». Hasta entonces, creía ser alguien que era «guapa para ser una chica negra», alguien que «hablaba bien por venir de donde venía». No podía entender por qué se hacían esas distinciones, pero tenía la sensación de que tenía que ver con la clase, la educación... y un latente racismo. Los círculos feministas en los que me había sumergido eran casi por completo blancos. Lo que no era un problema si no hablabas de racismo, pero, en el momento en el que lo hacías, se revelaba en sí mismo como una fuerza excluyente.

Muchas mujeres del ámbito feminista no podían entender por qué las mujeres de color necesitaban o querían un lugar de reunión propio, y encontraban la manera de socavar sutilmente la libre determinación de aquellas que decidían organizarse por su cuenta. En un encuentro feminista en el que había hojas de firma para cada grupo de discusión —para llevar un control del número de personas que asistía a cada uno—, alguien escribió, en la hoja del grupo de las feministas negras, «¿Por qué?», emborronándola con su ignorancia. En otro evento, una amiga organizó una sesión temática que llamó «El color de la belleza». La premisa era simple: a partir de una pila de revistas de moda y belleza, se trataba de deconstruir los estándares de belleza eurocéntricos. El planteamiento era digno de una escuela de primaria, a decir verdad. «¿Cuáles son las similitudes y diferencias que hay en estas imágenes?» Varias personas de mi grupo apuntaron a la delgadez de las modelos, mientras que yo, la única mujer negra de esa sesión, dije: «Son todas blancas». «Y todas tienen el pelo largo», se apresuró a añadir una mujer blanca. Educadamente, expliqué: «Sí, pero si tienes el pelo corto

puedes dejártelo largo, si quieres. Yo no puedo cambiar el color de mi piel para encajar en ese estándar de belleza». Sigo sin estar segura de que entendiera a qué me refería.

Hubo otras situaciones parecidas en las que se pasó de puntillas por la cuestión del racismo en los ámbitos feministas. No era ese el sitio para hablar de racismo, me decían. Hay otros lugares a los que puedes acudir para eso. Pero no estaba en mi mano decidir entre una cosa u otra. Mi negritud era tan parte de mí como mi feminidad, y no podía separarlas.

En mis tiempos de activista, me uní a un pequeño grupo de feministas negras, con la idea de poder decir lo que pensaba ante mujeres que tenían las mismas convicciones que yo, sin miedo al castigo social. Aquel era un espacio solo para mujeres de color. Nos reuníamos una vez al mes para desahogarnos y para apoyarnos mutuamente. Era un espacio que yo necesitaba con desesperación.

Mis reuniones mensuales con feministas negras tenían puntos de contacto con el viejo método de sensibilización del activismo feminista. El método lo usó por primera vez a mediados de la década de 1960 la organización New York Radical Women (Mujeres radicales de Nueva York), que a su vez lo heredó del movimiento estadounidense por los derechos civiles. En nuestro grupo de feministas negras, lo que hacíamos era hablar de nuestras vidas. Al hacerlo, aprendíamos las unas de las otras, y empecé a darme cuenta de que otras mujeres pasaban por lo mismo que yo. Juntas, nos preguntamos por qué. Examinamos lo que pensábamos que eran incidentes aislados y los relacionamos entre ellos en un contexto más amplio de raza y género.

Conocí a mi amiga Lola Okolosie en esas reuniones. Es escritora y profesora. «No estoy segura de que las primeras veces que quedamos la gente dijera “eso es racismo estructural” —me dijo cuando le pregunté por el objetivo del grupo—. Creo que a partir de las reuniones de cada mes, y de todas las cosas que pasaban entre una y otra quedada, surgió ese análisis, y enseguida empezamos a utilizar el término.

»Recuerdo que alguien describió lo que era y luego todas las demás en la sala dijimos: “Sí, eso me ha pasado a mí, ¿a que da rabia?”. La gente llegaba a la misma conclusión pese a que partía de niveles muy distintos. Algunas eran del ámbito académico,

otras no habían leído ninguno de los libros claves del feminismo. Cada una sabía cosas muy distintas. Pero todas describíamos, de algún modo, el mismo dolor, la misma frustración, los mismos momentos de indignación. Eso, para mí, era muy poderoso. Allí lo que decíamos no se veía como que nos quejábamos, como que estábamos siendo susceptibles... Era como que, oh sí, ellas lo entienden.»

Hablamos de por qué era tan importante para nosotras estar con feministas que no fueran blancas. «Su forma de ver las cosas te silencia —dijo Lola—. Incluso si tienes mucha seguridad en ti misma y te expresas de una forma muy abierta, tienes que frenarte. Porque, como persona normal que eres, no quieres pelearte. Y hay algo en decir la verdad de lo que supone ser una mujer negra en el Reino Unido que, si eres una persona blanca, sería ridículo no interpretar como que es algo que te implica.»

En el grupo de feministas negras utilizábamos el término «interseccionalidad» para referirnos a la encrucijada entre dos discriminaciones distintas —racismo y sexismo— en la que se encuentran quienes son a la vez mujeres y negras. Según la investigadora y feminista negra Kimberlé Crenshaw, fueron sus estudios de Derecho lo que la llevaron a acuñar la expresión, hoy de uso general. El día que la conocí, en la embajada de Estados Unidos en Londres, me dijo: «Aquello empezó cuando me di cuenta de que a las mujeres afroamericanas no se les reconocía estar [...] sufriendo una discriminación que reflejara tanto su raza como su género. Los tribunales decían que si no experimentabas el racismo de la misma forma en que lo experimenta un hombre [negro] o el sexismo de la misma manera que una mujer blanca, entonces no se te estaba discriminando. Vi aquello como un problema de similitud y de diferencia. Había quien decía que éramos demasiado diferentes como para que la ley nos contemplara. Eso llevó a la interseccionalidad, a fijarnos en las maneras en que la raza y el género se cruzan para crear barreas y obstáculos para la equidad».

Aquella palabra servía para describir un fenómeno hasta entonces sin definir, aunque activistas feministas negras, investigadoras y teóricas ya habían escrito y hablado de ello años antes de que la doctora Crenshaw le diera un nombre. En 1851, la abolicionista negra y activista por los derechos de las mujeres

Sojourner Truth se refirió a la cuestión en la Convención por los Derechos de las Mujeres de Ohio.

Dijo: «Creo que entre los negros del sur y las mujeres del norte, todos hablando de derechos, los hombres blancos pronto van a tener un montón de problemas. Pero ¿de qué estamos hablando aquí? Ese hombre de ahí dice que hay que ayudar a las mujeres a subir a los carruajes y a vadear los charcos y a tener los mejores sitios en todas partes. ¡Pero nadie me ayuda a mí a subir a carruajes ni a saltar charcos ni me deja el mejor sitio! ¿Acaso no soy yo una mujer? ¡Miradme! ¡Mirad mi brazo! ¡He arado y plantado y almacenado en graneros, y ningún hombre podría ganarme! ¿Acaso no soy yo también una mujer? Luego hablan de esa cosa en la cabeza. ¿Cómo lo llaman? (“Intelecto”, susurró alguien cerca.) Eso es, cielo. ¿Qué tiene que ver con los derechos de las mujeres o los derechos de los negros? Si en mi copa no cabe más que una pinta y en la tuya cabe el doble, ¿no sería de miserables no dejar que mi copa, que es más pequeña, estuviera llena?». ³ El discurso se publicó doce años después en el *National Anti-Slavery Standard*.

Un siglo más tarde, en 1984, la feminista, activista y poeta negra Audre Lorde decía en *La hermana, la extranjera. Artículos y conferencias*: «A las mujeres de hoy en día todavía se nos pide que hagamos el esfuerzo de saltar la brecha de la ignorancia masculina y que eduquemos a los hombres sobre nuestra existencia y necesidades. Se trata de un mecanismo primario de todos los opresores para mantener al oprimido entretenido con las preocupaciones del amo. Ahora oímos que les toca a las mujeres de color educar a las mujeres blancas —pese a su tremenda resistencia— sobre nuestra existencia, nuestras diferencias y nuestras funciones respectivas en nuestra común supervivencia, lo que es una forma de malgastar energía y reproduce de forma trágica un tipo de pensamiento racista y patriarcal».

En 1979, en su ensayo «Anger in isolation: a Black feminist's search for sisterhood» [Ira en cuarentena: una feminista negra en busca de sororidad], dentro de su obra *But Some of Us are Brave* [Pero algunas somos valientes], Michele Wallace afirmaba: «Existimos como mujeres que son negras y que son feministas, cada cosa de momento por su cuenta, trabajando de forma independiente, porque todavía no hay un lugar en esta sociedad

en el que nuestra lucha sea ni siquiera remotamente bienvenida, porque, al estar en el fondo de todo, tendríamos que hacer lo que nadie ha hecho: tendríamos que luchar contra todo».

Luego llegó bell hooks, en 1981, con *¿Acaso no soy yo una mujer? Mujeres negras y feminismo* : «El proceso empieza con el reconocimiento individual de cada mujer de que [...] a las mujeres, sin excepción, se las socializa para ser racistas, clasistas y sexistas, en diversos grados, y que ponernos la etiqueta de feministas no cambia el hecho de que debemos trabajar conscientemente para librarnos del legado de la socialización negativa. Es evidente que muchas mujeres han utilizado el feminismo para su propio beneficio, especialmente esas mujeres blancas que han estado en la vanguardia del movimiento; pero en lugar de resignarme a esa apropiación, elijo reapropiarme del término “feminismo” para centrarme en el hecho de que ser “feminista” en un sentido auténtico es querer para todas las personas, mujeres y hombres, la liberación de los patrones de conducta sexistas, de la dominación y de la opresión».

Y en una ponencia pronunciada en la Facultad de Derecho de la Universidad Birkbeck, en Londres, a finales de 2013, Angela Davis habló extensamente del modo en que las mujeres negras habían articulado su experiencia a lo largo de los años. En 1969, dijo, la activista por los derechos civiles Frances Beal escribió un panfleto que tituló *Double Jeopardy: To Be Black and Female* [Doble riesgo: ser negra y mujer]. Más adelante, la Alianza de Mujeres del Tercer Mundo fundó un periódico llamado *Triple Jeopardy* [Triple riesgo]. Para ellas, el problema no solo eran el racismo y el sexismo, sino también el imperialismo. *Inessential Woman* [La mujer innecesaria], el libro de Elizabeth Spelman de 1988, también habló de los retos que planteaba sumar opresiones, un año antes de que la doctora Kimberlé Crenshaw acuñara el término «interseccionalidad».

La metáfora no podía nacer en otro lugar que en Estados Unidos, con su sistema de carreteras en forma de cuadrícula, bien colocadas en perfectos rectángulos y cuadrados. Todo el mundo conoce un lugar en el que confluyen todas las carreteras. Un lugar que ya no es una carretera, sino un sitio en particular, un espacio en el que convergen todos los caminos que llevan a él. Las mujeres negras, en esas teorías, eran la prueba de que esos caminos no transcurren en paralelo, sino que se cruzan unos

con otros con frecuencia. Y la obra de las escritoras que acabo de mencionar ilustra a conciencia que en esas intersecciones, cuando se las examina —si no se niega que existen ni se las ignora—, hay riqueza y profundidad. Durante demasiado tiempo, las mujeres negras han sido las olvidadas y han tenido que inventarse estrategias para que las recordaran. En el análisis de quién quedó al margen en la competición entre los derechos de las mujeres y los derechos de la población negra, parecía que eran las mujeres negras las que siempre llevaban las de perder.

Cuando las feministas negras empezaron a reclamar un análisis interseccional en el feminismo británico, la respuesta de las feministas blancas no fue, por lo general, alentadora. Más bien al contrario: empezaron a defender que la palabra «interseccional» era pura jerga —un término demasiado difícil de entender para quien no tuviera un título universitario— y por lo tanto inútil.

«Si no tienes formación académica en o una cierta afinidad con ese ámbito, el caso es que interseccionalidad es una palabra que dice “esto no es para ti”», sentenció la periodista Sarah Ditum en su blog personal en 2012. ⁴

En *New Statesman*, Holly Baxter y Rhiannon Lucy Cosslett manifestaron: «Ocurre que raza, clase, religión, sexualidad, política y privilegio a menudo acaban fracturando el diálogo feminista y causando con frecuencia desacuerdos entre las que vienen armadas con un máster en estudios de género y un amplio vocabulario a juego y las que no tienen ninguna de las dos cosas [...]. En ciertos institutos públicos, ir a discutir sobre los matices de la interseccionalidad puede caer en saco roto si en la audiencia hay adolescentes embarazadas o desnutridas o expuestas a abusos. (¿Qué van a hacer? ¿Protegerse o alimentarse con teoría? Las mujeres no solo viven de [Germaine] Greer.) [...] Es como si ciertas mujeres con educación quisieran quedarse el feminismo para ellas, cubrirlo con una teoría esotérica y ocultarlo bajo sus colchones, calentito y a salvo bajo la colcha bien arremetida». ⁵

A medida que el debate se intensificaba en las redes sociales, la prensa se lanzaba a demonizar a las feministas que se desviaban de esa línea de pensamiento. Las pullas se mantenían siempre en la raya de lo ambiguo, y no se nombraba a ninguna mujer en particular, de modo que se publicaron muy pocas

réplicas de las que estaban siendo criticadas. Sadie Smith escribió en *New Statesman*: «La Mafia Femenina Online se ofende por cualquier cosa, pero sobre todo se ofende con las mujeres que no están en su pequeño club de chicas malas, con su propio lenguaje barroco e impenetrable, con sus normas y procedimientos disciplinarios». ⁶

La aversión del feminismo blanco por la interseccionalidad se convirtió muy pronto en aborrecimiento a la idea de privilegio blanco, quizá porque reconocer la existencia del racismo estructural habría sido igual a reconocer su propia blanquitud. Sus hombres las apoyaron. Tim Midlane escribió en *New Statesman* : «Aunque la idea, en su origen, tiene obviamente intenciones honorables, creo que todo ese discurso en torno al privilegio es inherentemente destructivo. En el mejor de los casos, es una distracción colosal y, en el peor, una forma de convertirnos a todos en autoproclamados guardianes de la moral que fiscalizan de forma agresiva el discurso y el comportamiento incluso de nuestros compañeros de viaje. ¿Que por qué importa? La respuesta es simple: importa porque la revisión del privilegio ha infectado del todo el pensamiento progresista». ⁷

A nadie se le escapa que hay una pauta en todo esto. Entre 2012 y 2014, los ataques más enérgicos contra las feministas negras que hablaban de raza, racismo e interseccionalidad se publicaron siempre en *New Statesman* , la principal revista del centroizquierda político del Reino Unido. La frecuencia de esos ataques hizo que me preguntara si no habría una línea editorial al respecto. *New Statesman* hizo algún esfuerzo por publicar textos de defensoras de la interseccionalidad, pero eran las críticas negativas las que parecían marcar el tono de la revista sobre el asunto.

Con el paso de los años, los argumentos utilizados por las feministas blancas y los blogueros de izquierdas en 2012 y 2013 empezaron a aparecer en plataformas que no tienen nada de progresistas. La página web *Breitbart London* , de muy extrema derecha, definió la interseccionalidad como «una estrategia de debate: cuando estás perdiendo una discusión sobre feminismo, llama a tu oponente racista o, peor aún, capitalista» y definió el privilegio como «lo que las feministas blancas de clase media tienen y sus víctimas no». ⁸ Hubo otro ataque al progresismo en

forma de diccionario en *The Spectator* : «La I es para las políticas identitarias. Defínete siempre por tus características naturales, más que por tu personalidad, logros o creencias. Eres, en primer lugar y por encima de todo, hombre, mujer, otro, heterosexual, gay, negro o blanco, y es así como debes referirte a ti mismo. Martin Luther King debería haber revisado su privilegio cuando tuvo ese sueño absurdo sobre un mundo en el que “se juzgara a las personas no por el color de su piel, sino por su carácter”. Es fácil decir eso si eres un hombre heterosexual de clase media, Marty. La I es también por interseccionalidad, la intrépida hija de las políticas identitarias, según la cual debes preguntarte constantemente de qué modo tus diversas identidades personales se cruzan unas con otras (o algo así)». ⁹

Sobre ese mismo asunto, otro periodista de la misma revista escribió: «En cuanto a teorías se refiere, esta no es del todo disparatada. El problema es que se ha convertido en una moda entre aquellos que, en lugar de libros y ensayos, leen solo tuits y comentarios de internet, y por lo tanto no saben de lo que hablan. De modo que acabas teniendo una especie de cromos de colores de las minorías y la creencia, extendida e infecciosa, de que, cuantos más reúne una persona, cuantas más desventajas tiene, más sabia, prudente y sensata es. Y eso es una tontería». ¹⁰

Semejantes respuestas parecen indicar que las contribuciones de las mujeres negras al feminismo blanco británico no eran bienvenidas en absoluto. Era una reacción idéntica a la de la mayoría de los hombres sexistas hacia el feminismo. En medio de este acalorado debate sobre la interseccionalidad en el feminismo británico, cuatro meses después de mi desastroso paso por *Woman's Hour* , la BBC invitó a la doctora Kimberlé Crenshaw al mismo programa para explicar por qué el feminismo ya no puede ignorar la cuestión de la raza. «¿Hasta qué punto ayuda que las mujeres negras pidan a las mujeres blancas y bien situadas que revisen su privilegio?», le preguntaron. Tras citar a algunas de las detractoras más ásperas del feminismo negro, la entrevistadora añadió: «Es algo que cierra el debate y no ayuda a crear empatía».

«Eso va a pasar siempre, en cualquier movimiento que alegue que todo el mundo en su categoría experimenta la discriminación de la misma manera, cuando, en realidad, eso no es lo que suele pasar», respondió la doctora Crenshaw. Pero el daño estaba

hecho. Que la entrevistadora echara mano de expresiones convertidas ya en meme hacía del feminismo negro poco menos que una fuerza desestabilizadora en medio del dulce, educado y tolerable feminismo blanco. El feminismo británico quedaba así retratado como un movimiento en el que todo iba bien hasta que aparecieron esas mujeres negras tan enfadadas. Las feministas blancas redujeron a las feministas negras a la estereotipo de agresoras disruptivas, una caricatura parecida al que la prensa emplea con la comunidad negra en general. Las mujeres de color se convertían de este modo en las inmigrantes del feminismo, en unas visitantes inoportunas pero toleradas; un problema social con el que había que lidiar, aunque fuera a regañadientes. Sorprende que ninguna feminista blanca prominente no llevara la hipérbole hasta el extremo de pronunciar un discurso vehemente del estilo del de Enoch Powell, algo así como que «en este país, en quince o veinte años, la mujer negra blandirá el látigo contra la mujer blanca». Teniendo en cuenta la violencia verbal con la que recibieron la posibilidad de un análisis feminista que tuviera en cuenta la raza, casi habría sido la conclusión lógica a sus argumentos.

Es importante que contemplemos el rechazo del feminismo blanco hacia la interseccionalidad no de forma aislada, sino en el contexto histórico de las restricciones impuestas a la lucha negra. Todos los signos estaban ahí: el cierre de filas, y la campaña de desinformación, mentiras y descrédito. Cuando Louise Mensch escribió aquellos tuits agresivos contra mí, las mujeres a las que creía estar apoyando eran figuronas de la izquierda, mujeres que escribían de forma regular para publicaciones progresistas como *The Guardian* o *New Statesman*. Quienes las apoyaron eran periodistas muy conocidos y personas de diversas tendencias políticas. El caso es que, en ese momento, sus diferencias políticas no importaban. Había que defender el consenso en el feminismo blanco, y tenían que unirse para conseguirlo. Para ellos, que yo alzara la voz para hablar del racismo en el feminismo era un ataque esencial a la idea que tenían de sí mismos.

Así es como el racismo se perpetúa a sí mismo en todos los espacios, feministas o de cualquier otro tipo. Mi posición era muy pública. Pero tuve entonces la sensación de que situaciones parecidas estaban teniendo lugar por todo el país —en lugares de

trabajo, en círculos sociales, en familias— y que la consecuencia, en todas partes, es que había una persona de color, sin una red de apoyo, dudando de sí misma.

En el Reino Unido, el hecho de que una mujer pudiera tener ideas feministas y a la vez hacer cosas tradicionalmente femeninas intrigaba a las revistas femeninas en la década de 1990 y en los primeros 2000. ¿Es posible ser feminista y usar tacones?, se preguntaban. ¿Es posible ser feminista e ir maquillada? ¿Es posible ser feminista y llevar las uñas perfectas? Esas eran las preguntas más superficiales, que daban pie a todo tipo de artículos también superficiales. Las preguntas del tipo «es posible ser feminista y» tenían su origen en gastados estereotipos sobre el activismo feminista de la prensa patriarcal de la década de 1970, donde las feministas aparecían retratadas como mujeres muy enfadadas, vestidas con petos, que buscaban aplastar a los hombres bajo sus botas Dr. Martens. Su apariencia, en ese cliché de la temible feminista que ninguna mujer querría ser, estaba en las antípodas de todos los estándares de belleza.

Era un disparate, por supuesto. Si los últimos años nos han enseñado algo es que el feminismo es un movimiento muy amplio, en el que lo importante no es tu aspecto personal sino el aspecto de tus ideas. Más allá de tacones y pintalabios, lo que siempre tuvimos que habernos preguntado es: ¿es posible ser feminista y antiabortista? ¿Es posible ser feminista y fingir que el racismo no existe?

Las preocupaciones del feminismo están a la orden del día en la televisión y el cine ahora mismo, lo que es una mejora sustancial respecto a lo que había antes. El feminismo florece en la prensa y en la música, y no muestra signos de agotamiento. Las personas que se identifican como feministas son cada vez más jóvenes, gracias en parte a que sus cantantes y actrices favoritas han desmitificado la palabra. Cada vez que alguien famoso dice ser feminista, un poquito del estigma que rodea a la palabra desaparece.

Hitos políticos como la legalización de los matrimonios homosexuales han hecho que todo el mundo tenga ganas de demostrar que está a favor del progreso. Pero, entre las feministas, hay varios temas —raza, derechos reproductivos, conservadurismo— que continúan provocando divisiones en el

movimiento. Es habitual que a las feministas blancas el racismo no les parezca un problema, y mucho menos una prioridad. Al fin y al cabo, el rechazo a la interseccionalidad no dejaba de ser feminismo blanco en acción.

Cuando la expresión «feminismo blanco», usada en un sentido peyorativo, empezó a hacerse popular entre los círculos feministas, hubo mujeres blancas que mostraron su preocupación. Esa reacción instintiva de rechazo a la expresión —que no es más que una crítica rigurosa a las consecuencias del racismo estructural— nacía sin duda de una legítima necesidad de defender la blanquitud, más que del deseo de reflexionar sobre el significado de la expresión «feminismo blanco». ¿De qué forma ser blanca estrangula, bloquea y pone trabas a tu ideología feminista?

Vale la pena preguntarse cómo es que el feminismo es capaz de desentrañar el funcionamiento del patriarcado pero a tantas feministas les cuesta entender que la blanquitud es también una estructura política. Nuestras instituciones más prestigiosas no solo están llenas de hombres: también están llenas de personas blancas. En ese espacio de abrumadora blancura, hay una gama muy amplia de opiniones. La política, en gran parte, es un grupo de hombres blancos de mediana edad que se pasan la pelota unos a otros. De vez en cuando, dejan pasar a una mujer blanca de mediana edad, en un esfuerzo por diversificar. Lo único que une sus diferentes perspectivas políticas es que todos se niegan de pleno a poner en tela de juicio el consenso blanco.

El feminismo blanco es una ideología que participa de mitos como el de «no veo la raza». Es una ideología que insiste en que hablar sobre la raza da alas al racismo, y de este modo nos niega a las personas de color las palabras que articulan nuestra existencia. Es una ideología que espera que las personas de color se integren en estructuras institucionalmente racistas con discreción y sin hacer mucho ruido. Es una ideología en la que las personas de color nunca deciden cuál va a ser el siguiente paso, sino que se ven obligadas a reaccionar constantemente a lo que ocurre en un intento frenético de ponerse a la par con los demás. El consenso político feminista, dominado por la blanquitud, concede a las personas de color un lugar en la mesa, pero solo si están dispuestas a conformarse con un puesto simbólico, que además queda revertido ante cualquier amago,

por parte de las personas de color, de solicitar una rendición de cuentas sobre ese consenso o, peor aún, un cambio estructural.

La blanquitud se presenta como la norma. Rechaza reconocerse por lo que es. Lo que llaman «objetividad» y «razón» son sus más potentes e insidiosas armas para conservar el poder. El feminismo blanco puede ser conceptualizado como el ala feminista del mencionado consenso político. Es un conjunto de valores y creencias feministas que giran en torno a la blanquitud y que algunas mujeres han hecho suyo. Otros factores, como los indicadores de clase, juegan un papel importante en él.

El feminismo blanco en sí mismo no es particularmente aterrador, pero pasa a ser un problema cuando sus ideas se convierten en las ideas dominantes y se presentan como universales y aplicables a todas las mujeres. Es un problema porque consideramos a la humanidad a través del prisma de la blanquitud. Difícilmente el feminismo podía ser inmune a ello. De modo que el feminismo blanco refuerza su posición cuando a aquellos que la desafían se los califica de problemáticos. Cuando hablo de feminismo blanco, no estoy reduciendo a las mujeres blancas al color de su piel. La blanquitud es una ideología política, y plantarle cara en los espacios feministas no es un ajuste de cuentas, porque el prejuicio necesita del poder para ser efectivo.

La política de la blanquitud trasciende el color de la piel. Es una fuerza de ocupación en la mente. Es una ideología política a la que le preocupa mantener el poder mediante la dominación y la exclusión. Cualquiera puede ejercerla, igual que cualquiera puede combatirla. Las mujeres blancas se toman la expresión «feminismo blanco» como un ataque personal, pero la frase tiene al mismo tiempo todo y nada que ver con ellas. Esto no va de mujeres que son feministas y que son blancas. Va de mujeres que apoyan la ideología feminista y al mismo tiempo creen en la ideología de la blanquitud, que es, en el fondo, excluyente, discriminatoria y estructuralmente racista.

Hay quien se identifica como feminista pero nunca se ha preguntado qué significa tener la piel blanca, y es a esas personas a quienes se dirige la expresión «feminismo blanco». Hay quien cree que todas y cada una de las críticas que se dirigen a la política de dominio blanco son un ataque personal

contra ellas por el color de su piel, y esas personas son probablemente parte del problema. Cuando las feministas blancas ignoran la cuestión de la raza, al principio no lo hacen por malicia, aunque si se cuestiona su ideología no es difícil que acaben lanzando espumarajos por la boca. No, lo que he aprendido es que ignoran la cuestión porque les ha pasado lo mismo que a mí: que han crecido en un mundo dominado por los blancos. Ese es el contexto en el que se encuentran las feministas blancas, del que se benefician y que reproducen, sin apenas darse cuenta. Lo sorprendente es que su capacidad de análisis crítico no tiene problemas en detectar sistemas exclusivos, como el de género, del que no se benefician. Son capaces de lanzar proclamas, con una retórica apasionada, en contra del patriarcado, y de sentir el borde afilado de la injusticia clavado en sus costillas, tanto en el entorno laboral, en forma de salarios desiguales, como en sociedad, cuando las acosan en la calle. Y dicen, con razón: «¡Estoy harta de vivir en un mundo que está pensado para las necesidades de los hombres! Tengo la sensación de que, en el mejor de los casos, puedo luchar contra ese mundo, pero que, en el peor, no me queda más remedio que aprender a sobrevivir en él». Y, aun así, se ponen completamente a la defensiva cuando el mismo análisis, pero en términos de raza, pone en el punto de mira a la blanquitud. Sería como para reírse, si no fuera todo tan lamentable.

Cuando las feministas blancas hablan sobre la igualdad de derechos y de representación, no me cabe duda de que creen en lo que dicen. Se muestran ingeniosas, inteligentes y muy perspicaces al hablar de asuntos como los derechos reproductivos, el acoso sexual en las calles, la violencia sexual, los estándares de belleza, la imagen corporal y la representación de las mujeres en los medios de comunicación. Son temas con los que muchas mujeres pueden identificarse y en los que pueden verse reflejadas. Muchas veces son mujeres blancas las que acaban defendiendo el feminismo en la prensa, hablando de él en la televisión o la radio, abogando por él con entusiasmo en las revistas.

Las mujeres blancas que apoyan el feminismo en la esfera pública suelen ser atractivas de un modo convencional, pero a menudo tienen alguna particularidad que ayuda a que la mujer corriente se sienta identificada con ellas. Tienen los muslos

gruesos o los dientes separados, por ejemplo. Su aspecto está lejos del estándar de supermodelo que estamos acostumbrados a ver en el ojo público. Eso es una novedad, gritamos. Esas mujeres se parecen a nosotras. Esas mujeres son reales. Esas mujeres son mujeres-mujeres. Esas mujeres no tienen miedo de decir lo que piensan. En la era de Twitter y de YouTube, en todo ello hay también bastante de marca personal y de despegue profesional. De modo que hacemos clic, ponemos «me gusta» y empezamos a seguirlas.

Ser una feminista que ha hecho un análisis de raza significa ser capaz de ver con claridad que, al hablar de desigualdades, raza y género se entrelazan. Cuando echamos un vistazo a las políticas sobre raza en este país, no hay duda de que, en lo que se dice, los cuerpos de las mujeres blancas británicas juegan un papel distinto del resto. 2066 es el año en el que los blancos supuestamente pasarán a ser una minoría en el Reino Unido. El profesor de Oxford David Coleman calculó la fecha. En 2016, Coleman publicó un artículo en el *Daily Mail*, durante el debate por la cuestión del Brexit, en el que decía que «el 27 % de los niños nacidos vivos en 2014 lo hicieron de madres extranjeras, y en el 33 % de los nacimientos al menos uno de los progenitores era inmigrante, más del doble que en la década de 1990». ¹¹ El artículo se titulaba «Despidámonos de este Reino Unido: con objetividad académica, el profesor de Oxford y experto en demografía David Coleman asegura que los británicos blancos podrían ser minoría en 2060. O antes».

Es casi comprensible que quienes apoyan el nacionalismo blanco quieran agarrarse a esas cifras, e insistan en que el 2066 marca la fecha del juicio final para el Reino Unido. Hay un sutil etnonacionalismo en esa discusión, casi digna de *El cuento de la criada*. Es una especie de misoginia racializada a la que le obsesionan los úteros, y que anima a las mujeres blancas británicas a follar por su país mientras demoniza a las mujeres que no son ni blancas ni británicas por procrear incontrolablemente y desestabilizar la esencia del Reino Unido.

Pese a esa narrativa perniciosa, hay partes de la sociedad británica que mantienen que la misoginia es, de algún modo, un terreno acotado a los extranjeros. Jamás, ni en un millón de años, pensé que oiría al primer ministro David Cameron dar el grito de alarma sobre los peligros del patriarcado. De hecho, cuando, en

2012 y 2013, asociaciones de mujeres británicas como la Fawcett Society y el Women's Budget Group presentaron las cifras detalladas con las que demostraban que la agenda de austeridad del Gobierno afectaba sobre todo a las mujeres, David Cameron y su partido apenas tuvieron nada que decir al respecto. En cambio, casi tres años después, Cameron sí pronunció las palabras «sociedad patriarcal», y fue, curiosamente, para hablar de los planes del Gobierno de exigir a las mujeres musulmanas que residían en el Reino Unido con un visado conyugal que aprendieran inglés si no querían ser deportadas.

«Mire, no estoy culpando a las personas que no saben hablar inglés —dijo Cameron en el programa *Today* de Radio 4—. Algunas de esas personas han venido a nuestro país [desde] sociedades ciertamente patriarcales, donde quizá los hombres no han querido que aprendan inglés, no han querido que se integren.» A continuación añadió: «Lo que hemos visto al investigar el tema es [...] reuniones con el director de la escuela en las que el hombre entra a la reunión y la mujer se queda fuera, [y] mujeres a las que no se permite salir de casa si no las acompaña un hombre de su familia. Eso está pasando en nuestro país y no es aceptable. Debemos estar muy orgullosos de nuestros valores, nuestro liberalismo, nuestra tolerancia, nuestra idea de que queremos construir una genuina democracia de oportunidades [...]. Donde hay segregación, hay gente que se está quedando atrás. Eso no está en sintonía con los valores británicos, y no lo queremos». [12](#)

En su entrevista en la radio nacional, Cameron anunció que, además de destinar fondos a que las mujeres musulmanas de lo que llamó «comunidades aisladas» pudieran aprender inglés, su propuesta también preveía que esas mujeres se sometieran a un examen obligatorio del idioma cuando hubieran pasado dos años y medio de su llegada al Reino Unido. Pese a lo surrealista que resulta oír a David Cameron plantar cara a la sociedad patriarcal, lo que no sorprende es que su idea del patriarcado se defina en directa oposición a nuestro avanzado, autoproclamadamente igualitario y meritocrático sentido de la identidad británico.

Cuando nos decimos a nosotros mismos que la misoginia es algo que viene de fuera, estamos diciendo que es un problema que aquí no existe. Pero David Cameron debería pensarlo dos veces antes de insinuar que la misoginia es un producto de

importación en las islas británicas. Porque la Oficina de Estadísticas Nacionales dice que siete mujeres mueren asesinadas cada mes, de media, por su pareja, actual o anterior, en Inglaterra y Gales, ¹³ y que se producen 85.000 violaciones en Inglaterra y Gales cada año, ¹⁴ de modo que sabemos que no es así. La misoginia no es un problema que pueda resolverse cerrando las fronteras o con un curso de dicción británica. Existe en la psique de lo que supone ser un hombre en todos los países del mundo.

Pese a esa realidad, cuando en Colonia, Alemania, hubo una ola de agresiones sexuales la noche de fin de año de 2015, la idea que se propagó fue la de que el multiculturalismo trae consigo una misoginia y un sexismo corrosivos. El mismo enfoque afloró cuando se destapó una red de explotación sexual infantil dirigida por hombres asiáticos en Rotherham, South Yorkshire, en 2013. En 2012 y 2013, la frase «banda de explotación sexual asiática» ocupó lo que pareció un millón de titulares. A la extrema derecha le encanta el enfoque de la banda de explotación sexual asiática. Las mujeres, para ellos, son propiedad suya, son «nuestras». Pero lo cierto es que, aunque todos los hombres asiáticos abandonaran el país, eso no haría desaparecer la explotación sexual infantil en las islas británicas.

Hay un aspecto en esos incidentes que no puede ignorarse, y reconocerlo no hace menos válida la condena a cualquier tipo de acoso, abuso y misoginia. La mayoría de las veces, ser feminista y negra te coloca entre la espada y la pared, porque hace que tengas que enfrentarte al racismo dirigido contra las personas negras y mestizas, y también al patriarcado que te rodea. Y mientras que el inacabable tira y afloja del debate político requiere tener muy claro lo que está bien y lo que está mal, este asunto en cambio reclama a gritos tener en cuenta los matices.

Lo que es innegable es que los ideales de belleza occidentales y la cosificación occidental de la carne femenina se centran sobre todo en la blancura y la juventud. La carne femenina blanca es un producto con el que se comercializa sin parar en público. Si la carne negra o mestiza aparece en esos contextos, es a menudo a modo de nota de color, y con calificativos como «ébano», «chocolate» o «caramelo», si no es que se presenta como algo tabú. En la campaña No More Page 3 (No más página

3) ¹⁵ apenas se hizo referencia al hecho de que aparecían muy pocas chicas negras en la página en cuestión, quizá porque hay medios que, como no creen que las mujeres negras y mestizas sean especialmente atractivas, ni se molestan en cosificarlas. Desde luego hay excepciones a esa regla, a menudo en la industria del espectáculo, y en los medios diseñados para atender las necesidades de los hombres negros y mestizos.

Veamos ahora de qué forma se entienden los cuerpos racializados en relación al sexo y al abuso sexual en un mundo embriagado por la omnipresente blanquitud. Los ideales racistas en torno a la belleza hacen que ciertos tipos de carne femenina se consideren de acceso público. Cuando dos hombres pakistaníes fueron encarcelados en 2011 por violar y abusar sexualmente de dos chicas blancas, Jack Straw, entonces diputado por Blackburn, dijo, en lo que parecía una imitación del lenguaje del abusador, que los violadores asiáticos veían a las chicas blancas como «carne fácil». En una entrevista en el programa *Newsnight*, de la BBC, Straw dijo: «Son hombres jóvenes que están en una sociedad occidental y que actúan, en cualquier caso, como cualquier otro joven, con la testosterona que les revienta por dentro. Buscan una válvula de escape para todo eso, pero las chicas de ascendencia pakistaní están fuera de su alcance y, tradicionalmente, se espera que se casen con una chica pakistaní, de Pakistán». ¹⁶ Hubo políticos que criticaron sus declaraciones, pero las críticas se limitaron a mostrar indignación por que Straw hubiera reducido toda una comunidad a un estereotipo.

Lo que obviaron es que Jack Straw no solo se estaba poniendo en el lugar de los abusadores, sino que no estaba cuestionando su perspectiva. Primero al aceptar la excusa de «los chicos son así», como si la testosterona que les revienta por dentro hiciera inevitable la violación de otro cuerpo humano. No lo es, pero esa creencia generalizada convierte el abuso y la coacción en mera curiosidad juvenil. Su segundo error es muy simple: las mujeres no son carne preparada para su consumo. Las mujeres no son objetos, pasivos y dóciles, que se abren y esperan. Hay algo muy perverso en ese lenguaje sobre la comida y la carne, algo que sugiere que los hombres deben comer mucha carne y follarse a tantas mujeres como sea posible para ser muy machos. En nuestras relaciones de género, la palabra «carne» convierte a las

mujeres en un elemento sin la menor autonomía corporal, en algo que solo está en el menú, nunca a la mesa.

Si a todo ello se le suma el sentimiento de piedad pública que inspiran el hiyab, el nicab y la carne negra y mestiza cubierta en particular, el resultado es una combinación explosiva. Las expectativas en cuanto al recato son tan castrantes y moralistas como las expectativas sobre el aspecto que debe tener un cuerpo en bikini. Ambas determinan el valor de una mujer centrándose de forma obsesiva en su aspecto y en lo cubierto o descubierto que está su cuerpo, como si el cuerpo perteneciera a la mirada masculina antes que a ella. Hay siempre factores externos que influyen en el modo en que viste una mujer, pero la decisión final debería ser solo suya. Entretanto, en el caso de los abusos mencionados, a esas pobres mujeres y chicas blancas, y a esas mujeres y chicas negras se les niega su voz. No es solo una cuestión de patriarcado: es una manifestación de la dicotomía virgen/puta, que trasciende códigos postales, países y culturas.

Es imposible acabar del todo con ese tipo de explotación sin plantar cara a creencias culturales muy extendidas, aquí y en todas partes, según las cuales los cuerpos de las mujeres están siempre disponibles para los hombres. Mientras las mujeres sufran toqueteos en el transporte público y vean cómo se masturban a su paso por la calle, y mientras haya carne femenina mirándonos, con la mirada vacía y poniendo morritos, desde millones de imágenes que publicitan productos tan banales como complementos deportivos o chaquetones con capucha, tendremos un problema de misoginia.

Si cuestionamos historias racistas e islamóforas de abuso sexual, también tenemos que cuestionar el patriarcado allí donde lo encontremos. Una cosa no puede hacerse sin la otra. Ahora mismo, lo que se nos quiere hacer creer desde los niveles más altos del Gobierno es que la misoginia es algo que viene de fuera. Eso no solo es falso, sino que es una maniobra de distracción. Y sería un error que las feministas se aliaran con fuerzas políticas que solo salen en defensa de las mujeres cuando hay musulmanes a los que atacar.

De modo que sabemos que, pese a que en este asunto hay matices, los hombres blancos que abusan de niños y de bebés aparecen en la prensa, pero sus crímenes no se presentan como si

fueran indicativos de un problema inherente en los hombres, mientras que los crímenes de los hombres de color sí se utilizan como prueba de que su raza es cruel y salvaje. Cuando siete hombres blancos fueron declarados culpables de violar y abusar de varios niños (o de conspirar para hacerlo) en abril de 2015, la extrema derecha no pidió que, para evitar nuevos casos, se deportara a todos los hombres del país. Los siete hombres, que vivían desperdigados por todo el Reino Unido, se comunicaban por internet y se enviaban imágenes de los abusos los unos a los otros a través de videollamadas. Se integraban en las comunidades en las que residían y establecían vínculos emocionales con los padres de los niños a los que perseguían. Uno llegó a hacerse amigo de una mujer embarazada con la idea de abusar de su hijo aún no nacido. Según las informaciones de la BBC sobre el caso, agentes de la Agencia Nacional contra el Crimen dijeron que eran los delitos más «viles y depravados» que habían investigado. Pero los titulares sobre los crímenes de esos hombres blancos en ningún caso incluyeron comentarios sobre su raza.

Odíamos, como nación, a los pedófilos. Los rechazamos porque son pedófilos. Pero, y eso es lo más importante, los vemos como una anomalía. No creemos que sus acciones tengan que ver con el comportamiento desviado de los hombres blancos. Cuando un hombre blanco utiliza a bebés, niños y adolescentes para su satisfacción sexual, no pedimos que los hombres blancos, como colectivo, reflexionen a fondo sobre lo ocurrido.

Esto no va de hombres buenos u hombres malos —naciones binarias que es fácil meter en aseados compartimentos—, sino de la cultura de la violación. Deberíamos preguntarnos por qué cuando una niña o una mujer denuncia haber sido violada o haber sufrido abusos siempre hay alguien a su alrededor que hace todo lo posible para encontrar la manera de sugerir que ella lo provocó o hizo algo que le incitó a hacerlo. Deberíamos cuestionar el prejuicio de clase que hace que víctimas blancas y pobres sean ignoradas por las autoridades de un modo que sería mucho menos probable que ocurriera con una chica blanca de clase media que vive en Islington. Tu clase le asigna un valor a tu vida a ojos de los que vigilan. El tabú a la hora de discutir esos crímenes no tiene que ver con la raza, tiene que ver con los hombres. Con los hombres depredadores. No hay ninguna mujer

que no pueda contarte una historia de adolescencia en la que aparezca un depredador, esos hombres que huelen la juventud y la vulnerabilidad, y que disfrutan dominando.

Lejos de cerrar el debate, incorporar al feminismo los retos del racismo es absolutamente esencial si no se quiere dejar a nadie atrás. No estoy segura de que las versiones más populares del feminismo estén a la altura del reto.

El feminismo blanco es tolerable para quienes están en el poder, pero me temo que, cuando haya ganado, las cosas seguirán más o menos igual. Seguirá habiendo injusticias, pero con más mujeres al frente. El feminismo no va de equidad, y desde luego no va de introducirse discretamente en un mercado de trabajo creado por y para los hombres. El feminismo, en su mejor versión, es un movimiento que trabaja para liberar —desde el punto de vista económico, social y cultural— a todas las personas marginadas por un sistema ideológico diseñado para que fracasen. Es decir: discapacitados, negros, transexuales, personas no binarias, lesbianas, gais y bisexuales, y personas de clase trabajadora. Si queremos desenredar la situación en la que estamos, la lucha por la igualdad ha de ser complicada a la fuerza. El feminismo habrá ganado cuando hayamos acabado con la pobreza. Habrá ganado cuando ya no se espere que las mujeres tengan, por defecto, dos trabajos (el cuidado y la atención emocional a sus familias, por un lado, y su empleo fuera de casa, por otro).

El desastre en el que vivimos no es un desastre casual. Si lo crearon personas, pueden solucionarlo personas, y puede reconstruirse desde los cimientos de forma que sea válido para todo el mundo, y no solo para unos pocos que lo acaparan todo. Las exigencias más apremiantes están claras —acabar con la violencia sexual y con la brecha salarial—, pero, más allá de eso, el feminismo debe mostrar conciencia de clase, y no olvidar los límites que impone la cultura del género binario. Debe reconocer que no es que las personas discapacitadas sean inherentemente defectuosas, sino que las personas no discapacitadas no han sabido crear un mundo físico válido para todos. El feminismo debe reclamar el derecho a una vivienda asequible, digna y segura, y a un salario básico universal. Debe exigir una paga para las madres a tiempo completo y guarderías gratuitas para las madres que trabajan. Debe aceptar que vivimos en un mundo en el que se exige a las mujeres constantemente que sean deseables,

pero que penaliza a las trabajadoras sexuales por utilizar esa exigencia para ganarse la vida. El feminismo tiene que reconocer sin reservas que la sexualidad es fluida, y soñar con un mundo donde no se te castigue por transgredir los rígidos roles de género. El feminismo tiene que aceptar que hay una historia racista, pedir responsabilidades y compensaciones por ella, y crear un entorno en el que pueda deconstruirse la raza.

Sé que son peticiones utópicas y poco realistas. Pero creo que el feminismo tiene que ser absolutamente utópico y poco realista, y aspirar a un mundo muy distinto a aquel en el que vivimos. Es necesario imaginar y desear algo para poder luchar por ello. No sirve de nada resignarnos sin más, decir «la realidad es así» y aceptar las cosas como son. Al fin y al cabo, los ideales utópicos son tan ideológicos como los cimientos políticos del mundo en el que vivimos ahora mismo. Y, por encima de todo, el feminismo es una ideología en construcción. Seguimos aprendiendo.

Siempre me ha gustado la predisposición del feminismo a hincarle los dientes a la misoginia, levantar, desafiante, la barbilla y meterles el miedo en el cuerpo a los hombres mediocres. Pero el feminismo tiene que ir a por todas, tener en cuenta cada aspecto de lo que bell hooks denominó «el patriarcado blanco supremacista capitalista». El feminismo no funciona si es solo un análisis educado y acotado al género, tan aséptico y tolerable que hasta un entorno corporativo podría aceptarlo. Habrá fracasado si se convierte en un movimiento involuntariamente exclusivo incapaz de reconocer el modo en que las que participan en él se benefician del sistema actual. Un feminismo que pasa a ser un plácido movimiento blanco que asegura luchar por todas las mujeres pero no se cuestiona su propia y abrumadora blanquitud es un feminismo que hay que plantearse refundar.

Lo que se exige para aspirar a la igualdad debería ser tan complejo como las desigualdades que se quieren solucionar. La pregunta es: ¿a quién queremos ser iguales? Los hombres, igual que las mujeres, no son homogéneos. El ministro de Economía lleva una vida muy distinta a la del cartero que entrega cada día las cartas en mi casa. Las oportunidades de las que ha disfrutado mi cartero son muy distintas a las de su equivalente gubernamental. Mi cartero seguramente no nació en una familia

rica, y sus padres con toda probabilidad no pudieron pagarle una escuela privada de élite, el billete de acceso a la alta sociedad para el resto de su vida. Los hombres llevan vidas muy distintas. Algunos sufren racismo; otros, homofobia. Incluso si, como feministas, decidimos dejar de lado las diferencias entre los hombres, ¿la igualdad significa pedir la paridad con personas que han tenido siempre una parte desproporcionadamente grande de los recursos?

Está claro que la igualdad no es suficiente. Pedir solo un poquito de un poder desproporcionado es una exigencia demasiado exigua. No es eso lo que yo quiero. Lo que quiero es que se cuestione al que creó la norma en primer lugar. Tras toda una vida personificando la diferencia, no quiero ser igual. Lo que quiero es deconstruir el poder estructural de un sistema que me ha señalado como diferente. No quiero que se me asimile al *statu quo*. Quiero ser liberada de los prejuicios negativos asociados a mis características. No debería ser responsabilidad *mía* cambiar. Es el mundo a mi alrededor el que debería soportar esa carga.

La igualdad está bien como fase de transición, pero hay que reconocerla por lo que es: el camino fácil. No es lo mismo decir «queremos que nos incluyan» que decir «queremos reconstruir vuestro sistema excluyente». Lo primero es mucho más fácil que la opinión pública lo acepte.

Está mal visto alzar la voz si eres mujer; de modo que imagínate alzar la voz siendo mujer y además negra. Cuando en 2013 la modelo Naomi Campbell se implicó en una campaña que reclamaba que hubiera más modelos de color en las pasarelas de la Semana de la Moda de Londres (las estadísticas indicaban que por entonces más del 82 % de las modelos que desfilaban eran blancas), un periodista de Channel 4 News le dijo: «Tienes fama, no sé si justificada o no, de ser una persona que está siempre enfadada». [17](#)

No se puede razonar con una mujer negra enfadada. Porque responde. No es dócil ni dulce ni agradable, como se espera de la feminidad blanca. Su ira la afea y la hace poco deseable. Por eso nunca encontrará marido y, si encuentra uno, lo despojará de su masculinidad. La emasculación es un concepto que se apoya en los más rígidos roles de género. El estereotipo de la mujer negra enfadada es la amenaza misógina que se blande sobre la cabeza

de las mujeres negras. Que la mujer negra enfadada tenga una influencia castrante sobre el hombre es sexista porque da por supuestas ciertas características masculinas que de forma inevitable limitan el rango de su humanidad. Para creer en la emasculación, tienes que asociar la masculinidad con el poder, la fuerza y el dominio. Son rasgos que en los hombres se consideran atractivos, pero no en las mujeres. Especialmente si son negras. Las mujeres en general no deberían enfadarse. De las mujeres se espera que sonrían, que escondan sus sentimientos y que sean abnegadas. Que sean mandonas es horrible y, por supuesto, lo último que debe ser una mujer es horrible. En cuanto a las mujeres negras, nuestra negritud nos sitúa ya en lo más alto de la escala de la fealdad. Dios no quiera que además seamos gordas.

La expresión «mujer negra enfadada» dice más sobre lo masculino y sobre la blanquitud de lo que dice sobre las mujeres negras. Describe un *statu quo* que reconoce, al mismo tiempo, su sofocante dominio y su delicada fragilidad, porque cada vez tiene menos relevancia y necesita desesperadamente detener ese cambio.

Yo solía tener miedo de que me vieran como una mujer negra enfadada. Pero enseguida me di cuenta de que cualquier intento de mostrar mis verdaderas emociones, fueran muchas o pocas, iba a ser interpretado como una expresión de ira. Mi asertividad, mi pasión y mi entusiasmo jugarían en mi contra, en cualquier caso. No mostrar enfado no iba a evitar que dijeran que estaba enfadada, de modo que pensé: a la mierda. Y decidí decir lo que pensaba. Cuanto más asertiva me mostraba al hablar de mis ideas políticas, más me gritaban los hombres. La artista Selina Thompson, dedicada al arte performativo, me dijo una vez que cuando piensa en lo que significa ser una mujer negra enfadada, piensa en honestidad. No tiene sentido quedarse callada solo por gustar. Porque muchas veces no habrá nadie que luche por ti si tú no lo haces. Fue la poeta feminista negra Audre Lorde la que dijo: «Tu silencio no te protegerá». ¿Quién gana cuando no hablamos? Nosotras seguro que no.

Raza y clase

Hay una pregunta que, en el tiempo que llevo escribiendo y dando charlas sobre racismo, se me ha hecho muy familiar: «¿Y la clase?». Es una pregunta que me persigue a donde voy. Lo que implica es que es la clase, y no la raza, el verdadero problema en el Reino Unido, y que hay que escoger entre una u otra. Yo rechazo del todo ese supuesto. Pero voy a intentar contestar a la pregunta. ¿Qué *pasa* con la clase? ¿Y qué relación tiene con la raza, si es que tiene alguna?

En el Reino Unido, la clase forma parte integral del modo en que entendemos nuestro lugar en la sociedad. Desde la época victoriana, nos hemos confinado a nosotros mismos en una de estas tres categorías: clase trabajadora, clase media o clase alta. Hemos entendido la clase a la manera marxista, y convertido la relación de una persona con los medios de producción en un factor determinante. El dicho popular dice que si te pagan por horas y vives de alquiler, eres clase trabajadora; mientras que si te pagan cada mes y tu casa es tuya, eres clase media. Pero ya no tenemos un país lleno de fábricas, minas y talleres con rígidas estructuras de trabajadores y jefes. Formo parte de una generación que creció viendo cómo los mayores se beneficiaban de la posibilidad de endeudarse al parecer sin límite, de modo que costaba encontrar la diferencia entre ricos y pobres. Cuando cumplí los doce, el entonces primer ministro Tony Blair anunció que quería que en 2010 el 50 % de los jóvenes pudieran cursar estudios superiores. Ir a la universidad había dejado de ser un indicativo de clase. En mi generación, lo habitual era que tu primer empleo fuera en una tienda, en la hostelería o en un centro de llamadas. La tradicional división entre trabajadores manuales y trabajadores cualificados nos resultaba ajena. Tras la crisis de 2008, esas categorías quedaron aún más desdibujadas, porque el empleo seguro se convirtió para muchos en un sueño, más que en una realidad.

Como somos una nación a la que le encanta sentirse menos de lo que es, no resulta sorprendente que en la encuesta de 2016 de Actitudes Sociales Británicas el 60 % del público británico se definiera como de clase trabajadora. Lo más interesante del sondeo es que el 47 % de los que se consideraban de clase trabajadora desempeñaban profesiones liberales o tenían puestos directivos, lo que difícilmente puede considerarse clase trabajadora. Al analizar las cifras, la encuesta definió esa identificación como «mentalidad de clase trabajadora». Y aunque el sondeo no incluía un desglose por raza, sí que permitía ver que las probabilidades de estar en contra de la inmigración eran mayores entre aquellos que se identificaban con la clase trabajadora pero tenían trabajos de clase media. ¹ Cuando me preguntan «¿y la clase?» al hablar de raza, no puedo evitar plantearme si no me estarán hablando, más que de dinero, de un tipo de mentalidad.

Uno de los estudios más ambiciosos y significativos relacionados con la clase de los últimos años es el Gran Sondeo Británico de Clase, realizado por encargo de la BBC. Participaron en él unas 160.000 personas. Los resultados, publicados en 2013, pusieron de manifiesto que no hay tres clases, sino siete. La élite la constituyen los más ricos del país, con las mejores puntuaciones en los indicadores económicos, sociales y culturales. La clase media establecida sigue a continuación en cuanto a nivel de ingresos. Les encanta la cultura. La siguiente es la clase media técnica, que tiene dinero pero no es muy sociable. Los nuevos trabajadores pudientes ocupan la parte media de la tabla por lo que se refiere a los ingresos pero puntúan alto en los indicadores sociales y culturales. Proceden de un entorno de clase media y es menos probable que hayan ido a la universidad. La clase trabajadora tradicional es, de promedio, el grupo de más edad. Los trabajadores emergentes del sector servicios van justo detrás de ellos en términos de seguridad financiera. Por último, está el «precariado», el grupo más desfavorecido. ²

A diferencia de otras encuestas sobre la clase, la de la BBC sí preguntaba por la raza. El mayor porcentaje de personas de color se encuentra en el grupo de los trabajadores emergentes del sector servicios, un 21 % en total. Existe el doble de

posibilidades de encontrar a personas de color en el grupo de trabajadores emergentes del sector servicios que en el de la clase trabajadora tradicional. Y, a nivel material, somos en realidad más pobres que ellos.

Hablo en primera persona porque las cifras indican que formo parte de los trabajadores emergentes del sector servicios, como el 19 % de la población general. Por lo común somos jóvenes y vivimos en áreas urbanas. Muchos de nosotros no somos blancos. Nuestro capital cultural y social es alto, pero apenas tenemos capital económico. Nuestros ingresos se sitúan de media en torno a las 21.000 libras. Es más de lo que ingresa la clase obrera tradicional, que tiende a vivir en regiones posindustriales. A cambio, es mucho más probable que los que forman parte de esa clase tengan casa propia y más dinero en el banco. El informe del Gran Sondeo Británico de Clase concluye que los trabajadores emergentes del sector servicios —graduados en carreras artísticas y humanísticas que trabajan en bares o en centros de llamadas— son los hijos de la clase trabajadora tradicional. Lo que yo creo es que son también los hijos de los inmigrantes.

Estos datos sugieren que, cuando se habla de desigualdades estructurales, las cosas no son tan fáciles ni binarias como escoger entre raza y clase. La jerarquía de las tres clases ha dejado de existir, pero es que además parece que las desigualdades raciales preexistentes, más que desaparecer, se ven exacerbadas por las desigualdades de clase. Una investigación del centro de estudios sobre desigualdad Runnymede Trust, realizado tras hacerse públicos los presupuestos generales del Estado del verano de 2015, puso de manifiesto que los más perjudicados por la nueva política presupuestaria iban a ser cuatro millones de personas negras y de otras minorías étnicas, porque este colectivo estaba sobrerrepresentado en las áreas más afectadas por los recortes en los presupuestos, y que la desigualdad iba a empeorar como consecuencia. Lo cierto es que si no has nacido blanco en este país, lo más probable es que no hayas nacido rico. Un estudio de la Joseph Rowntree Foundation demostró que, si eres negro o de otra minoría étnica, es mucho más probable que tengas pocos ingresos que si eres blanco. En el momento de realizarse

el estudio, solo un 20 % de los británicos blancos vivía en la pobreza, comparado con un 30 % de los caribeños negros, un 45 % de los africanos negros, un 55 % de los pakistaníes y un 65 % de los bangladesíes. El informe también llamaba la atención sobre el preocupante porcentaje de niños negros y de otras minorías étnicas —nada menos que el 50 %— que vivía en la pobreza. ³

Pero el estudio de la Joseph Rowntree Foundation se publicó en 2007. Para obtener una perspectiva más a largo plazo sobre la raza y la pobreza en el Reino Unido hay que acudir al censo. Un análisis de 2014 sobre la relación entre la raza y el mercado de trabajo en base a los datos del censo de 2011 concluía que entre los hombres negros de entre los dieciséis y los sesenta y cuatro años se observan las tasas de desempleo más elevadas del país, y que las mujeres negras tienen más probabilidades de estar en paro que las mujeres blancas. Al centrar el análisis en el tipo de trabajo, los datos confirman de nuevo las líneas raciales. Pakistaníes, africanos negros y hombres bangladesíes son los que más posibilidades tienen de acabar encontrando empleos poco cualificados (y mal pagados). La lista de empleos poco cualificados que contempla el censo incluye trabajos administrativos, cuidados, ventas y servicio al cliente, y manipulación de maquinaria. Las personas asiáticas se concentran en sectores como la hostelería, la alimentación y la venta al por menor, mientras que las mujeres negras y de otras minorías étnicas se hallan en mayor proporción en sectores como la salud y el trabajo social (lo que significa que cuando los servicios públicos se enfrentan a recortes gubernamentales, las mujeres negras lo acusan de forma especial). Los hombres pakistaníes e indios aparecen sobre todo en los sectores de la venta al por mayor y al por menor y de la mecánica. ⁴ No son precisamente trabajos de clase media en ningún caso.

Esas son las cifras objetivas. Vienen a sugerir que muchas personas deciden a qué clase pertenecen a partir de sus preferencias políticas y culturales, más que en relación a sus bienes y patrimonio. A diferencia de lo que ocurre con la raza y el racismo, el sentir general en el Reino Unido es que la clase influye, ya sea en positivo o en negativo, en la suerte que

te toca en la vida. Pero pocas veces se menciona la raza en ese análisis. De hecho, cuando se habla de desigualdad, se nos anima a pensar en la raza y en la clase por separado, como si fueran cosas distintas. Y no lo son.

Con todo esto en absoluto quiero decir que no haya personas blancas que vivan en la pobreza en el Reino Unido. Lo que quiero es señalar que no todas las personas de clase trabajadora de este país son blancas. Frente a la idea preconcebida de que la clase viene determinada solo por la pureza de la exclusividad racial británica, deberíamos preguntarnos a nosotros mismos quién conforma de verdad la clase trabajadora.

El debate sobre clase y desigualdad nunca ha sido más urgente que a la luz de la acuciante crisis de la vivienda en Londres y, en concreto, la falta de vivienda social disponible, el apenas regulado sector privado del alquiler y la cada vez más estéril búsqueda de vivienda en propiedad. En la capital, la invasión de los pisos de lujo destinados a personas con ingresos extraordinariamente altos empezó por el este y de inmediato se extendió hacia el norte. Se construían a una velocidad alarmante. Gran parte de mi infancia la pasé en Tottenham, en el noreste de Londres. Cuando vuelvo para visitar a familia y amigos, veo la rapidez con la que el barrio se transforma. Una tarde de invierno, yendo por una calle de Tottenham vi que en lo que antes era un solar se alzaba un andamiaje esquelético. Unos tablones cubiertos de imágenes aspiracionales cercaban el terreno. El mensaje escrito en ellos era al mismo tiempo siniestro y tentador.

La lectura que podía hacerse en realidad dependía de quién la hiciera. «Bienvenidos al lado más urbano de vivir en el corazón del norte de Londres», decía el cartel. No era una invitación dirigida a los que ya vivían en Tottenham, sino a recién llegados, quizá a compradores en busca de su primera vivienda ansiosos por acceder al mercado de la propiedad con la ayuda del banco de mamá y papá, o quizá especuladores que comprarían el piso solo para alquilarlo después y sacar tajada de la crisis de la vivienda en Londres. La palabra «urbano» tenía una clara connotación: era una forma de decir barrio marginal, pobreza y deterioro. «Urbano», como tantas veces

ocurre (sobre todo cuando se habla de música), era un modo de dar a entender que «aquí viven negros». En el censo de 2011, el 65 % de los habitantes de Haringey, el distrito al que pertenece Tottenham, declararon no ser británicos blancos. Me resultaba sospechoso el repentino aumento de los edificios de nueva construcción en Tottenham, me preocupaba que fueran a marcar el inicio de una era de gentrificación, con enormes repercusiones para la composición racial y de clase de la zona.

Mis sospechas no eran infundadas. En 2013, *The Economist* publicó que en el vecino distrito de Hackney, entre los años 2001 y 2011, la población británica blanca del barrio de Stoke Newington había aumentado un 15 %, y la de Dalston un 26 %. ⁵ La gentrificación no solo provocaba cambios que tenían que ver con la raza, sino con el patrimonio, la riqueza y la movilidad. También era un cambio de clase.

Tras aquella primera invitación a la «vida urbana», empecé a ver edificios en construcción similares por todo Tottenham. En 2015, las vallas que rodeaban los recién acabados apartamentos Rivers, situados en la High Road de Tottenham, cerca del estadio de fútbol, prometían a los peatones un «importante desarrollo de la zona gracias al deporte»: nuevas casas, una nueva escuela y nuevos trabajos. Intrigada por las repercusiones de raza y de clase del *boom* inmobiliario londinense, decidí investigar lo que estaba ocurriendo, y empecé por echar un vistazo a la documentación pública del ayuntamiento.

Ese mismo año, el ayuntamiento del distrito de Haringey anunció la construcción de 1.900 viviendas en Tottenham, que debían estar listas en 2018. La iniciativa se enmarcaba dentro de un programa de regeneración de la zona al que la Autoridad del Gran Londres, el mayor órgano administrativo de la ciudad, había destinado 131 millones de libras. Visto así, parecía una forma de atender la elevada demanda de vivienda en Haringey, donde, a mediados de 2015, había una lista de espera de más de 4.500 personas que buscaban un lugar donde vivir. El ayuntamiento decidió que la mitad de los pisos que iban a construirse serían de protección oficial. Dos tercios de esa mitad serían pisos de alquiler protegido y un tercio se

vendería en régimen de titularidad compartida. Como respuesta a la crisis de la vivienda, la iniciativa no podía ser más oportuna.

Pero al revisar más a fondo los planes de regeneración del distrito, vi que las cosas no eran lo que parecían. Un curioso grupo de personas se había unido para preguntar a quién exactamente iba a beneficiar el nuevo plan de vivienda de Tottenham, y todo lo que ponían en duda —cuestiones de raza, clase, riqueza y acceso— resultaba convincente. Uno de ellos me dijo: «No nos oponemos a la regeneración. Esta es una comunidad que necesita regenerarse y los actuales residentes necesitan que se invierta en ella». Otro de los que formaban parte del mismo grupo se hizo eco de sus palabras y añadió: «La gente quiere ver mejoras. Pero ¿qué tipo de mejoras, y para quién?».

Lo que ellos querían saber era si los residentes de la comunidad con ingresos bajos —la mayoría de ellos negros— podrían beneficiarse de las nuevas viviendas. El meollo de la crítica contra los planes de vivienda de Haringey tenía que ver con la decisión de «priorizar la compra de vivienda asequible». La evaluación del impacto en la igualdad (EQIA, por sus siglas en inglés) del propio ayuntamiento del distrito afirmaba: «Existe la posibilidad de que, con el tiempo, los residentes negros de Haringey no se beneficien de los planes para construir más viviendas en el distrito a través del sistema de compra asequible en el este de Haringey. Las familias blancas podrían salir beneficiadas con mayor facilidad». Las 250 viviendas de alquiler protegido que Haringey planeaba construir de cara a 2018 cubrían solo el 5 % de las necesidades de vivienda de la zona, concluía el EQIA. Era irrecusable. Pero el ayuntamiento de Haringey argumentó que necesitaban vender algunas de las viviendas al público general porque los fondos disponibles del Gobierno central no bastaban para financiar todo el proyecto.

Para entender del todo lo que estaba ocurriendo allí, hay que ver aquellos planes de vivienda a la luz de la historia de raza y clase del barrio de Tottenham. En 2015, un residente de Haringey ganaba de media en torno a las 24.000 libras anuales. Es una cifra que está por encima de la media nacional

de 22.044 libras, pero por debajo del salario medio en el centro de Londres, que es de 34.473 libras. Aunque la renta media de Haringey no explica del todo la realidad de un distrito con enormes diferencias de ingresos entre sus habitantes.

El ayuntamiento lo llama la «división este-oeste». En el barrio de Tottenham Hale, donde estaba previsto construir las nuevas viviendas, la mayoría de los residentes tienen empleos en el sector de las ventas y de los servicios, la limpieza, la mensajería y la recogida de basuras, frente al 23,9 % de todos los residentes en Haringey que tienen profesiones liberales. De modo que hay una clara división de clase. El porcentaje de vivienda en propiedad es elevado en el oeste, el lado acomodado del distrito —en áreas como Muswell Hill, Crouch End y Highgate—, mientras que en el este —Seven Sisters, White Hart Lane y Tottenham Hale— son mayoría las viviendas sociales. De la misma manera, en el oeste de Haringey hay salarios elevados mientras que en el este la mayoría de las rentas son bajas. Esas divisiones se ven agravadas por la raza: en el oeste, el porcentaje de población blanca es muy superior al de la población negra, que a su vez está sobrerrepresentada en el este. En los barrios de Muswell Hill, Crouch End y Highgate, en el oeste de Haringey, más del 80 % de los residentes son blancos, mientras que solo el 40 % de los residentes de Northumberland Park y Tottenham Hale, en el este de Haringey, lo son.

Un estudio del Runnymede Trust y la Universidad de Manchester concluyó que Haringey era uno de los lugares con más desigualdad de Inglaterra y Gales. ⁶ Según el estudio de evaluación del impacto en la igualdad que elaboró el propio distrito sobre su estrategia de vivienda, eran las madres solteras de la zona las que más probabilidades tenían de encontrarse sin hogar, y su número, en las listas de personas que buscaban vivienda, iba en aumento en 2015. Cabe concluir, por tanto, que eran mujeres —casi seguro que la mayoría negras, casi seguro que la mayoría madres— las que mayores problemas tenían para encontrar un lugar donde vivir. Y la respuesta del ayuntamiento fue ignorar sus necesidades en los planes de vivienda.

En marzo de 2015, el desacuerdo con los planes de regeneración del distrito llegó al Gobierno municipal. El comité general del Partido Laborista del distrito electoral de Tottenham, una organización de miembros locales del partido, aprobó por unanimidad una resolución de emergencia en la que hacía notar su preocupación por que los planes del ayuntamiento hubieran «cargado a los residentes negros con la responsabilidad de incrementar sus ingresos para poder pagar las viviendas ofertadas, en lugar de preguntar o considerar lo que el ayuntamiento podía hacer para facilitar la igualdad de oportunidades y eliminar la discriminación». La resolución no fue idea de los concejales del Partido Laborista de Tottenham, pero consiguió visibilizar el descontento general.

Cuando insistí para que desde el ayuntamiento de Haringey me dieran una explicación sobre la naturaleza racialmente excluyente de los planes de vivienda, Alan Strickland, el concejal de vivienda y renovación urbana de Haringey, me dijo: «Si hay personas que no pueden acceder a diversos tipos de viviendas por su nivel de ingresos, está claro que lo que hay que hacer es abordar el modo de que esos ingresos mejoren. Eso es algo que debe hacerse a través de aptitudes y trabajos y formación y empleo. A través de nuestro desarrollo económico y del empleo, queremos asegurarnos de estar dando más oportunidades a todos, de modo que cualquiera pueda acceder a esas nuevas viviendas». Me pareció una forma de escurrir el bulto, además de una respuesta de una ambición muy poco realista en el contexto de la sistemática desventaja racial en materia económica. Es un problema que aún no se ha resuelto a nivel estatal, de modo que cuesta entender de qué manera va a poder conseguirlo un ayuntamiento. Las obras, entretanto, continúan. A mediados de 2016 supe por fuentes próximas al ayuntamiento de Haringey que no había ninguna intención de cambiar los planes previstos, pese a la evidencia de que podían llevar a desplazar a la población negra de la zona.

Hablamos de un solo distrito de una ciudad. Pero es un claro ejemplo de cómo, en el Reino Unido, raza y clase van entrelazadas. En este caso, construir viviendas fuera del alcance de la clase trabajadora significa hacerlas fuera del alcance de la población negra.

Deberíamos darle una vuelta a la imagen que evocamos al pensar en una persona de clase trabajadora. Porque no es un hombre blanco con una gorra, sino una mujer negra que empuja un carrito de bebé. Vale la pena preguntarse a quién beneficia que se dé a entender que las únicas personas de clase trabajadora que merecen nuestra compasión son blancas, o que las personas negras o de otras minorías étnicas están acaparando nuestros escasos recursos a expensas de la clase trabajadora blanca.

La expresión «clase trabajadora blanca», en apariencia inocua, se ha hecho habitual en la política británica en los últimos diez años. Hace referencia a un grupo de personas en teoría desfavorecidas e infrarrepresentadas en el Reino Unido. Cuando en 2015 presentó su candidatura a liderar el Partido Laborista, la diputada por Leicester West Liz Kendall dejó claro que ella estaba allí para prestar apoyo a los niños de la clase trabajadora blanca. En un encuentro con periodistas, dijo que quería que los laboristas «se esforzaran al máximo por los niños, en particular por los de comunidades blancas de clase trabajadora». ⁷ No era solo una discriminación de clase lo que estaba lastrando a esos niños, parecía sugerir. Era también el hecho de ser blancos.

Y cuando la BBC anunció su intención de incluir a más personas de color en su plantilla en un intento de combatir la sobrerrepresentación de las personas de raza blanca dentro y fuera de la pantalla, el político conservador Philip Davies se sintió muy agraviado por la decisión. Estaba tan escandalizado que decidió tomarla con el director general de la BBC, Tony Hall. Cara a cara con Hall en el comité de cultura, medios de comunicación y deportes de la Cámara de los Comunes, Davies dijo: «Si uno de mis votantes blancos y de clase trabajadora quiere esa oportunidad [...], ¿por qué debería privársele de ella solo porque usted se ha marcado unos objetivos de corrección política?». ⁸ De nuevo, la implicación era que la raza y la clase son dos desventajas diferenciadas que compiten una con otra. La expresión «clase trabajadora blanca» encaja bien en la retórica de la extrema derecha. Añadir la palabra «blanca» a la frase «clase trabajadora» sugiere que esas personas se enfrentan a desventajas

estructurales por ser blancas, en lugar de por ser de clase trabajadora. Son los viejos temores que reaparecen de vez en cuando, temores propios del victimismo blanco que dan a entender que son las personas blancas las que en realidad padecen el racismo, y que ese racismo a la inversa ocurre por el injusto «trato especial» que reciben las personas negras. Cuando el diputado Philip Davies hizo su intervención sobre la discriminación positiva en la BBC, parecía interpretar lo que estaba pasando como un ataque contra sus votantes blancos y de clase trabajadora, más que como un reto para los ejecutivos y directores blancos y de clase media de la BBC.

Así, vemos cómo se centra la atención en un imaginario racismo a la inversa y no en un legítimo prejuicio de clase. Es extraordinario comprobar de qué manera la opinión pública ha acabado asumiendo la retórica de Nick Griffin sobre la clase trabajadora blanca asediada apenas una década después de su apogeo político. Nadie cuestionará el privilegio de clase de la población de clase media y clase alta en el Reino Unido mientras nuestra atención esté puesta en la grave situación de la clase trabajadora blanca. De hecho, al cambiar el foco del problema, volvemos a situar en el origen del problema a las personas negras y mestizas. Los inmigrantes. Ocurre así porque la mentalidad de la escasez predomina. «Hay mucha gente que cree que sus comunidades han cambiado a un ritmo demasiado rápido, y que el Gobierno no ha proporcionado a esas áreas los recursos necesarios para afrontar ese cambio», dijo la baronesa Sayeeda Warsi en 2009 en el programa *Question Time* de la BBC. En aquel momento, Warsi era la responsable de cohesión comunitaria y acción social de los conservadores, entonces en la oposición. «Este no es un debate sobre racismo —continuó—. Es un debate sobre recursos.»

Aunque la baronesa Warsi buscaba, de un modo tal vez optimista, cambiar los términos de la polémica, los inmigrantes nunca han dejado de generar resentimiento. Las políticas del Gobierno han dado alas a ese miedo a la escasez. Políticas como el derecho de compra, que en la década de 1980 concedía a los arrendatarios de viviendas públicas el derecho a comprar la propiedad en la que vivían a un precio subvencionado, redujeron el número de vivienda pública

disponible. Incluso a día de hoy, los ayuntamientos siguen teniendo problemas para reemplazar las propiedades vendidas. En 2015 y 2016 se vendieron 12.246 viviendas a través del derecho de compra, pero solo se han empezado a construir 2.055 viviendas para reemplazarlas. ⁹ Y todo ello es consecuencia del rumbo que marca el Gobierno, no de acaparadores inmigrantes que hacen acopio de casas.

Acabar con la inmigración no acabará con la pobreza entre los británicos ni con la vivienda precaria. No hay nada que indique que si «los míos» volvemos «al lugar del que vinimos» la vida será mejor o más fácil para las personas blancas pobres. Los mismos sistemas y prácticas que sostienen la jerarquía de clases seguirán en pie.

Debemos preguntarnos por qué los políticos solo abordan asuntos de clase y pobreza cuando están relacionados con personas blancas. Si no se distingue entre razas, entonces la clase trabajadora no merece políticas específicas. De hecho, antes de todo este debate sobre la clase trabajadora blanca, hablar de clase era un tabú político. Cuando, en 1987, Margaret Thatcher dijo que la sociedad no existe, estaba verbalizando algo que forma parte del sentir general en el Reino Unido: la creencia de que es la ambición individual lo que permite a una persona prosperar en la vida. Aunque como país vivimos obsesionados con la clase, durante mucho tiempo nos hemos convencido a nosotros mismos de que la clase no importa en absoluto.

Ahora, en cambio, me preocupa que hayamos aceptado demasiado alegremente la agenda política de la extrema derecha, la que habla de trabajadores y decentes británicos blancos asediados por los inmigrantes. Un estudio de 2014 realizado por la empresa Ipsos MORI reveló que los británicos creen que el porcentaje de población inmigrante del país es del 31 %, cuando en realidad es del 13 %. ¹⁰ El mismo informe desvelaba que cuanto más altos eran tus ingresos más posibilidades había de que creyeras que los inmigrantes son una sangría para los servicios públicos. De quejarnos por la existencia de la clase trabajadora habíamos pasado a extenderles una mano amiga, siempre y cuando sea para para

que le juegue a la contra a esas avariciosas minorías étnicas. Añadir «blanca» tras la expresión «clase trabajadora» sirve para extraer conclusiones sobre raza, trabajo y pobreza que hacen aumentar el valor casi monetario de ser blanco.

Al hablar de raza, de diversidad o de cualquier intento, aunque sea tímido, de inclusión, en su acepción más liberal, incluso los menos generosos blancos de clase media parecen hallar un renovado interés en el progreso de sus homólogos de clase trabajadora. Quienes lo tienen todo azuzan, una contra otra, la clase y la raza de los que no tienen nada. El mito de los codiciosos inmigrantes dispuestos a hacer lo que haga falta para arrebatarse sus oportunidades a las personas blancas de clase trabajadora no puede estar más lejos de la verdad. Un estudio de *The Economist*, elaborado a partir de los datos de la Oficina Nacional de Estadísticas, reveló que algunas de las personas más ricas del Reino Unido se benefician de servicios como el transporte público y el Servicio Nacional de Salud de un modo significativamente superior que sus equivalentes más pobres, [11](#) lo que prueba que a los que ya son ricos se les da muy bien acaparar recursos. El mito de los inmigrantes codiciosos, sin embargo, conviene a ciertos intereses: los de aquellos empeñados en que las cosas sigan como están.

Estamos ante un ejemplo clásico (y de éxito) de divide y vencerás. Va a sonar a cliché, pero si quienes están resentidos con sus vecinos inmigrantes se tomaran la molestia de hablar con ellos y de saber algo más sobre sus vidas, casi sin duda descubrirían que a esas personas no se les ha dado nada en bandeja, sino que viven en condiciones de pobreza y hacinamiento, puede que habiendo dejado atrás una situación aún peor en su lugar de origen.

Años antes de que en este país la presencia de personas negras e inmigrantes fuera significativa, el sistema de clases existía y estaba arraigado. A las personas que salvaguardaban esas divisiones de clase no les preocupaba el bienestar de los que estaban en el último peldaño del escalafón, y sigue sin preocuparles ahora. Pero quienes prefieren culpar a los inmigrantes quieren que señales a tu vecino y te convenzas a ti mismo de que él es el problema. No que te preguntes dónde se

concentra la riqueza en este país y cuál es la razón real de que los recursos sean tan escasos. A las personas que promueven esas ideas no puede importarles menos una cosa o la otra, mientras no les apuntes a ellos con el dedo. No es justo dar a entender que cada victoria de la igualdad de razas significa que quienes pierden son las personas de clase trabajadora blancas. Cuando la movilidad social permite que personas negras accedan a esferas dominadas por la población blanca, esas personas a menudo tratan de establecer algún sistema (como planes de diversidad) que permite que otras personas como ellas lleguen también a ese lugar. Y esas personas negras son más *visibles* que las personas blancas. A menudo quienes claman, y utilizan la clase para ello, contra los esfuerzos por ampliar la representación negra son personas que estarían en posición de ampliar la presencia de sus iguales de clase trabajadora, si quisieran. Por la razón que sea, eligen no hacerlo, pero es que además les falta tiempo para impedir que otros lo hagan.

De modo que aunque clase y raza están inextricablemente conectadas, para las personas de color la movilidad o el cambio de clase puede ser una perspectiva tentadora. A los hijos de inmigrantes sus padres a menudo les aseguran, con la mejor intención, que el acceso a la clase media a través de la educación los libraría del racismo. Se nos dice que nos esforcemos al máximo, que vayamos a una buena universidad y consigamos un buen trabajo.

No podemos culpar a nuestros padres por querer que tengamos una vida mejor y mejores oportunidades que las que ellos tuvieron. Pero, tras graduarme, no tardé en darme cuenta de que la movilidad social no iba a salvarme. Mis sospechas se vieron confirmadas por las estadísticas. Cuando el Congreso de Sindicatos británicos analizó las cifras de la encuesta sobre la población activa de la Oficina Nacional de Estadísticas, descubrió que los empleados negros se enfrentaban a una creciente brecha salarial que les ponía en desventaja respecto a sus equivalentes blancos, y que esa brecha de hecho *se ampliaba* entre quienes tenían más formación. A las personas negras con estudios hasta secundaria se les pagaba un 11 % menos. En el caso de quienes tenían el bachillerato, su salario

era un 14 % más bajo de media, pero es que los que habían superado la formación universitaria cobraban, de media, un 23 % menos que sus homólogos blancos. ¹² Está claro que un birrete, una toga y un diploma no sirven para proteger a los graduados negros de la discriminación.

Los hijos de inmigrantes han asimilado sin patallar las exigencias de la ceguera ante el color, desembarazándose, en un esfuerzo por no destacar, de cualquier rastro de su herencia cultural. Hemos hecho caso a nuestros padres, socialmente conservadores, y nos hemos dejado los codos estudiando. Nos hemos guardado nuestras quejas y hemos cambiado nuestra apariencia, nombre, acento y forma de vestir para encajar mejor. Nos hemos mordido la lengua, hemos evitado expresar opiniones polémicas y hemos pasado de puntillas por todo lo que pueda herir los sentimientos blancos, en un esfuerzo por no causar problemas. Hemos sido tolerantes hasta el extremo de no mencionar la raza, para que no se nos acuse de jugar la carta del racismo. Olvidaos de la retórica política que asegura que el Reino Unido es un país tolerante: que te observen constantemente como a un extranjero en el país en el que has nacido sí que requiere tolerancia.

No creo que ningún grado de privilegio de clase, dinero o educación pueda protegerte del racismo. Y aunque no creo que tenga nada de malo que niños de ambientes pobres obtengan la educación y la formación que desean y persigan sus sueños (al contrario: es algo que aliento activamente), me gustaría que supieran que solo con eso no van a acabar con el racismo, porque no recae sobre ellos cambiar la mentalidad de quienes llevan trajes caros y el pelo engominado y dirigen compañías del FTSE100.

La movilidad de clase exige un éxito moderado y, si no eres blanco, el éxito es una espada de doble filo. Incluso si te esfuerzas al máximo y consigues llegar a lo más alto, se desatará un debate sobre si lo has logrado por tu raza o a pesar de ella. Cuando una mujer no blanca —la poeta Sarah Howe— ganó las 20.000 libras del premio T. S. Eliot de poesía, la revista satírica *Private Eye* dijo: «Howe, una mujer joven de éxito y muy “presentable”, de origen anglochino, es una

embajadora poética mucho más aceptable que los hombres gruñones de mediana edad a los que derrotó». ¹³ La alusión no podía ser más clara: se daba por supuesto que su triunfo se debía solo a que cumplía con los requisitos que dictaba la corrección política. Siempre recae una sombra de sospecha sobre aquellos que no son blancos y triunfan fuera de los ámbitos designados para ello (en el caso de los negros, la música y el deporte). Y si eres una mujer joven, hay quien pensará que solo has triunfado porque un imaginario superior masculino quiere follar contigo. Nunca se dará por sentado que tu éxito es consecuencia de tu esfuerzo, tu voluntad o tu determinación. Porque no hay nada más amenazador para algunos que la redistribución del capital cultural.

Poner en tela de juicio la idea de que raza y clase son realidades marcadamente diferenciadas va a ser complicado. Implica hacer estallar, como si fueran pompas de jabón, ideas que en la actualidad dominan el debate sobre la clase social en este país. Significa irritar a políticos y tertulianos, y significa decir que su relato, el de la clase trabajadora blanca asediada por los ingratos inmigrantes, no es más que palabrería que incita al odio. Dividir y vencer no tiene ningún sentido cuando se trata de solidaridad de clase y tampoco sirve, se mire como se mire, para sacar a la gente de la pobreza. Sabemos que las políticas que tienen como objetivo erradicar las desigualdades de clase también pueden luchar hasta cierto punto contra las desigualdades raciales, porque muchos hogares negros tienen ingresos bajos. Pero no podemos ser tan ingenuos como para creer que los que están arriba tienen algún interés en perder cuotas de poder por el bien de la sociedad. Y aunque la clase trabajadora y las personas negras y de otras minorías étnicas tienen mucho en común, necesitamos recordar que, pese a que sus experiencias son muy similares, también son muy diferentes.

Aunque algunos se enfrentan a prejuicios de clase, otros lo hacen a prejuicios de clase racializados. Es esa complejidad la que hay que navegar con éxito si queremos tener algún día un entendimiento preciso de lo que significa ser hoy de clase trabajadora en el Reino Unido.

La justicia no existe, solo existimos nosotros

«¿Cuándo crees que llegaremos a una solución?»

Estoy en un instituto de bachillerato del sur de Londres, dando una charla a un nutrido grupo de adolescentes sobre el racismo en el Reino Unido. La pregunta me la hace una chica de diecisiete años. Se suma a ella su profesora. Las dos son blancas.

«No hay una solución a la vista —respondo—. No puedes saltar directamente al instante en el que todo está arreglado, no sin antes pasar por la parte complicada y desagradable. Estamos aún en un punto difícil.»

Tras la charla, un grupo de adolescentes negros se apiña a mi alrededor en el exterior, hablando animadamente. «Creo que la gente que quiere pasar directamente a la solución es la gente a la que todo esto no le afecta», dice una chica. Me sorprende su perspicacia.

Cuando Barack Obama fue elegido presidente de Estados Unidos, todo el mundo se apresuró a alardear de que vivíamos ya en una sociedad posracial. Pero proclamar el triunfo posracial era un modo de enterrar cualquier discusión sobre racismo; de dar a entender que le habíamos dado al botón de avance rápido y que estaba ya todo bien. De que no hacía falta seguir quejándose. «Solución» es el nuevo «posracial». La narrativa ha cambiado muy poco. «Posracial» solo reconocía el racismo del pasado e insistía en que vivíamos en una utopía antirracista. «Solución» acepta el racismo actual, pero no se detiene demasiado en él, sino que espera que la utopía posracista esté a la vuelta de la esquina. Las dos manifiestan muy pocas ganas de hablar sobre racismo.

No quise desilusionar a una clase de adolescentes, pero mi discurso no tiene un final feliz. La relación del Reino Unido con la raza y el racismo no es un relato aseado con una resolución amable que hará que te sientas bien. Los cambios

son graduales, y el racismo seguirá existiendo mucho después de que yo haya muerto. Si eres antirracista, tienes para largo. Será difícil. Será necesario, para llegar a una solución, que pases por situaciones muy incómodas.

En el artículo de 2014 de mi blog, mencionaba una brecha comunicativa tan frustrante que hacía que no me apeteciera hablar con blancos sobre racismo. Sigo creyendo que existe una brecha comunicativa, y no tengo claro que vayamos a superarla nunca. Incluso a día de hoy, cuando hablo sobre racismo, lo que hacen muchas personas blancas es cambiar el enfoque de la conversación para, en lugar de reflexionar sobre lo que las hace cómplices de ese racismo, hablar sobre lo que significa ser negro y sobre la «identidad negra». Puede que muestren preocupación por lo que llaman la «política de la identidad», un término que los poderosos utilizan para describir las resistencias de los que sufren desventajas estructurales. Pero no contribuyen de verdad al debate, más bien lamentan que las personas se dividan a sí mismas en pequeños grupos, y alegan que todos somos de la misma raza, la «raza humana». Hablar sobre racismo no es lo mismo que hablar sobre la «identidad negra». Hablar sobre racismo es hablar sobre la identidad blanca. Sobre la ansiedad blanca. Es preguntarse por qué la blanquitud siente la necesidad de reflejar de definirse en relación a esos inmigrantes caracterizados como monstruos para sentirse cómoda, a salvo y segura. ¿Por qué digo una cosa y las personas blancas escuchan otra completamente distinta?

Suelo encontrarme con personas blancas que me preguntan, muy solemnemente, qué creo yo que podrían hacer ellas para acabar con el racismo. La lucha antirracista —la logística, la estrategia, la organización— debe estar en manos de quienes más sufren esa injusticia. Pero considero que las personas blancas que reconocen la existencia del racismo desempeñan también un papel increíblemente importante. Un papel que no puede desempeñar nadie que esté revolcándose en la culpa. Ese apoyo blanco puede ser en forma de ayuda financiera o administrativa a las organizaciones que están realizando un trabajo vital. O puede ser una intervención ante una situación injusta, si es necesario. El apoyo blanco consiste en defender

la causa antirracista en espacios en los que solo hay blancos. Personas blancas, tenéis que hablar con otras personas blancas de racismo. Sí, puede que os tachen de radicales, pero tenéis mucho menos que perder.

Habla con otras personas blancas en las que confíes. Habla con personas blancas en las áreas de tu vida en las que tienes alguna influencia. Si te abruma tu inmerecido privilegio, intenta utilizarlo para algo y úsalo donde tenga sentido hacerlo. Pero no seas antirracista solo de cara a la galería. Ser blanco y antirracista en tu vida personal o profesional, donde nadie va a darte un premio, es mucho más difícil, pero, a la postre, más significativo. La elección de Jeremy Corbyn como líder del Partido Laborista en 2015 generó controversia entre la clase política, que consideraba que sus ideas políticas eran muy radicales. Cuando hizo público su primer gabinete en la sombra, ¹ a los analistas políticos les sorprendió mucho que los principales puestos —ministro de Exteriores en la sombra, ministro de Economía en la sombra y ministro del Interior en la sombra— los ocuparan hombres blancos. Una columna en *The Telegraph* sobre el asunto empezaba diciendo: «El líder laborista es un hombre blanco. Su número dos es un hombre blanco. Su ministro de Economía en la sombra es un hombre blanco. Su ministro de Exteriores en la sombra es un hombre blanco. Su ministro del Interior en la sombra es un hombre blanco. Bienvenidos a la nueva política». ²

Este súbito interés por la intolerable blancura de la política me pareció francamente hipócrita. Es un buen ejemplo del modo en que el lenguaje de las causas de liberación puede usarse para el pimpón político. Esos analistas políticos estaban descubriendo el antirracismo solo para oponerse a Jeremy Corbyn, no porque tuvieran ningún interés real en acabar con la abrumadora blancura del paisaje político. No tenían ningún interés en deconstruir los estándares de raza y clase que marginan a las personas de color en la profesión política. Era antirracismo solo de mentirijillas.

En el ámbito de internet, la naturaleza formularia del antirracismo en las redes sociales nunca ha sido tan evidente como tras los atentados terroristas de París. A mediados de

noviembre de 2015, terroristas suicidas hicieron estallar cinturones explosivos en áreas densamente pobladas de París, al tiempo que hombres armados entraban en dos restaurantes, en un bar y en la sala Bataclan, matando a 130 personas e hiriendo a varios centenares más.

Los atentados de París provocaron un estallido de dolor en las redes sociales. Facebook diseñó un estado específico para que sus usuarios franceses pudieran hacer saber que estaban fuera de peligro. El estallido de dolor hizo que algunos se preguntaran, dirigiéndose no solo a Facebook, sino también al resto de los internautas, por qué se lloraba por ciertas víctimas y no por otras. Las respuestas invariablemente hablaban de factores como la raza, las circunstancias y el lugar donde había ocurrido; es decir, de lo que convierte a alguien en una víctima del terror con la que es fácil identificarse. Y luego pasó algo muy curioso. En paralelo a la cobertura de los atentados de París en los medios tradicionales de noticias, una noticia de hacía más de siete meses sobre los atentados terroristas en la Universidad de Garissa, en Kenia, empezó a compartirse en Facebook y Twitter. Dos días después de los atentados de París, la noticia sobre lo ocurrido en la Universidad de Garissa era la más leída de la página web de la BBC. Los responsables de tendencias de la corporación hicieron notar que «tres cuartas partes de las visitas a la noticia proceden de las redes sociales, y no de la página principal de noticias de la BBC». El análisis que publicaron sobre el fenómeno también subrayaba que «en torno a la mitad de las visitas a la noticia vienen de Norteamérica, y un cuarto del Reino Unido. En total, la noticia atrajo más de diez millones de visitas en dos días; o, lo que es lo mismo, cuatro veces más que en abril, que es cuando tuvo lugar el ataque». [3](#)

Estábamos, parecía, ante un extraño intento de solidaridad con los kenianos, torpemente utilizado para hacer hincapié en cuestiones como la empatía, la solidaridad y el antirracismo tras los atentados de París. Es significativo que los responsables de tendencias de la BBC hicieran notar que en el momento real del atentado, en abril de ese mismo año, la repercusión en las redes sociales había sido anecdótica. Recuperar la noticia con la intención de provocar sentimientos

de pena —o de culpa entre los que ya la sentían— no era más que antirracismo de cara a la galería. Dicho sin rodeos: los kenianos necesitaban esa solidaridad en abril, era entonces cuando hubieran necesitado que se compartiera en redes sociales la noticia. Siete meses después, en noviembre, a modo de pretenciosa «prueba» de lo mucho que se preocupaban en el Reino Unido y Estados Unidos por los países negros y mestizos afectados por el terrorismo tras los atentados de París, no les hacía ninguna falta. Británicos y estadounidenses utilizaron de forma cínica lo ocurrido en Kenia para demostrarse a sí mismos y a sus amigos que ellos sí tenían conciencia social. Que eran de los buenos. Que sabían que las vidas negras importaban.

La solidaridad, si solo se practica de cara a la galería, es autoindulgente. Ponerte un pin en la solapa tras un referéndum sobre la Unión Europea —que acaba siendo también un referéndum sobre la inmigración— es simbólico, pero no evitará que deporten a nadie. Tenemos que ser sinceros con nosotros mismos y reconocer nuestros prejuicios inherentes, antes de pensar en hacer grandes gestos antirracistas en beneficio de la audiencia.

Lo más perverso de nuestra actual estructura racial es que la responsabilidad de cambiarla siempre acaba recayendo sobre los que están abajo del todo. Cuando el racismo es un problema de los blancos. Pone de manifiesto las ansiedades, hipocresías y dobles varas de medir de la blanquitud. Es un problema en la psique de la blanquitud que forma parte de la responsabilidad de las personas blancas resolver. Desde fuera no hay mucho que se pueda hacer.

Tras declarar que no quería seguir hablando con blancos de racismo en 2014, noté que aumentaba de repente el número de personas, blancas o no, que querían oírme hablar de racismo. En cuanto dije lo que siempre se me había dicho que no dijera, todo el mundo quiso saber lo que tenía que decir. Dejar claros mis límites parecía haberme concedido un renovado permiso para hablar.

Hay algo que para mí es evidente: escribir sobre racismo bebe del afán desesperado de hablar de ello de aquellos a los

que les afecta. En cierto modo, puedo entender esa desesperación, esa ansia. Es el motivo por el que empecé a escribir. Me convertí en analista política porque quería cambiar el consenso y ampliar los estrechos confines de las ideas políticas que se consideraban aceptables. Pero, con el paso de los años, he llegado a la conclusión de que se trata de un esfuerzo tan necesario como inútil. Plantar cara al racismo que se considera aceptable en la discusión política es algo que se tolera de forma tácita, pero incomodar a los blancos resulta inadmisibile.

Si sigues las noticias y estás al corriente del estado del mundo, te darás cuenta de que cada día pasan cosas que justifican mi decisión de dejar de hablar con blancos sobre racismo. Hay tanta injusticia, y tantos motivos para no compartir tu desánimo. Quizá seas capaz de verlo, pero no te atreves a hablar de ello por miedo al castigo social. Tras escribir un artículo en mi blog anunciando que no quería seguir hablando con blancos sobre racismo, me di cuenta de que no estaba sola en mi desesperación. Me di cuenta de que hay miles de personas que libran esta batalla cada día. Los que están dispuestos a dismantelar el racismo no necesitan que nadie los convenza o los persuada para hacerlo.

Sé que, al principio, hablar de raza es incómodo, porque a muchas personas blancas les molesta y niegan la mayor. Entiendo también que, cuando una persona blanca empieza a entender lo que ocurre, es todavía peor para esa persona, porque se da cuenta de repente de que el color de su piel la ha estado ayudando desde siempre. Toda una vida aprendiendo a empatizar con las historias de los blancos hace que sea capaz de comprenderlo. Pero no quiero culpabilidad blanca. Ni quiero ver a personas blancas perdiendo un tiempo precioso pidiendo disculpas en lugar de hacer algo al respecto. Ningún movimiento útil por el cambio ha nacido nunca de un ferviente sentimiento de culpa.

En lugar de sentirte culpable, enfádate. La indignación es útil. Utilízala para hacer el bien. Lucha por los que lo están pasando mal y no pierdas el tiempo sintiendo lástima de ti mismo. Las personas de color, a diferencia de las personas blancas, no suelen preguntarme qué pueden hacer para

combatir el racismo. Lo que hacen es preguntarme cuál es mi estrategia para sobrellevarlo. No tengo ninguna fórmula mágica, pero soy una gran defensora de imponer límites, si los necesitas. Rodéate de gente que te dé fuerza. Si necesitas dejar de hablar sobre racismo con blancos, no te sientas culpable y hazlo. Descansa y recupera fuerzas, y así podrás seguir con la lucha de un modo que te resulte sostenible. No quiero que nadie, de ninguna raza, al enfrentarse al inacabable reto de acabar con el racismo, caiga en el desánimo. Sé de primera mano lo que es la depresión y lo mucho que puede paralizarte, el modo en que la desesperación te atenaza y hace añicos tu creatividad, tu entusiasmo, tu fuerza. Pero esas son las tres cosas que seguro que vamos a necesitar si queremos acabar con esta injusticia. Tenemos que luchar contra el desánimo. Tenemos que conservar la esperanza.

En un mundo en el que las acciones más rotundas y evidentes son solo la punta del iceberg del racismo, es importante que describamos el monolito invisible. El racismo puede estar en el modo en que se plantea el debate. El racismo puede estar en el lenguaje que se utiliza. Cargar contra marcos, formas, funciones y códigos racistas cuando no tienes las palabras para describirlos puede hacer que sientas que eres la única persona que ve el problema. Hace falta que nos demos cuenta de que el racismo es estructural para ser capaces de entender el modo insidioso en que actúa. Hace falta que veamos cómo se filtra, como un gas nocivo, y lo contamina todo.

En una conversación sobre el racismo estructural, una amiga dijo una vez algo que saltaba a la vista y a la vez resultaba inaprensible. Las estructuras, dijo, están hechas de personas. Cuando hablamos de racismo estructural, hablamos de la intensificación de los prejuicios personales, de pensamiento único. De algo que está extendido. Pero, en lugar de decidir que la situación actual es una tragedia sin solución, deberíamos verla como una oportunidad para avanzar hacia la responsabilidad colectiva por una sociedad mejor, un camino en el que habrá que tener en cuenta las jerarquías internas y las intersecciones.

Las cosas no tienen que ser como son, y la solución empieza por nosotros mismos. El racismo cultural es tan omnipresente

que recae en nosotros la carga de cambiar nuestros lugares de trabajo y nuestros círculos sociales. Es probable que en alguna de esas conversaciones alguien alce la mano para decir que, para ganar, tenemos que estar unidos. Pero yo creo que, si esperamos a estar unidos, la espera será eterna. Siempre va a haber alguien que no esté de acuerdo con alguno de los aspectos del progreso. Esperar a estar unidos es una invitación a la apatía.

Un mensaje para los que sienten el peso del racismo, para los que ven con claridad el modo en que asfixia la amabilidad, la generosidad y el potencial, y cómo frena el avance del mundo en el que vivimos: no podemos huir de la herencia del pasado, pero podemos utilizarla para moldear nuestro futuro. El añorado Terry Pratchett dijo en uno de sus libros: «La justicia no existe. Solo existimos nosotros». No se me ocurre ninguna otra frase que resuma mejor el trabajo que tenemos por delante.

Recae sobre tus hombros y sobre los míos la responsabilidad de acabar con lo que en algún momento creímos que era cierto. Es nuestro deber. Tenemos que hacerlo, con los recursos que tengamos a mano. Hay que cambiar el relato. Hay que cambiar el marco. Hay que reivindicar la historia británica, toda ella. Hay que dejar claro que lo negro es británico, que lo mestizo es británico, y que no nos vamos a ir a ningún lado. No podemos esperar a que aparezca un héroe y lo arregle todo. En lugar de vernos obligados a reaccionar a un *statu quo* que nos discrimina, debemos rechazarlo de pleno e imponer el nuestro. Y lo más importante: debemos sobrevivir en este caos, de la manera que sea.

Si sientes que se te enciende la sangre ante lo que ves, entonces está en tus manos. No tienes que liderar un movimiento global ni nacional. Puede ser algo tan sencillo como reexaminar las perversas relaciones de poder de tu lugar de trabajo. Puede ser transmitir conocimientos y habilidades a otros que de otro modo no podrían acceder a ellos. Puede ser algo creativo. Puede ser algo informal. Puede ser tu trabajo. No importa lo que sea, mientras sea algo.

Posfacio

Este libro no es nada sin el clima político en el que nació.

Lo ocurrido en 2016 dejó en un estado de estrés postraumático a los progresistas de todo el mundo occidental. El pistoletazo de salida lo dio el Reino Unido al votar a favor de abandonar la Unión Europea —un símbolo de la unidad continental— en junio de 2016 y siguió Estados Unidos con la elección del incalificable e imprevisible oportunista Donald Trump como presidente en noviembre del mismo año. En los círculos progresistas, el 2017 empezaba, gracias a Trump y al Brexit, con mucha angustia. Cuando conseguimos dejar de lado la desesperación, veíamos esas victorias electorales como una razón para organizarnos, como algo a lo que enfrentarnos. Eran victorias electorales que habían tenido lugar en el Reino Unido y Estados Unidos, de modo que dominaban las conversaciones. Se suponían que habían sido inesperadas, pero formaban parte de una tendencia política que se extendía por toda Europa, de un giro hacia la extrema derecha. Deberíamos haberlo visto venir.

Después de casi una década de crisis económica global, durante la cual la mayoría de la población ha vivido una gran inseguridad financiera, afloró de nuevo un viejo tipo de política. Los firmes, brutales, punitivos valores masculinos volvían a tener un lugar en los programas electorales. El resurgimiento del partido fascista y furiosamente antiinmigración Amanecer Dorado en Grecia, un país muy afectado por el colapso financiero, era prueba de ello; en 2015, Amanecer Dorado era ya el tercer partido más votado, y sus tentáculos se extendían al mundo judicial y los cuerpos policiales. A finales de 2015, el Partido Popular Suizo, contrario a la inmigración, fue el más votado en las elecciones federales de su país. En los Países Bajos, el Partido por la Libertad de Geert Wilders lideró todas las encuestas en 2016. Ese mismo año el partido Demócratas de Suecia, con conexiones con el neonazismo, se convirtió en el tercer partido sueco más votado. En las elecciones presidenciales francesas de 2017, a Marine Le Pen y su partido de extrema derecha, el

Frente Nacional, les fue tan bien que consiguieron llegar a la segunda ronda, donde Le Pen perdió pero consiguió un 34 % de los votos. La imparable marea de victorias electorales de la extrema derecha europea se extendió también a Chipre, Dinamarca, Austria, Eslovaquia, Alemania, Italia, Grecia y Hungría. Los valores arcaicos y reaccionarios de esta corriente se pusieron de manifiesto en Finlandia, con los buenos resultados del Partido de los Finlandeses, que quedó segundo en las elecciones de 2015. Según la BBC, en 2011 este partido propuso que las jóvenes finlandesas blancas dejaran de lado su educación y se concentraran en procrear a la siguiente generación de trabajadores finlandeses, para evitar así la necesidad de mano de obra inmigrante. ¹ En la revolución nacionalista blanca, el lugar de la mujer es calladita y en casa. Además de embarazada.

Todos esos políticos sacaron partido de un clima de opinión influido por una catastrófica crisis migratoria, que alcanzó sus peores registros en 2015. La atroz guerra civil en Siria hizo que casi cinco millones y medio de habitantes del país buscaran refugio fuera de sus fronteras, según la Agencia de la ONU para los Refugiados. Pero, a lo largo de toda Europa, los Gobiernos mostraban posiciones ambivalentes al respecto. Algunos ofrecieron ayuda: Alemania aceptó un millón de refugiados en 2015. Otros países fueron menos generosos. Lejos de extender una mano amiga, en 2016 el Gobierno húngaro publicó un folleto en el que daba a entender que permitir que los refugiados se quedaran podría poner en peligro la cultura y las tradiciones del país. ² La compasión que mostró la canciller Angela Merkel la hizo merecedora de duras críticas por parte del partido de extrema derecha Alternativa para Alemania, que se valió de su campaña anti-Merkel para escalar en las encuestas.

Era como si la opinión pública estuviera virando, en todo el mundo, hacia la hostilidad. Los puentes levadizos se alzaron y la atmósfera se enrareció. Todos los países estaban hasta los topes, y todos los países tenían que mirar por los suyos. El mundo se había replegado en sí mismo. Los políticos, en lugar de mostrar empatía y generosidad, repartían castigos. Los refugiados morían en el Mediterráneo y los políticos

populistas nos decían no solo que miráramos a otro lado, sino que la gente que estaba huyendo de la guerra y de la pobreza no necesitaba nuestra ayuda. Ya teníamos bastante con lo nuestro. Además, ¿seguro que estaban tan desesperados? Al fin y al cabo, algunos llevaban teléfonos móviles.

El racismo es algo que yo siempre he tenido presente, pero sé que a otras personas de color en el Reino Unido no les pasaba lo mismo. Eso cambió tras el referéndum del Brexit. Hubo ciudadanos británicos a los que se les dijo que «volvieran a su casa» mientras que a personas que estaban con visado en el país hubo quien les llegó a decir desdeñosamente que su tiempo aquí había acabado. Nigel Farage, del UKIP, aparecía a todas horas en televisión. Parecía querer erigirse en el representante del británico medio, ya fuera con una pinta en la mano en un pub o diciendo, de pie frente a un autobús de campaña, que el Reino Unido había llegado a su límite por culpa de la inmigración. En Estados Unidos, el incipiente movimiento Black Lives Matter (Las vidas negras importan) empezaba a hacerse global gracias a las cámaras de los teléfonos móviles, que habían puesto imágenes a las históricas injusticias a las que la comunidad negra se veía sometida por parte de las fuerzas del orden. Los vídeos borrosos que se colgaban en las redes sociales desataron, con razón, la furia de toda una nueva generación de activistas. Estados Unidos apenas había recibido el impacto de la crisis de los refugiados, pero eso no impidió que Donald Trump describiera a los mexicanos como una sigilosa «amenaza negra» del estilo de la que he mencionado en el capítulo 4, ni que prometiera durante su campaña por la presidencia construir un muro que los mantuviera alejados (la cita es famosa: «Traen drogas. Son criminales. Son violadores. Y algunos, supongo, son buena gente»). ³ Entretanto, *Breitbart*, la página web dedicada a fomentar el odio, se instaló en el centro del poder global cuando Trump, poco después de ser elegido presidente, nombró a su director ejecutivo, Steve Bannon, director de estrategia de la Casa Blanca. Nigel Farage presumió de haberse reunido con Trump ⁴ y pudo verse a Marine Le Pen en la Torre Trump. ⁵ No era solo que la maligna extrema derecha —a la que se había considerado derrotada tras la

Segunda Guerra Mundial— estuviera protagonizando un retorno triunfante, sino que también parecía estar tejiendo alianzas.

Era una película de terror. Las ideologías a las que plantaba cara en mi libro estaban materializándose en la vida real. La teoría del genocidio blanco, inherente a la ideología de extrema derecha, volvía con fuerza. Cada una de sus victorias electorales traía consigo un rebrote del nacionalismo étnico y más reproches a los inmigrantes y refugiados por amenazar la unidad nacional. En el capítulo 4, hablaba del miedo a un planeta negro y de la inherente misoginia del nacionalismo blanco; y poco después la extrema derecha finlandesa alcanzaba el poder con sus ojos puestos en los vientres de las mujeres blancas. Dije que el multiculturalismo se había convertido en un término malsonante, de alarmismo y de victimismo blanco, y de repente todas esas estrategias formaban parte de nuestra vida política y revoloteaba en torno a nuestras conversaciones del día a día. Trump y el Brexit eran dos duros golpes electorales al progresismo político que venían a enmarcar dos años dramáticos.

En el capítulo 6, analicé el modo en que un distrito del noroeste de Londres había eliminado de sus prioridades las necesidades de los inquilinos de viviendas sociales, para ilustrar la forma en que la raza y la clase estaban estrechamente entrelazadas. Solo dos semanas después de la publicación de este libro, el país entero, y yo con ellos, fuimos testigos horrorizados de la muerte en un incendio de setenta y un residentes de la Torre Grenfell. Los que sobrevivieron al fuego perdieron no solo a miembros de su familia sino todo lo que poseían. Como en un terrible ejemplo práctico del capítulo, allí estaban representados algunos de los colectivos más marginados del Reino Unido: personas de clase trabajadora, familias inmigrantes, pensionistas blancos con discapacidades, extranjeros, niños en edad escolar, inmigrantes recién llegados, personas que hacía décadas que consideraban que su casa estaba en Inglaterra. El recuento de fallecidos fue tan laborioso que se acabó identificando a las víctimas por los carteles improvisados con los nombres de las personas desaparecidas que cubrieron todo el oeste de Londres. Absorta

en los informativos de los canales de veinticuatro horas, no podía evitar preguntarme cómo el Gobierno municipal había podido fallarles de ese modo a esas personas. Me resultaba escalofriante haber hecho un análisis de raza, clase y vivienda social tan poco antes de la tragedia de la Torre Grenfell, y comprobar que eliminar las vidas humanas de la lista de prioridades del modo en que había identificado en mi libro tenía las consecuencias que podía contemplar en televisión en forma de enorme edificio en llamas. Me siento culpable incluso al trazar ahora paralelismos entre una cosa y otra, ya que es una evidente tragedia que querría evitar politizar, porque no me gustaría añadir más dolor a algo que ya ha provocado mucho sufrimiento.

Todo lo que acabo de describir formaba parte de la atmósfera en la que se publicó este libro. Mis ideas en torno al racismo son las mismas desde hace un lustro, y en 2012 se consideraban increíblemente radicales. Pero en 2017 el mundo occidental había cambiado de forma drástica. La gente buscaba respuestas, un bálsamo tranquilizante, o un antídoto que permitiera devolver el golpe.

Lo que pretendía al escribir el libro era muy simple: quería cambiar el debate nacional sobre la raza. Para cuando se publicó, los astros se habían alineado de tal modo que el público estaba preparado para leerlo. A principios de 2017, no estaba segura de cómo sería recibido. Había decidido, de acuerdo con mi editor, mantener el título del artículo original. Para mí era importante ser muy clara con los lectores sobre ese estallido inicial de frustración y desaliento. Me di cuenta de que aquello iba de verdad cuando vi la propuesta de cubierta. Greg Heinemann, el mago del diseño de Bloomsbury, había convertido las palabras del artículo de mi blog en una imagen que no podía ser más adecuada. Cuando publiqué la cubierta en redes sociales, casi un año antes de la publicación, se compartió muchísimo y la expectación era palpable. Gran parte de esa respuesta fue gracias al pecado capital de juzgar a un libro por su cubierta. Era una cubierta que como mínimo estaba diciendo «este libro no lo ha escrito una persona blanca». Puede que incluso dijera a la audiencia blanca «este libro no es para ti». Y fue como poner un capote rojo delante

de un toro: acudieron en tropel. Algunas muestras de indignación se colaron entre los elogios. Hubo personas blancas que me aleccionaron sobre la segregación, o que me dijeron que Martin Luther King Jr. no aprobaría mi trabajo. Otros me riñeron por mis prejuicios.

No dejado de recibir reacciones viscerales al libro desde entonces. He oído historias de librerías que lo tenían en el escaparate e historias de lectores que leían mi libro de camino al trabajo. En ellas siempre había una persona blanca que manifestaba su indignación porque estuvieran leyendo o vendiendo el libro. Es lo que le ocurrió a una librera del este de Londres, me lo contó cuando fui a firmar ejemplares. Un hombre blanco de una cierta edad entró en la tienda, vio el libro en el escaparate y, temblando de rabia, montó una escena en el mostrador, porque «al revés nadie lo permitiría». «Estaba tan enfadado que no pude ni contestarle», me dijo la librera. Hubo también un chico negro que iba leyendo por la calle y que tuvo que aguantar que una mujer blanca se le acercara para hacerle saber que el libro que leía «no ayudaba en nada al debate». Las personas blancas de clase media pueden ser particularmente calculadoras con su malestar. Muchas de las personas con las que he tenido contacto a raíz del libro — librerías, fotógrafos, productores— me han dicho, muy en serio, que el libro es un intento de provocar. «Es muy polémico, ¿verdad?», me han llegado a decir, una y otra vez, en una conversación de no más de media hora. «¿Lo es? — respondo—. ¿Lo has leído?» «No», es la inevitable respuesta.

Más allá de la reacción visceral del público a la cubierta, me apetecía averiguar si el contenido del libro tendría algún impacto en el debate sobre la raza en el Reino Unido. Nunca deja de dar miedo exponer tus ideas ante la opinión pública, dejar que las desmenuen. Pero las reacciones iniciales fueron positivas. Un día antes de que el libro saliera a la venta, *The Guardian* publicó un extracto de cuatrocientas palabras. Mi bandeja de entrada se llenó de reacciones de los lectores, algunas amables y reflexivas y otras enormemente confusas. Una persona me recomendó que hiciera vuelo yóguico, porque, me aseguró, en cuanto aprendiera a levitar el racismo dejaría de preocuparme. Pero más allá de lo anecdótico, había

un elemento en común: veía que a las personas blancas les servía para reflexionar sobre las dinámicas de su vida y de qué modo la raza las había determinado; y que en las personas negras desbloqueaba una válvula de presión que les permitía, según me decían, atreverse a dar por perdido a un amigo beligerante, o lanzarse a tener una conversación difícil con un jefe.

El primer evento relacionado con el libro tuvo lugar en el centro Southbank de Londres, tres meses antes de que el libro saliera a la venta. Era una charla con la periodista Hannah Pool. Al ver la cola de acceso al centro que serpenteaba por las escaleras media hora antes de iniciarse el acto noté cómo la ansiedad me cerraba la garganta. Los amigos que estaban entre el público me dijeron luego que la atmósfera era «eléctrica». Durante la charla, que duró cuarenta y cinco minutos, expresé mi frustración porque, también al hablar de racismo, para las personas blancas todo girara siempre en torno a sus sentimientos, y luego abrimos el turno de preguntas. Una mujer blanca alzó la mano, empezó a hablar y poco después rompió a llorar. Lo había visto venir, había notado cómo le temblaba la voz. Se sentía fatal por todo aquello, dijo. Incluso había pensado en autolesionarse. No sabía qué hacer. Rechinando los dientes, interrumpí su monólogo y le aseguré que sumirse en la desesperación no llevaba a ninguna parte. Noté sobre mí la presión de marcar la pauta de lo que debía ser la atmósfera en la sala y me di cuenta de que estaba a punto de convertirme en responsable de un montón de sentimientos ajenos.

Gran parte de la campaña de promoción de este libro me ha llevado a gestionar sentimientos ajenos. En los actos había lágrimas de felicidad, lágrimas de culpabilidad, risas y rabia. Ha habido una tendencia por parte de los lectores a dirigir su frustración hacia el espacio que me acogía; una frustración legítima, por el hecho de que a menudo era una de las pocas veces que esas instituciones se habían ocupado de un tema como el racismo. Ha habido maravillosos niños y adolescentes en la audiencia, que me han dado, de verdad, mucha esperanza en el futuro. Ha habido acoso en directo, un hombre que apareció solo en uno de los eventos, hizo caso omiso de todo

lo que dije y luego, cuando acabó la firma de ejemplares, procedió a seguirme por todas partes. Lanzaba pregunta tras pregunta, y no pude sentarme tranquila ni comer en paz hasta que mi publicista le pidió que se fuera.

El libro llegó en un momento en el que muchas personas no entendían hacia dónde iba el mundo. Cuando pude volver a leerlo de nuevo, no pude evitar detenerme en el capítulo sobre el feminismo. Citaba en él un artículo de 2014 de mi blog en el que lamentaba que no fuera posible tener una discusión sobre racismo que no estuviera empañada por la ceguera ante la raza. «Piensa en la última vez que escuchaste hablar sobre la naturaleza del racismo en los medios —había escrito—. Es un asunto que no ocupa el mismo espacio que el feminismo en los medios el Reino Unido.» No me equivocaba al decir eso. En los medios generales, de racismo se hablaba poco y muy de vez en cuando. El Reino Unido es un país que ha invertido poco en periodismo antirracista, y es un país en el que hay decenas, no miles, de investigadores negros. Puedo contar con los dedos de una mano los libros parecidos al mío que se han publicado en las últimas tres décadas, al menos en editoriales con el presupuesto suficiente como para convertirlos en éxitos. Dependíamos demasiado del relato estadounidense como herramienta para encontrarnos a nosotros mismos.

No puedo creer hasta qué punto las cosas han cambiado desde entonces. El pensamiento crítico y la cultura negros han vivido un renacimiento. A través de compañías con amplios presupuestos o de particulares que se apoyan en las redes sociales, la sensación es que la perspectiva crítica antirracista está en la cresta de la ola, y que se mantiene a flote gracias a una enorme corriente de apoyo. La revista *Vogue*, en su edición británica —toda una institución en sí misma—, nombró a su primer director negro. A la directora saliente, Alexandra Shulman, le preguntaron en una entrevista por qué, bajo su liderazgo, la revista había tenido un problema de diversidad. Shulman insistió en su respuesta en que estaba «en contra de las cuotas» y que durante su tiempo al frente de la revista *Vogue* había incluido a personas que creía que eran «interesantes». ⁶ Y que resultaron ser abrumadoramente blancas. Ella no era en absoluto racista, dijo, además de que su

exmarido era hijo de un líder de los derechos civiles, de modo que la sugerencia no podía resultarle más ofensiva. La entrevista fue muy criticada entre el público y también en el mundo de la moda; la web *Racked* llegó a calificarla de «caso de manual de privilegio blanco». ⁷ Estoy convencida de que una reacción así no habría sido posible hace tan solo cinco años. Luego estuvo el éxito de *Déjame salir*, una película de terror estadounidense en la que aparecen algunos de los rasgos más sutiles del racismo blanco, liberal y fetichista, y estuvo también Lubaina Himid, la primera mujer negra que ganó el premio Turner por su obra sobre la esclavitud y el legado del colonialismo. La galería Tate Modern inauguró una exposición de enorme éxito sobre el arte en la época del *black power*. Cuando tanto la primera ministra Theresa May como el líder de la oposición Jeremy Corbyn dedicaron parte de 2017 a manifestar su compromiso con el fin de la desigualdad racial, me di cuenta de que el antirracismo ya no era algo marginal. De que la opinión pública lo había convertido en una prioridad política. Mi libro apareció entre los candidatos y finalistas a prestigiosos premios y se ganó un lugar en las listas de los mejores libros de 2017. Jo Swinson, la líder de los Liberal Demócratas en el Parlamento, habló sobre él en redes sociales y dijo que era «brillante». ⁸ Esta dinámica es nueva para mí. Me enorgullece haber contribuido a este renovado clima de urgencia. Espero que el éxito del libro signifique que al menos paso a formar parte de la masa británica contemporánea, en lugar de ser una voz en el desierto.

Nada de todo esto quiere decir que el racismo estructural, o de otro tipo, ya no exista. En el momento de escribir este libro, Donald Trump sigue siendo presidente de Estados Unidos y su triunfo da alas a los grupos de extrema derecha blancos y nacionalistas. ⁹ Creen que conseguirán que todo el mundo claudique ante la política del odio; que lograrán arrebatarnos el planeta a los demás. En el ámbito electoral, la extrema derecha ha sufrido un pequeño retroceso respecto a 2016. Pero creo que hay una diferencia entre la ignorancia y la malicia, aunque lo primero puede parecer (y convertirse en) lo segundo. Creo que, en términos generales, el lado del progreso antirracista lleva la delantera. Me llena de esperanza y me nutre

políticamente ver las conversaciones que se producen en mis eventos. Cada vez que participo en un acto, la audiencia es para mí un foco de conocimiento y potencial. Veo cambio. Veo talento. Está ahí, entre la multitud, sobrevuela la atmósfera. Aprendo también mucho de las personas de color que acuden, expertos en sus respectivos campos que han decidido cargar con la responsabilidad adicional de ser el «antirracista de guardia» en sus lugares de trabajo. A veces, en esas rondas de preguntas tengo la sensación de que entre los asistentes hay personas mucho más cualificadas que yo para responder a ciertas cuestiones. Ese es el poder del colectivo. Estamos en un punto de inflexión y me alegra que mi libro haya servido de catalizador. Ojalá la gente que viene a mis actos aproveche la ocasión para conocerse, intercambiar datos de contacto y formar su propio grupo de resistencia.

Me considero parte de un movimiento y creo que, si lo que has leído en este libro te ha conmovido en lo más profundo, entonces también eres parte de ese movimiento. Está pasando ahora mismo.

BIBLIOGRAFÍA

- ADAMS, CAROL J., *The Sexual Politics of Meat: A Feminist-Vegetarian Criticar Theory* , Nueva York, Continuum, 1990. [Versión castellana: *La política sexual de la carne. Una teoría crítica feminista vegetariana* , Madrid, Ochodoscuatro Ediciones, 2016.]
- ALLEN, THEODORE W. , *The Invention of the White Race. Volume 1: Racial Oppression and Social Control* , Londres, Verso, 1994.
- BEAUVOIR, SIMONE DE , *Le deuxième sexe* , París, Gallimard, 1949. [Versión castellana: *El segundo sexo* , Alicia Martorell (trad.), Madrid, Cátedra, 2017.]
- BOURNE, STEPHEN , *Dr Harold Moody*, Londres, London Borough of Southwark, Southwark Local History Library, 2008.
- , *Mother Country: Britain's Black Community on the Home Front 1938-45* , Stroud (Gloucestershire), The History Press, 2010.
- CRENSHAW, KIMBERLÉ , «Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics, and Violence against Women of Color», *Stanford Law Review*, vol. 43, n.º 6, julio de 1991, pp. 1241–1299, Stanford Review, Stanford (California), 1991. [Versión castellana: «Cartografiando los márgenes: Interseccionalidad, políticas identitarias y violencia contra las mujeres de color», en *Intersecciones. Cuerpos y sexualidades en la encrucijada* , de Raquel (Lucas) Platero, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2012.]
- DAS, SANTANU , «The Indian Sepoy in the First World War», Londres, British Library, <www.bl.uk/world-war-one/articles/the-indian-sepoy-in-the-first-world-war>.
- FANON, FRANTZ , *Black Skin, White Masks* , Nueva York, Grove Press, 1967. [Versión castellana: *Piel negra, máscaras blancas* , Iría Álvarez (trad.), Madrid, Akal, 2009.]

- HALL, STUART; CRITCHER, CHAS; JEFFERSON, TONY; CLARKE, JOHN; ROBERTS, BRIAN, *Policing the Crisis, Mugging, the State and Law and Order* , Londres, Macmillan, 1978.
- HOOKE, BELL , *Ain't I a Woman: Black Women and Feminism* , Londres, Pluto Press, 1987. [Versión castellana: *¿Acaso no soy yo una mujer? Mujeres negras y feminismo* , Gemma Deza Guil (trad.), Bilbao, Consonni, 2020.]
- LORDE, AUDRE , *Sister Outsider: Essays and Speeches* , Trumansburg (Nueva York), Crossing Press, 1984. [Versión castellana: *La hermana, la extranjera. Artículos y conferencias* , María Corinero Fernández (trad.) Madrid, Horas y Horas, 2002.]
- SPELMAN, ELIZABETH V. , *Inessential Woman: Problems of Exclusion in Feminist Thought* , Boston, Beacon Press, 1990.
- VAUGHAN, DAVID A. , *Negro Victory: The Life Story of Dr Harold Moody* , Londres, Independent Press Ltd, 1950.
- WALLACE, MICHELE , *Black Macho and the Myth of the Superwoman* , Nueva York, Dial Press, 1979. [Versión castellana: *Macho negro y el mito de la supermujer* , Ivana Palibrk (trad.) Pamplona, Katakarak, 2018.]

Agradecimientos

Gracias a Rupert por apostar por mí, y a Alexa von Hirschberg y Angelique Tran Van Sang por hacerme una mejor escritora. A toda la gente de Bloomsbury que creyó en este libro: espero que podáis sentirnos orgullosos.

A Jessica y Jenny, que desnudasteis vuestras almas para este libro, no hay gracias suficientes que pueda daros por ser tan honestas conmigo.

Gracias a John Fernandes y a otros que fueron de ayuda indispensable en mi investigación.

Gracias a las que me señalasteis la dirección en la que debía investigar: Kirsty, Aisling y Yasmin.

CC, tu apoyo ha hecho esto posible. Eres mi pilar.

Notas

1 . El texto se recoge en su libro *La hermana, la extranjera. Artículos y conferencias* , Madrid, Horas y Horas, 2002. (N. de la t.)

1 . Oprah Winfrey fue una de las principales valedoras de este documental de 1994. Vale la pena verlo.

1 . La ilustración del barco de esclavos *Brooks* , cortesía del Bristol Museum, puede verse en *A History of the World in 100 Objects* , de la BBC y el Museo Británico,
<[http://www.bbc.co.uk/ahistoryoftheworld/objects/Akxq5WxwQOKAF5S1ALmK
nw](http://www.bbc.co.uk/ahistoryoftheworld/objects/Akxq5WxwQOKAF5S1ALmKnw)>.

2. «Ports of the Transatlantic Slave Trade», ponencia pronunciada por Anthony Tibbles en el congreso TextPorts, Liverpool Hope University College, abril de 2000.

[3](#) . *Britain's Forgotten Slave Owners* , episodios 1 y 2, David Olusoga y el University College London, serie documental emitida por primera vez por la BBC2 en julio de 2015.

4 . Popularizado en la década de 1980, el concepto de negritud política fue acuñado por los activistas antirracistas para referirse, de forma solidaria, a cualquiera que no fuese blanco.

[5](#) . «Remember the World as Well as the War: Why the Global Reach and Enduring Legacy of the First World War Still Matter Today», British Council, 2013, p. 12.

[6](#) . Egipto, Francia, Alemania, India, Rusia, Turquía y Reino Unido.

7 . Shashi Tharoor, «Why the Indian soldiers of WW1 were forgotten», BBC News Magazine, 2 de julio de 2015, <<http://www.bbc.co.uk/news/magazine-33317368>>.

8 . Glenford D. Howe, «A White Man's War? World War One and the West Indies», BBC History, 3 de octubre de 2011, <http://www.bbc.co.uk/history/worldwars/wwone/west_indies_01.shtml>.

[9](#). «Riots on the streets of Cardiff as poverty hits», *Wales Online* , 7 de julio de 2009.

[10](#) . «The Roots of Racism in City of Many Cultures», *Liverpool Echo* , 3 de agosto de 2005.

11 . Archivos Nacionales, Spotlights on History, «Demobilisation in Britain, 1918-20»,
<www.nationalarchives.gov.uk/pathways/firstworldwar/spotlights/demobilisation.htm>.

[12](#) . Stephen Bourne, *Mother Country: Britain's Black Community on the Home Front , 1939-45* , The History Press, 2010, p. 17.

[13](#) . Peter Fryer, *Staying Power: The History of Black People in Britain* , Pluto Press, 1984, p. 326.

14 . *The Keys* , cortesía de la Biblioteca Británica, la Liga de los Pueblos de Color, 1933,
<<http://www.bl.uk/learning/citizenship/campaign/myh/newspapers/gallery1/paper2/thekeys2.html> >.

15 . *The Keys* , cortesía de la Biblioteca Británica, la Liga de los Pueblos de Color, 1933,
<<http://www.bl.uk/learning/citizenship/campaign/myh/newspapers/gallery1/paper5/thekeys5.html> >.

16 . El doctor Moody y su mujer, Olive Tranter, tuvieron seis hijos. Cuando se declaró la Segunda Guerra Mundial, uno de ellos, Charles Arundel Moody, al que llamaban Joe, no solo era lo suficientemente mayor para participar en la contienda sino que deseaba hacerlo. Pero, cuando fue a alistarse, un oficial blanco le dijo que no era posible, porque no era «de puro linaje europeo». Indignado, el doctor Moody denunció el caso en *The Keys* y recibió el apoyo de otras organizaciones negras. La presión que ejercieron sobre la Oficina Colonial —el departamento gubernamental encargado de todo lo relacionado con el Imperio— consiguió revertir la decisión en octubre de 1939. Joe se convirtió así en el segundo hombre de raza negra de la historia que era aceptado como oficial en el ejército británico.

[17](#) . Había muy pocas mujeres negras en las ciudades portuarias debido al tipo de trabajo —del ámbito militar y de los astilleros— disponible, muy marcado por el género.

[18](#) . Muriel Fletcher, «Report on an Investigation into the Colour Problem in Liverpool», Asociación por el Bienestar de los Niños Mulatos, 1930.

[19](#) . Mark Christian, «The Fletcher Report 1930: A Historical Case Study of Contested Black Mixed Heritage Britishness», *Journal of Historical Sociology* , vol. 21, n.º 2-3, junio/septiembre de 2008, pp. 213-241.

[20](#) . *Empire Windrush* 1948, «Exploring 20th Century London», Renaissance London Museum.

[21](#) . Ceri Peach, «Patterns of Afro-Caribbean Migration and Settlement in Great Britain: 1945-1981», en Colin Brock, *The Caribbean in Europe: Aspects of the West Indian Experience in Britain, France and the Netherlands* , Londres, Frank Cass & Co., pp. 62-84.

[22](#) . «Immigration Patterns of Non-UK Born Populations in England and Wales 2011», Oficina Nacional de Estadísticas, 17 de diciembre de 2013.

[23](#) . Mark Olden, «White Riot: The Week Notting Hill Exploded», *The Independent* , 28 de agosto de 2008.

[24](#) . *Chambers 21st Century Dictionary* , edición de Mairi Robinson, Cambridge University Press.

[25](#) . Alice Bhandhukravi, «Notting Hill Riots – 50 years on», bbc.co.uk, 21 de agosto de 2008.

[26](#) . Mark Olden, «White Riot: The Week Notting Hill Exploded», *The Independent*, 28 de agosto de 2008.

[27](#) . «After 44 Years Secret Papers Reveal Truth About Five Nights of Violence in Notting Hill», *The Guardian* , 24 de agosto de 2002.

[28](#) . Proyecto de Ley contra la Discriminación por Raza de 1960, Archivos del Parlamento del Reino Unido, HL/PO/PU/2/119.

29. Jenny Bourne, «The Race Relations Act 1965 – Blessing or Curse?», Institute of Race Relations, 13 de noviembre de 2015, <www.irr.org.uk/news/the-race-relations-act-1965-blessing-or-curse>.

30 . Lista de leyes de inmigración del Gobierno del Reino Unido, gov.uk, <https://www.gov.uk/government/uploads/system/uploads/attachment_data/file/268009/immigrationacts.pdf>.

31 . «1965: New UK race law “not tough enough”», BBC: On This Day, [bbc.co.uk](http://news.bbc.co.uk/1/hi/dates/stories/december/8/newsid_4457000/4457112.stm), 8 de diciembre de 1965, <http://news.bbc.co.uk/1/hi/dates/stories/december/8/newsid_4457000/4457112.stm>.

[32](#) . Philip N. Soben, «The Origins of the Race Relations Act», Centre for Research in Ethnic Relations, University of Warwick, septiembre de 1990, trabajo de investigación, p. 1.

[33](#) . Jen Beaumont (ed.), «Population, Edition No.: Social Trends 41», Palgrave Macmillan, UK Office for National Statistics, 2011, p. 3.

[34](#) . «1968: Race discrimination law tightened», BBC: On This Day, bbc.co.uk, 26 de noviembre de 1968.

[35](#) . *Newsnight* , reportaje sobre el boicot a los autobuses de Bristol, BBC, 27 de agosto de 2013.

[36](#) . «Protest Revealed City Had Its Own “Dream”», *Bristol Post* , 27 de agosto de 2013.

37 . «Stop and search: what can we learn from history?», *BBC History Magazine* ,
miércoles 12 de agosto de 2009, <<https://www.historyextra.com/period/stop-and-search-what-can-we-learn-from-history>>.

[38](#) . *Policing the Crisis: Mugging, the State, and Law and Order* , de Stuart Hall (autor), Brian Roberts, John Clarke, Tony Jefferson y Chas Critcher (cols.), colección Critical Social Studies, Macmillan Press, 30 de abril de 1978, p. 40.

[39](#) . «The Power to Stop and Search», bbc.co.uk, 14 de diciembre de 2000.

[40](#) . «Black People Still Far More Likely to be Stopped and Searched by Police than Other Ethnic Groups», *The Independent* , 6 de agosto de 2015.

41 . Yaojun Li, «Ethnic Unemployment in Britain (1972-2012)», Runnymede Trust/University of Manchester Institute for Social Change, enero de 2014, <<https://www.runnymedetrust.org/blog/ethnic-unemployment-in-britain> >.

[42](#) . «Network – Paint it Black: A Portrait of Handsworth», parte 2, 1982, LBC / IRN Digitisation Archive, Global Radio UK Ltd. Programa documental de radio emitido por primera vez en BRMB Radio Birmingham en 1982.

[43](#) . «The Legacy of the Brixton Riots», bbc.co.uk, 5 de abril de 2006.

[44](#) . «1981: Brixton Riots Report Blames Racial Tension», bbc.co.uk, 26 de noviembre de 1981.

[45](#) . Benjamin Bowling, *Violent Racism: Victimization, Policing and Social Context* , Oxford University Press, 1999, p. 53.

[46](#) . «Newham Monitoring Project Annual Report 1983», cortesía de Black Cultural Archives, p. 22.

[47](#) . Abie Longstaff, James Willer, John Chapman, Sarah Czarnomski y John Graham, «Neighbourhood policing: Past, Present and Future, A Review of the Literature», Police Foundation, mayo de 2015, p. 9.

[48](#) . «Camden Committee for Community Relations Annual Report 1984»,
cortesía de Black Cultural Archives, se desconoce la página.

[49](#) . Ensayos escritos por los cadetes de la Metropolitan Police Training School, Hendon, 1982. Cortesía de Black Cultural Archives.

[50](#) . «Police Racism and Union Collusion: the John Fernandes Case», National Convention of Black Teachers, año desconocido, p. 31.

[51](#) . *Labour Party Black Sections: Here to stay! The Vauxhall Experience* , Partido Laborista de Vauxhall, 1984, p. 1.

[52](#) . Bernie Grant en el Congreso del Partido Laborista de 1984. Archivado en la Bishopsgate Library.

[53](#) . *Darcus Howe on Black Sections in the Labour Party* , Race Today Publications, Black Rose Press, 1985, p. 8.

[54](#) . «Police Blamed Over 1985 Cherry Groce Brixton Shooting», bbc.co.uk, 10 de julio de 2014.

[55](#) . «This is the room where police shot my mum, Cherry Groce», una entrevista de Simon Israel, *Channel 4 News* , jueves 10 de julio de 2014.

[56](#) . BBC Archive: «1985: Riots in Brixton after police shooting», bbc.co.uk, 28 de septiembre de 1985.

[57](#) . «Riots in Brixton after police shooting», archivo de *The Guardian* , 30 de septiembre de 1985.

[58](#) . Tony Moore, *The Killing of Constable Keith Blakelock: The Broadwater Farm Riot* , Waterside Press, 2015, p. 103.

[59](#) . Stafford Scott, «The Broadwater Farm uprising», 28 de febrero de 2014.

[60](#) . «Report of the independent inquiry into disturbances of October 1985 at the Broadwater Farm Estate, Tottenham, chaired by Lord Gifford QC», Broadwater Farm Inquiry 1986, pp. 76, 84.

[61](#) . «Cherry Groce Inquest: “Astonishing” Police Failures Blamed for 1985 Brixton Riots Trigger Shooting», *International Business Times* , 10 de julio de 2014.

[62](#) . David Young era el ministro de Trabajo del Gobierno de Thatcher en 1985. Junto a Kenneth Baker, otro ministro, era el autor de las propuestas de mejora de las condiciones de vida de las familias negras, entre las que figuraban planes de emprendimiento dirigidos a jóvenes negros. (*N. de la t.*)

[63](#) . «Inner cities policy and problems: regeneration of Liverpool and London; Docklands Urban Development Corporation», Comisión del Arzobispado de Canterbury sobre Áreas Prioritarias Urbanas, parte 7, Archivos Nacionales, Kew 1985-1986.

[64](#) . «*Selma* star David Oyelowo: “I had to leave Britain to have an acting career”», *Radio Times* , 7-13 de febrero de 2015.

[1](#) . «Condon's Apology is Not Enough, Say Lawrences», *The Independent* , 1 de octubre de 1998.

2. «Lawrence Family Unimpressed By Police Apology», bbc.co.uk, 17 de junio de 1998.

[3](#) . «The Stephen Lawrence Inquiry, Report of an Inquiry», de sir William Macpherson of Cluny, con el asesoramiento de Tom Cook, el reverendo John Sentamu y el doctor Richard Stone. Presentado en el Parlamento por el secretario de Estado del Ministerio del Interior por encargo de Su Majestad la reina, febrero de 1999, secciones 46.1, 6.34.

[4](#) . «30 years of British Social Attitudes self-reported racial prejudice data», NatCen Social Research, 27 de mayo de 2014.

[5](#) . «Racism on the Rise in Britain», *The Guardian* , 27 de mayo de 2014.

6 . «Permanent and Fixed Period Exclusions From Schools and Exclusion Appeals in England, 2011/12», Ministerio de Educación, 25 de julio de 2013.

[7](#) . The Centre for Market and Public Organisation, Test Scores, Subjective Assessment and Stereotyping of Ethnic Minorities, Simon Burgess y Ellen Greaves, septiembre de 2009.

[8](#) . «Destinations of Key Stage 4 and Key Stage 5 Pupils by Characteristics, 2010/11», Ministerio de Educación, 23 de julio de 2013.

[2](#) . «Equality in HE Statistical Report 2013 Students», Equality Challenge Unit.

10 . «The sorry state of “equality” in UK universities», *Times Higher Education* ,
11 de diciembre de 2016, <www.timeshighereducation.com/blog/sorry-state-equality-uk-universities>.

[11](#) . Martin Wood, Jon Hales, Susan Purdon, Tanja Sejersen y Oliver Hayllar, «A Test for Racial Discrimination in Recruitment Practice in British Cities», National Centre for Social Research, 2009.

[12](#) . «Youth Unemployment and Ethnicity», informe del Trades Union Congress, 2012, pp. 6-7.

[13](#) . «Have Ethnic Inequalities in Employment Persisted Between 1991 and 2011?», Dynamics of Diversity: Evidence From the 2011 Census, Esrc Centre on Dynamics of Ethnicity (CoDE), University of Manchester y Joseph Rowntree Foundation, septiembre de 2013, p. 2.

[14](#) . Niamh Eastwood, Michael Shiner y Daniel Bear, «The numbers in black and white: ethnic disparities in the policing and prosecution of drug offences in England and Wales», Release & London School of Economics, 2013, pp. 15, 16, 31.

[15](#) . Jason Bennetto, «Police and Racism: What Has Been Achieved 10 Years After the Stephen Lawrence Inquiry Report?», Equalities and Human Rights Commission, 2009, pp. 5, 29, 39.

[16](#) . «Inside Outside-Improving Mental Health Services for Black and Minority Ethnic Communities in England», National Institute for Mental Health in England, 2003, p. 40.

[17](#) . «Independent Inquiry into the death of David Bennett», 2003, p. 42.

[18](#) . Jo Moriarty, Nadira Sharif y Julie Robinson, «Black and Minority Ethnic People with Dementia and their Access to Support and Services», Social Care Institute for Excellence, marzo de 2011, p. 4.

[19](#) . «Not-So-Positive Discrimination», *Spiked Online* , 9 de agosto de 2006.

[20](#) . Simon Stone, «Is Football Failing Black Managers?», BBC Sport investigates, BBC Sport, 16 de abril de 2015.

[21](#) . «Oyston: Rooney Rule Would Be Ridiculous», *Blackpool Gazette* , 14 de octubre de 2014.

[22](#) . «Keith Curle: I've Not Seen Anything to Suggest "Rooney Rule" Would Work», *The Guardian* , 3 de octubre de 2014.

[23](#) . «Rooney Rule “Unnecessary”, Says Premier League Chief Scudamore»,
bbc.co.uk, 14 de noviembre de 2014.

[24](#) . En enero de 2018, la federación anunció que todos los equipos ingleses tendrán que aplicar la norma Rooney.

[25](#) . «The Green Park Leadership 10,000», junio de 2015.

[26](#) . «Ethnic Boards Target “Too Ambitious”», *The Daily Telegraph* , 3 de noviembre de 2014.

[27](#) . Sir Brian Leveson, presidente de la Queen's Bench Division, «Justice for the 21st Century», Caroline Weatherill Lecture, Isla de Man, 9 de octubre de 2015.

28 . «The story of Dame Linda Dobbs», *First 100 Years* , 8 de marzo de 2016,
<<http://first100years.org.uk/the-story-of-dame-linda-dobbs>>.

[29](#) . «City Women Call for Quotas to Combat Sexism», *Financial Times* , 15 de enero de 2015.

[30](#) . «Construction Industry Calls for Quotas to Ease Gender Inequality»,
Architects' Journal , 30 de enero de 2013.

[31](#) . «Ofsted “Positive Discrimination” Call», BBC News, 7 de enero de 2015.

[32](#) . «Police Chief Calls For Positive Discrimination», *The Daily Telegraph* , 28 de enero de 2013.

[1](#). Theodore W. Allen, «Can White Workers Radicals Be Radicalized?», panfleto independiente, Brooklyn New York, 1967.

[2](#). «How I Started the Diane Abbott Twitter Storm», theguardian.com, 5 de enero de 2012.

[3](#) . «Was Diane Abbott's Tweet Racist?», telegraph.co.uk, 5 de enero de 2012.

[4](#) . «Abbott, White People and Twitter», labourlist.org, 5 de enero de 2012.

[5](#) . Lukas Audickas, «Ethnic Minorities in Politics and Public Life House of Commons Library Briefing Paper», 28 de junio de 2016.

[6](#) . «Diane Abbott's Tweet and the Red Herring of Anti-White Racism»,
theguardian.com, 6 de enero de 2012.

[7](#) . «Stephen Lawrence's Family Criticise Police over Alleged Spy Plot»,
theguardian.com, 2 de marzo de 2016.

[8](#). «IS Network: Self-Flagellation and the “Kinky Split”», weeklyworker.co.uk,
13 de febrero de 2014.

[9](#) . Ian Dunt, «Safe Space or Free Speech? The Crisis Around Debate at UK Universities», theguardian.com, 6 de febrero de 2016.

[10](#) . Martin Luther King Jr., «Letter From the Birmingham Jail», 16 de abril de 1963, Martin Luther King Jr. Research and Education Institute.

[11](#) . «Into the Melting Pot», *The Economist* , 8 de febrero de 2014.

[12](#) . «This Rush to Downplay Race Ignores the Truth of Inter-Racial Adoption»,
theguardian.com, 2 de noviembre de 2010.

[13](#) . «Michael Gove Speech on Adoption In Full», politics. co.uk, 23 de febrero de 2012.

[1](#) . «Enoch Powell's "Rivers of Blood" Speech», *The Daily Telegraph* , 6 de noviembre de 2007.

2 . Traté de ponerme en contacto con Nigel Farage en repetidas ocasiones para pedirle que desarrollara sus declaraciones sobre este asunto, pero uno de sus asistentes me hizo saber que Farage no estaba interesado en hablar conmigo.

[3](#) . «Farage “Felt Awkward” on Train», *Evening Standard* , 28 de febrero de 2014.

4 . «BRIEFING: The EU Immigration System is Immoral and Unfair»,
voteleavetakecontrol.org, sin fecha,
<http://www.voteleavetakecontrol.org/briefing_immigration.html>.

[5](#) . «Passport Checks Considered for Pregnant NHS Patients», bbc.co.uk, 11 de octubre de 2016.

[6](#) . «EU Referendum: Vote Leave Focuses on Immigration», bbc.co.uk, 25 de mayo de 2016.

[7](#). «Immigration is Now the Top Issue for Voters in the EU Referendum», Ipsos MORI Political Monitor, ipsos-mori.com, junio de 2016.

[8](#) . Griffin se refiere a que, en el censo británico, alguien como él debe identificarse como «blanco británico». Lo que defiende Griffin es que solo debería aparecer la palabra «inglés», puesto que, para su partido, inglés equivale a persona de etnia blanca de ascendencia inglesa, mientras que «británico» sería solo una marca de ciudadanía. (*N. de la t.*)

[9](#) . «Nick Griffin Posts Address of B&B Case Gay Couple Online»,
theguardian.com, 19 de octubre de 2012.

[10](#). «Rescue Boats? I'd Use Gunships to Stop Migrants», *The Sun* , 17 de abril de 2015.

[11](#) . Horowitz es el autor designado por los herederos de Ian Fleming para escribir las nuevas novelas de James Bond, de ahí que su opinión resulte relevante en este caso. Las declaraciones que se mencionan en el texto las hizo en 2015, durante una entrevista para promocionar *Trigger Mortis* , el primero de los dos títulos que Horowitz ha escrito con James Bond de protagonista. (N. de la t.)

12 . «Hermione Granger: A Thesis», [youtube.com/rosianna](https://www.youtube.com/rosianna), 22 de diciembre de 2015.

[13](#) . *Pares y nones* (en inglés, *Noughts & Crosses*), de Malorie Blackman, es una saga de libros de ficción juvenil distópica en la que un curso de la historia alternativo ha llevado a África a dominar Europa.

[1](#) . «Caroline Criado-Perez, Laura Bates, Allegra McEvedy's perfect hangover food», *Woman's Hour* , BBC Radio 4, emitido originalmente el 31 de diciembre de 2013.

[2](#) . «Ex-Tory MP Attacks Black Feminist on Twitter», voice-online.co.uk, 6 de enero de 2014.

3 . «Ain't I a Woman?», *Anti-Slavery Standard* , 2 de mayo de 1863, reproducido en <<http://www.sojournertruth.org/Library/Speeches/AintIAWoman.htm>>.

[4](#) . «Intersectionality is an Icepick», sarahditum.com, 18 de octubre de 2012.

[5](#) . «In Defence of Caitlin Moran and Populist Feminism», *New Statesman* , 22 de octubre de 2012.

[6](#). «There's No Point in Online Feminism if It's an Exclusive, Mean Girls Club», *New Statesman*, 21 de marzo de 2013.

[7](#). «The Problem With Privilege-Checking», *New Statesman* , 17 de diciembre de 2012.

[8](#) . «A Lexicon of Social Justice», *Breitbart London* , 24 de marzo de 2015.

[2](#). «An A-to-Z Guide to the New PC», *The Spectator* , 7 de febrero de 2015.

[10](#) . «Check My Privilege? I Have, Thanks. You're Still Wrong», *The Spectator* , 8 de junio de 2013.

[11](#) . «RIP This Britain: With Academic Objectivity, Oxford Professor and Population Expert David Coleman Says White Britons Could Be in the Minority by the 2060s – Or Sooner», dailymail.co.uk, 28 de mayo de 2016.

[12](#) . BBC Radio 4, *Today* , 18 de enero de 2016.

[13](#) . Estadísticas criminales, «Focus on Violent Crime and Sexual Offences, 2012/13 Release», capítulo 2, Office for National Statistics, 13 de febrero de 2014, p. 11.

[14](#) . «An Overview of Sexual Offending in England and Wales», Ministerio de Justicia, Home Office & the Office for National Statistics, Statistics bulletin, 10 de enero de 2013, p. 6.

[15](#) . Acción de protesta iniciada en 2012 con la que se buscaba acabar con la tradición de publicar en la tercera página del periódico británico *The Sun* imágenes de mujeres en toples. El diario cedió a la presión y dejó de publicarlas en 2015. (*N. de la t.*)

[16](#) . «Jack Straw Criticised for “Easy Meat” Comments on Abuse», bbc.co.uk, 8 de enero de 2011.

[17](#) . «Naomi Campbell: Fashion Industry “Guilty of Racist Acts”», *Channel 4 News* , 16 de septiembre de 2013.

[1](#) . «Identity, Awareness and Political Attitudes: Why Are We Still Working Class?», *British Social Attitudes 33* , Social Class, NatCen Social Research, 2016, p. 2.

[2](#). «A New Model of Social Class: Findings from the BBC's Great British Class Survey Experiment», *Sociology*, 2 de abril de 2013.

[3](#). Guy Palmer y Peter Kenway, «Poverty Among Ethnic Groups: How and Why Does It Differ?», Joseph Rowntree Foundation, 2007, p. 5.

[4](#). «2011 Census analysis: Ethnicity and the Labour Market, England and Wales»,
Office for National Statistics, 13 de noviembre de 2014.

[5](#). «London's Demography, Gentrification Blues», *The Economist*, 9 de agosto de 2013.

[6](#) . «Local Ethnic Inequalities: Ethnic Differences in Education, Employment, Health and Housing in Districts of England and Wales, 2001-2011», Universidad de Manchester en colaboración con el Runnymede Trust, p. 10.

[7](#). «Liz Kendall “Will Back White Working-Class Young”», theguardian.com, 29 de mayo de 2015.

[8](#) . «“BBC Plan to Promote Ethnic Minorities is Racist”, says MP», telegraph.co.uk, 15 de julio de 2014.

[9](#) . «Right to Buy Sales: January to March 2016, England», Ministerio de Vivienda, Comunidades y Gobierno Local, Housing Statistical Release, 30 de junio de 2016.

[10](#) . Bobby Duffy y Tom Frere-Smith, «Perceptions and Reality: 10 Things We Should Know About Attitudes to Immigration in the UK», Ipsos MORI, enero de 2014.

[11](#) . «Sharper Elbows: The Well-Off are Grabbing an Ever-Larger Share of Spending», *The Economist* , 14 de noviembre de 2015.

[12](#) . «Black Workers With Degrees Earn a Quarter Less Than White Counterparts, Finds TUC», tuc.org.uk, 1 de febrero de 2016.

[13](#) . *Private Eye* , 22 de enero de 2016.

1 . En el Reino Unido y en otros países, el partido que está en la oposición nombra un gabinete de Gobierno alternativo, que se reúne en paralelo al oficial y tiene sus propios portavoces en los distintos ámbitos de Gobierno, llamados «ministros en la sombra». (*N. de la t.*)

[2](#). «No Women in Top Jobs? Welcome to the Hypocrisy of the Jeremy Corbyn Era», *The Daily Telegraph*, 14 de septiembre de 2015.

[3](#) . «Millions Are Sharing Attack Stories That Aren't About Paris», BBC Trending, 16 de noviembre de 2015.

1 . Jan Sundberg, «Who are the nationalist Finns Party?», bbc.co.uk, 11 de mayo de 2015, <<http://www.bbc.co.uk/news/world-europe-32627013>>.

2. «Expel Hungary from EU for hostility to refugees, says Luxembourg, Matthew Weaver and Patrick Kingsley», theguardian.com, 13 de septiembre de 2016, <<https://www.theguardian.com/world/2016/sep/13/expel-hungary-from-eu-for-hostility-to-refugees-says-luxembourg>>.

3 . Katie Reilly, «Here Are All the Times Donald Trump Insulted Mexico», time.com, 31 de agosto de 2016, <<https://time.com/4473972/donald-trump-mexico-meeting-insult/>>.

4 . Lizzie Dearden, «Farage says UK can “do business” with Trump after becoming first British politician to meet President-elect», independent.co.uk, 12 de noviembre de 2016, <<https://www.independent.co.uk/news/world/americas/us-politics/donald-trump-president-us-election-win-nigel-farage-visits-trump-tower-first-british-politician-new-york-talks-a7413961.html>>.

5 . David Lawler y Ruth Sherlock, «Marine Le Pen visits Trump Tower in New York», telegraph.co.uk, 12 de enero de 2017, <<https://www.telegraph.co.uk/news/2017/01/12/marine-le-pen-visits-trump-tower-new-york/>>.

6. Decca Aitkenhead, «Former Vogue editor Alexandra Shulman: “I find the idea that there was a posh cabal offensive”», theguardian.com, 10 de noviembre de 2017, <<https://www.theguardian.com/media/2017/nov/10/former-vogue-editor-alexandra-shulman-find-idea-that-there-was-a-posh-cabal-offensive>>.

7 . Nadra Nittle, «Alexandra Shulman's Guardian Interview Is a Case Study on White Privilege», racked.com, 12 de noviembre de 2017, <<https://www.racked.com/2017/11/12/16641058/alexandra-shulman-guardian-interview-british-vogue-racism>>.

8 . <https://www.instagram.com/p/BbExUv3nwqi/?taken-by=jo_swinson>

9 . «British Far-Right Group Exults Over Attention From Trump, Dan Bilefsky and Stephen Castle», nytimes.com, 29 de noviembre de 2017, <<https://www.nytimes.com/2017/11/29/world/europe/britain-first-trump.html>>.

Por qué no hablo con blancos sobre racismo

Reni Eddo-Lodge

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Why I'm No Longer Talking To White People About Race*

© del diseño de la colección y de la cubierta, Greg Heinemann

© Reni Eddo-Lodge, 2017, 2018

© de la traducción del inglés, Ana Camallonga Claveria, 2021

Prólogo: Desirée Bela-Lobedde, 2021

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2021

Ediciones Península

Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es

www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2021

ISBN: 978-84-9942-971-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

